

LEOPLÁN

GAZINE POPULAR ARGENTINO

★

4 JUNIO 1941



En este número, una obra famosa:

AVENTURAS DE UN NOVELISTA

por ALEJANDRO DUMAS.

Una novela policial

EL DRAMA DE MARSDON MANOV

por AGATHA CHRISTIE.

Un cuento célebre

EN LA BAHIA DE YEDDO

por JACK LONDON.

Y una encuesta local:

¿COMO ERA USTED A LOS DIECISEIS AÑOS?

Reportaje a DELFINA BUNGE DE GALVEZ, ENRIQUE

La mejor RECOMENDACION!



Importe de los cursos completos
pagaderos en cuotas mensuales.

Tenedor de Libros	\$ 40
Contador General	\$ 190
Contador Mercantil	\$ 160
Jefe Oficina	\$ 100
Empleado Bancario	\$ 105
Cajero	\$ 40
Empleado de Comercio	\$ 40
Corresponsal	\$ 40
Secretariado	\$ 95
Mecanografía	\$ 15
Teatografía	\$ 45
Teletip-mecanógrafo	\$ 50
Caligrafía	\$ 30
Aritmética Comercial	\$ 25
Redacción y Ortografía	\$ 37
Marillero Público	\$ 54
Administrador de Hoteles	\$ 115
Procuración	\$ 145
Prep. Idéneo Farmacia	\$ 130
Química Industrial	\$ 125
Técnico en Vinos y Licores	\$ 110
Jabones y Perfumes	\$ 110
Técnico en Pinturas, Barnices y Materias Colorantes	\$ 65
Acetres y Grasas	\$ 65
Dibujo Artístico	\$ 100
Dibujo Industrial y Comercial	\$ 105
Radiofonología	\$ 155
Electrotécnica	\$ 100
Construcción	\$ 170
Arquitectura	\$ 125
Mecánico Automóvil	\$ 140
Mecánico Aviación	\$ 140
Motores a Explosión	\$ 140
Perito Agrónomo	\$ 195
Adm. de Estancias	\$ 100
Técnico Tintero	\$ 40
Mecánico Agrícola	\$ 45
Avicultura	\$ 45
Jardinería y Arboricultura	\$ 75
Corte y Confección	\$ 30

IDIOMAS: Estudie con el moderní-
simo sistema "Fono-Maestro Argen-
tino" de enseñanza por discos.
Estudie TELEGRAFIA y RADIO-
TELEGRAFIA por medio de nuestro
sencillo método por discos.

OBSEQUIO

A cada alumno inscripto,
obsequiamos un "Diccionario
Enciclopédico Castellano"
cuyo valor es \$ 9.- y el in-
ciso "Carnet del Estudiante."



Los que buscan empleados para puestos bien remunerados y de respon-
sabilidad, no se fijan en cartas de recomendación, sino en la capacidad del
candidato. Por eso aprecian el diploma de la **UNIVERSIDAD POPULAR
SUDAMERICANA**, porque saben que certifica una preparación sólida
denota que su poseedor es un joven ambicioso y de ideas modernas.

Aproveche sus ratos libres para estudiar en nuestra Universidad, y
pronto podrá aspirar a los mejores empleos dentro de su especialidad,
otra recomendación que nuestro diploma!

Los alumnos de la Capital Federal pueden estudiar por correspondencia
o en nuestro Departamento de Enseñanza Oral, si así lo prefieren.

UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA

RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires

Sr. Ing. B. Margulán, Director de la "Universidad Popular Sudamericana" RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires.
Remítame GRATIS y sin compromiso, el importantísimo libro "HACIA ADELANTE".

NOMBRE

DIRECCION

LOCALIDAD

En el próximo número:

NOVELA DE UN SPAHI

la famosa obra de PIERRE LOTI

Y gran cantidad de crónicas, reportajes, relatos, artículos, historietas y secciones.
LEOPLÁN APARECE EL 18 DE JUNIO

EL DEMONIO DE LA PERVERSION
una historia extraordinaria de
EDGARD ALLAN POE

EL GRAN DUQUE un relato cuento de
Jacinto Ramos

LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N.º 78.920

UNA PUBLICACION DE
LA EDITORIAL SOPENA

ESMERALDA 116
U. T. 34-4067-Buenos Aires

AÑO VIII * N.º 167 * 4 JUNIO 1941

Sumario

UNA OBRA FAMOSA:
AVENTURAS DE UN NOVELISTA,
por ALEJANDRO DUMAS. 88

CUENTOS Y VARIEDADES
LITERARIAS:

EL DESPERADERO DE LOS CONDORES, traducción de Raul Bustar Berrondo 30
EL DRAMA DE MARSDON MANOV, novela por Agatha Christie 41
LA CASA DE LAS ESTALACTITAS, relato por Germán Salles 58
EN LA BAHIA DE YEDDO, narración por Jack London 62
EL HOMBRE QUE BUSCABA, cuento por Enrique Marcial Iglesias 76

CRONICAS:

PERFIL Y GLOSARIO DE LOS RELOJES PORTA-
TILES, por Carlos L. Villalón 34
ANDANZAS DE UN PINTOR EN TIERRA DE
CANIBALES, por Remo Valcarlos 50

REPORTAJES:

¿COMO ERA USTED CUANDO TENIA DIEZ
Y SEIS AÑOS?, por Tibor Sekelj 38
LA ARGENTINA NECESITA BARCOS, por
Leandro Sosa Alonso 46
LOS FLAMENCOS, COLEGIALAS DEL PAR-
QUE, TIENEN EN EL GABIRU SU DAMA
DE COMPANIA, por Jacinto Ramos 70
EN VICENTE LOPEZ YA NO QUEDAN NIROS
VAGOS, por Germán Dras 84

ARTICULOS Y NOTAS:

DEL TRABAJO A LA ESCUELA, por Baldo-
mero Alvarez 54
EL ASALTO DE LOS HOMBRES PREHIS-
TORICOS, por Jorge Cras 66
USHUAIA SE ENSANCHI, por César Lon-
gino 72
COMO SE HACE UN LAPIZ, por Agustín M.
Valenzuela 78

SECCIONES:

SIN COMPAS NI RITMO 10
AQUI LE CONTESTAMOS 112
PARA MATAR EL TIEMPO 114

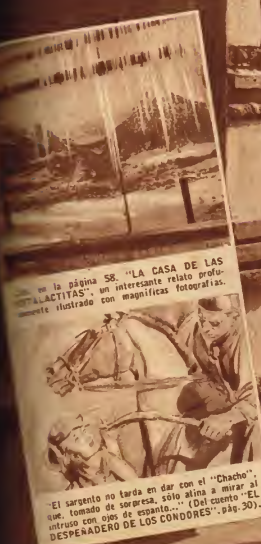
NOTAS GRAFICAS:

ESTRELLAS EN CIERNE 4
EL MITO DEL SEXO DEBIL 14
FLORIDA 18
LA BEBE MAS PEQUERA DEL MUNDO 20
PATINAJE Y COREOGRAFIA 22
DEL BUENOS AIRES VIEJO 24
LAS REINAS DE LAS MODELOS 26
CRONICA GRAFICA DE UN BESO 82

HISTORIETAS:

EL PERRO ASDRUBAL 100
LOS DOS HERMANITOS 104
SERAFIN EL INGENIOSO 108

Ilustraciones de Fairhurst, Raul Valencio, Rechin,
Benech y D. Villalón. Fotografías de A. Castre-
llano, Pedro Canessa, Julio Podestá y F. Romero





Los "girls" que intervendrán en la película tratan de uniformar el ritmo de sus pasos y de sus movimientos, para lograr la mayor exactitud en la filmación de una escena de conjunto. Midiendo unas hambros cabeza abajo. Pero ella obliga a eso y a mucho más.



Un experto de Hollywood enseñando a maquillarse a las futuras innecesario. En la presente foto aparece, a la izquierda, una



Estrella

ENTRETELONES de lo que ocurre en los sets de la Meca del cine norteamericano, antes de la filmación de una película, estas expresivas fotos, que llevan en cada enfoque la irresistible atracción de un hermoso rostro femenino o de una silueta escultural, muestran cada una de las fases de los ensayos previos, desde la agotadora y monótona tarea de aprender un paso de baile, hasta el deber — allí imperioso — de "ponerse" bonita para el celuloide. Porque en Hollywood, en efecto, no basta con ser naturalmente hermosa; es necesario pare-

Modeline Martin, cuya silueta figura en la galería de bellezas del estudio.

Los últimos ensayos antes de la filmación: las actrices aprenden a llevar un objeto can-





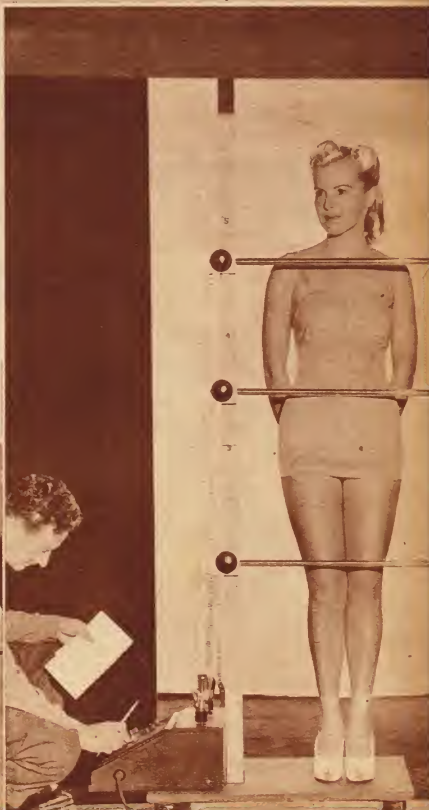
Normal. Aunque salta a la vista que tal cosa es aquí completamente tomada Georgia Carroll, que hace de modelo para sus compañeras.

Subir y bajar las escaleras con elegancia es un arte muy difícil; así que es menester lograrlo si se quiere actuar en la pantalla. He aquí uno de los ejercicios que realizan las "girls".

Este aparatita eléctrica sirve para medir. Segura que esta rubia la descampusa.

en cierne

cerlo en la pantalla, y para ello un ejército de experimentados técnicos del maquillaje recurren a una serie de efectos, trucos y poses, que no llegan al público sino en la apariencia de una sonrisa perfecta, en un andar natural y en... otras cosas igualmente sugestivas e interesantes, que pueden verse en las fotos de la presente nota gráfica. Invitamos al lector a interiorizarse, a través de ellas, de los detalles curiosos y de los secretos truculentos de un estudio cinematográfico de Hollywood. ☽



Acercado a esta californiana en Hawaiana. Así da gusta pintar.

He aquí cómo esta beldad ensaya sus movimientos en el espejo. ¿Verdad que lo hace a la perfección?



Estampas de Burdeos

CARGADA de históricos cuerdos y de glorias seculares, deos, la hermosa y pintoresca ciudad francesa, descansa hoy su tupa de siglos a orillas del Garona, el río cuyas aguas turbias y profundas se tiñeron de rojo alguna vez con la sangre de los invasores rotados. La antigua Burdigala, efectó, sintió muchas veces resonar en sus calles el paso de las hordas de vándalos y de alanos, de visigodos y de árabes; y presencié, bien, la marcha triunfal de Carlos Martel. A través de los cinco siglos, los más variados y curiosos enfoques de esta nota gráfica, que hermanan con singular acierto lo antiguo con lo moderno, puede el lector pasear un momento por los rincones típicos de la ciudad, su afán impaciente de artista sin partidas.



Una chata, conduciendo barriles del famoso vino de la región de Burdeos, posa por uno de los más estrechos calles de la parte antigua de la vieja ciudad.

Vista de frente del monumental arco que da entrada al puerto de Burdeos, el que por su intenso y constante tráfico marítimo es el tercero de Francia.



Bajo una de las grandes arcadas del puente, un grupo de bordeleses se entretiene jugando en el mismo río que presencié las peleas más gloriosas de la historia de la ciudad. ¿Cuántos veces habrán llegado a esos orillos, aun desnudos, las huestes de los reyes?





por fondo el gran puente de diecisiete arcos, que une ambas
del río, dos pintores, rodeados de curiosos, copian el histórico paisaje.

delante de la famosa catedral gótica que data del siglo XIII, cuyos flo-
de piedra se elevan a la considerable altura de ochenta y cinco metros.



TOME GENIOL

Y ESTARA MEJOR



FRIOS y RESFRIOS

Evite complicaciones y el pri-
mer síntoma de un resfriado, no
lo descuide: tome enseguido
GENIOL.

La descongestión que GENIOL
produce, se debe a la acción
equilibrada de su triple y
científico fórmula.

Tome GENIOL y estará
mejor.



GENIOL

CALMA, ENTONA Y DESCONGESTIONA

El canal de Suez



El canal de Suez, alrededor del cual gravita hoy la vida comercial del mundo, presenta, aparte de su gran importancia económica, muchos aspectos exóticos y pintorescos. Por ejemplo, se ve un nubio errojándose al agua para buscar monedas, y, a la izquierda, una vista típica de su gran entrada por el mar Mediterráneo.





Arriba, una vista del magnífico edificio moderno de la aduana, con sus navisimas instalaciones radioeléctricas en la entrada norte del gran canal, que fuera el sueño y la gloria de un francés visionario: Ferdinand Lesseps. A la izquierda se ve el plano que indica el trazado de tan importante vía de comunicación marítima.



Hermoso efecto fotográfico que muestra a los negros cargando un barco en Port Said, en una noche de luna clara.



LIVIANO

...quedará su organismo libre de toxinas e impurezas, tomando TUIL.

TUIL facilita la secreción biliar.

REFRESCA

Tuil

PURGA

8 TABLETAS 30 CENTAVOS
LABORATORIOS DEL GENIOL

CAZA MAYOR...



Estos dos simpáticos belaudes aprovecharon una fiesta de disfraces para hacerse fotógrafo de la original manera que se ve aquí. Ahora que estamos en plena temporada de caza, ¡qué agradable perspectiva para los cazadores y todos los difíceles decididos entre lo "fiere" y la cazadora. Con semejantes aquí resulta difícil decidir entre los muchos adeptos, aunque es seguro que "piexa", la temporada contarla con muchos adeptos y hasta de la escopeta... la mayoría de ellos se iba a cazar de los ceruchos y hasta de la escopeta...

NI POR ESAS...

Durante la cena, ninguno de los dos habló una palabra, pero tan pronto como la cena terminó los platos y sirvió el café, el marido sonrió tímida-mente y dijo:
—¿Sabes, querida? He estado pensando en nuestra discusión.
—¿Y bien? —preguntó ella con voz dura y sin levantar la mirada del lecho.
—Está... Me parece que, en efecto, tienes razón, y he decidido estar de acuerdo contigo.
—Pues no estás que con eso arreglas nada. Acabo de cambiar de idea.

BUEN VENDEDOR

—¿Tienen ustedes algu-na crema para devolverle la frescura al cutis? —preguntó la arrugada soterrona al empleado de la perfumería.
—¡Para devolverle, señorita? —Querrá decir para preservarlo —contestó el vendedor, con la más amable de sus risas.
Y le cobró la crema dos pesos más cara...

FUEGO CON HIELO

A primera vista parecería imposible encender fuego con hielo; pero teniendo en cuenta que éste, por su forma de cristalizar, puede hacer de lente de aumento, el fenómeno se explica. Tal es el caso ocurrido el año pasado en Inglaterra, cuando el Támesis se heló en parte. Un profesor de física, que pasaba por el río con sus alumnos, recogió de pronto un grueso trozo de hielo y, haciéndolo oficiar de lupa, encendió su pipe ante el asombro de aquéllos. Los ambros afirman, sin embargo, que por el momento no hay peligro de que se incendie el Polo...



Acaba de fallecer en Florida el labrador Howard Stillman, que desde hacía dos meses constituía un enigma para los médicos que lo trataban. Stillman era un hombre sumamente nervioso, y, en aquella fecha, sostuvo una acalorada discusión con su esposa. En el curso del altercado, él le dijo a entender rotundamente que esa vez no iba a decir ella la última palabra. Y así fue: Stillman hablaba cada vez más fuerte y más ligero a medida que la discusión subía de tono, hasta que llegó un momento en que no le fué posible detenerse. Habló durante todo el día y toda la noche. La mañana siguiente lo sorprendió a solas en su dormitorio, hablando todavía y buscando nuevos argumentos para la discusión. Dos meses después, es decir, hace unos días, el labrador falleció de debilidad sin que los médicos pudieran hallar ni la causa de su mal, ni el remedio salvador. Por una vez el hombre derrotó a la mujer en su propio terreno, aunque a costa de la vida...



UN CONCURSO Y UN ACCIDENTE

Sería una irreverencia comparar una cola, y mucho más una cola a caballo, con una hermosa pierna femenina. Felizmente, aquí no se trata eso, sino de una "corrida" de puntos y de un concurso de belleza equina. El jurado de la izquierda está examinando, no precisamente la cola animal, sino sus jarretes, y la joven de la derecha está cosiendo el punto de la media a su amiga, menester que, aunque no supiera puntada, más de uno realizaría gustoso. Lo cual no sería de extrañar porque ya se sabe que el hombre es galante por naturaleza y nunca se niega a auxiliar a una dama en apuros. Sobre todo, cuando es bonita.

Epigrama
Mi esposa, dijo un mudo,
tiene muy hermosa cara;
Pero gasta sin sentido,
y es una cara muy cara.
J. Ríos

Sin compa

COsas RARAS, CURIOSAS, ILUSTRADAS

SURREALISMO

No solamente la pintura ha sido invadida por el surrealismo, sino también, como se ve aquí, la fotografía. Esto es... una foto surrealista. Que el lector le ponga nombre si quiere. Nosotros no limitamos a publicarla...



☆

MURIO HABLANDO...



UN PUEBLO DE MELLIZOS

High Halden es quizá el pueblo de Inglaterra que más mellizos. A su escuela pública acuden diariamente pares de ellos, y es además, el espectáculo de gemelos que llevan hasta colegio a dos hermanitos... zos también, e hijos los del mismo matrimonio. Menos mal que no se trata de "quintillizos", si no hubieran tenido que habilitar una escuela ellos solos...

DEFRAUDADA...



—Si ése es el amigo de tu novio, yo te lo regalo.



"ELLA" ERA "EL"...

sea él, se llama Dorothy McCardle, este..., es decir, Alberto Bueno; esto está resultando más obscuro que los ojos de una pero la policía tiene la culpa de todo, ya que él, cuando era ella, simplemente trabajando de mucama sin que nadie lo, es decir la Pero, hace poco, un agente la sorprendió robando y acto seguido transformó en él. Dicho en otras palabras, se descubrió que la pre-Dorothy McCardle era en realidad un muchacho de diez y nueve años, Alberto Hamvins, que se había disfrazado de mujer para trabajo, y que, en efecto, trabajaba de "mucama". Como para que no hubiera intentado enamorarla!...



EL SIMIO Y LA BELLA

"Shorly", un chimpancé que ha actuado ya en muchas películas, imita aquí a la personalidad de Dorothy Lamour, la popular y encantadora estrella de la pantalla norteamericana. Pero la similitud no pasa de la actitud, y si muchos ejemplares del género humano parecen confirmar plenamente la teoría de Darwin, Darwin es, en cambio, un mundo menos, en este caso, muchos simios se inspirarían en los actores, en su modo de aprovechar, cerca de ella, las ventajas que les reportaría el parentesco...

El ritmo

NECESAS Y HUMORISTICAS

"stak toep somaniacos"

Como así al hombre se le ocurre con frecuencia la punta de sus Nuestrs padres nos, a no dudar, "stak toep somaniacos", palabra que lle tiempo en pronunciarla, que en ba que ella significa.



NEGOCIO DE "BOLSA"



combinamos los tres para hacer bajar los precios, así lo llamaron con urgencia de Wall

EPITAFIO

Al jugador que está
de cabeza, que no se levanta,
de cabeza en cuantos años,
el lector así se pregunta,
haciendo de lector, no cansado,
que en esta ocasión tiene
todo lo bueno por,
siempre que él a la hora pueda
conocer la verdad.

GALANTERIA...

Que la política no está reñida con la agudeza de espíritu, lo prueba el siguiente caso, ocurrido en cierta conteria portañola, hoy muy de moda, en la mesa de que formaba parte un distinguido hombre de Estado, descendiente de un famoso general argentino. En cierto momento, se acercó al grupo una señora de avanzada edad, que ha dado ya lugar a risueños comentarios por su desmedido afán de aparecer joven, y dirigiéndose al político, le dijo: — ¡Si usted supiera, doctor!... Esta tarde me han confundido con mi hija, que no tiene más que treinta años. — ¡Pero, señora!... exclamó el aludido, con suave expresión de asombro y una imperceptible sonrisa —, yo pensaba que no tenía usted edad como para contar con una hija de tantos años. Y la "joven" sonrió agradecida...

El color blanco y los peces



Tres bailarines reflejados en un espejo convexo.

Los gitanos de Hungría creen que el color blanco repugna a los peces, y nunca van o pescar con ropas blancas. Si en el camino del río ven que de ésta vuelve una mujer con delantal blanco, regresan a sus casas o se dirigen a un lugar lejano de la orilla. En cambio, si ella lleva ropas rojas la invitan a acompañarlos, para que les traiga suerte. Con lo cual resulta, o la mejor, que no son los pescadores los que se rien de los peces de colores, sino los peces los que se rien de los colores de los pescadores...

AMOR POR CORRESPONDENCIA

Es necesario leer las publicaciones periódicas de hace treinta años, para comprender la ingenuidad que en esos tiempos, que los matrimonios se consideraban entre sí por años insertados en las revistas. En un número 102 del año 1910, publica el siguiente aviso, por ejemplo, "Alfondo Lida, 1910, publica el siguiente aviso, en la sección de "Anuncios matrimoniales", "Maritita, joven, de 20 años, dispuesta para casarse, con un hombre de mi edad, que sea rico, pero también lo es que cuido su hijo, y un amor..."

UNA REPLICA DE BENAVENTE

Tertulia en un salón aristocrático, después de un festival benéfico. Hay escritores, artistas, políticos, nobles... La marquesa de X... temible por la sutileza y el "bueno" de sus sátiras, se acerca a un grupo de personas donde se habla animadamente de fábulas, y del que forma parte Jacinto Benavente. — ¡Tu cabeza es bella pero sin sexo! — recta la marquesa, desfigurando la última palabra, mientras sonríe al oírlo de "Los intereses creados". Y el dramaturgo genial contesta con la más alimbarada de sus sonrisas: — ¡Le dijo la zorra al busto después de decirlo...!

LA OSTRA

La ostra es uno de los seres más forzados del mundo. La fuerza necesaria para abrir su valva equivale a más de 900 veces su peso.





Esta es
la única
y
verdadera!

Las imitaciones pueden costar centavitos menos por su inferior calidad, pero peinan mal y rinden poco.

GOMINA, único fabricante BRANCATO, es más conveniente porque peina mejor, tonifica el cabello y tiene doble rendimiento.



Bien aplomado en su cabalgadura y vistiendo las prendas típicas del regional, llega el charro a uno de los frecuentes fiestas del lugar. Y es llegar a ella y echarle un piropo y un convite a la primera moza que encuentre.

Del folklor

COSTUMBRES de México, la cálida y pintoresca centroamericana. Fiestas con el sabor de lo típico, bradas en esas grandes haciendas del norte de cuyos dueños conservan aún hoy el señorial empuje sus antepasados españoles. Fiestas de sol y de luna, música y de canciones, en las cuales las mujeres son el encanto de sus sonrisas y las guitarras el embudo.

Guitarrero el mozo, y copaz de florearse con los lamentos vibrantes de la bardana... La reunión está en todo su apogeo, y mientras la guitarra llora, él es el blanco de las miradas de todas las mozas que asisten a la fiesta.





Los jóvenes alegran el espíritu de la reunión. Con una y otras, este pulcra en el ambiente la gracia vivaz del famoso jugador argentino, intencionalmente del desafío, semejante al contrapunto argentino.

Mexicano

En una de ellas, la cámara captó cuatro esbeltas aquí, que trasuntan con fidelidad el bullicioso y alegre, donde el baile confunde, lo común de su ritmo voluptuoso, a blancas y charros y mulatas. Mirarlas es adentrarse en el alma mexicana y sentir la emoción de la visita tierras extrañas.

En la orquesta, que apenas si alcanza a verse en segundo plano, se entregan con entusiasmo a bordar arabescos sobre la pista de baile, los sonrisas y los mirados dan alegría al ambiente.



**PAPITO...
QUE ES EL
MAL ALIENTO**

HIJITA...! DONDE OISTE ESO DEL MAL ALIENTO?

EN CASA DE CACHO. DICE QUE SU PAPITO ES TU JEFE Y QUE TU PODRIAS GANAR MAS... SI... SI...

SI QUE? - A VER QUERIDA CUENTAME LO QUE DIJO EL PAPA DE CACHO

SU PAPITO LE DIJO QUE DEBES CONSULTAR A UN DENTISTA ACERCA DEL MAL ALIENTO

COMPROBACIONES HECHAS, DEMUESTRAN QUE EN LA MAYORIA DE LOS CASOS EL MAL ALIENTO PROVIENE DE LOS RESIDUOS DE ALIMENTOS Y DE LA SALIVA QUE SE DEPOSITA ENTRE LOS DIENTES LIMPIADOS A MEDIAS. LE RECOMIENDO LA CREMA DENTIFRICA COLGATE. SU PENETRANTE ESPUMA ELIMINA ESOS RESIDUOS QUE CAUSAN OLORES, ES POR ESO QUE...

...COLGATE COMBATE EL MAL ALIENTO...
...DA BRILLO A SUS DIENTES!

La Crema Dentífrica COLGATE contiene un ingrediente limpiador especial que usan muchos dentistas. Su espuma se introduce entre los dientes, aún donde el cepillo no llega y limpia bien, desaloja las partículas que allí se depositan y destruye la película salivar que causan, a menudo, mal aliento. Use siempre Crema Dentífrica Colgate que devuelve a los dientes el brillo y resplandor naturales, refresca la boca y perfuma el aliento.

DESPUES - GRACIAS A COLGATE

OH! PAPI... SOMOS RICOS AHORA?

RICOS?... ESTAMOS MUCHO MAS QUE RICOS, GRACIAS A LA PIBA INTELIGENTE QUE TENGO

EL MAL ALIENTO, EL PROGRESO IMPEDIA...
ESTE SEGURO:
USE "COLGATE" DOS VECES AL DIA

CREMA DENTIFRICA COLGATE

DOBLE TUBO GRANDE 70

Sinfonice: El Teatro Radial COLGATE por LR3 Radio Belgrano y la Ira. Cad. Arg. de Broad. Todos los días, 10.15 hs.

El le toma la cabeza. Como la alumna es hermosa, podría pensarse que es para besarla. Pero ella se olvida de que es mujer, baste su sonreír en bellos ardores y...



El mito del sexo débil

El mundo femenino se está poniendo seriamente peligrosa. Hasta hoy nos ha sido posible reprimir sus gritos, sus arañazos, sus escobazos y sus palos de amor, porque, al fin y al cabo, aunque ellas no siempre nos resultaban gratas, no entrañaban el serio peligro que ahora se cierne sobre nosotros. Resuelto que nuestro "sexo débil" quiera prepararse para mayores hazañas, y está aprendiendo a pelear terriblemente... como puede verse a través de la presente foto. Contemplando las fotografías que la integran, se le ocurre a uno preguntarse dos cosas: cómo ese buen señor traidor campeon de sexo haciendo a las hijas de Eva Idóneas para el colchón, y cómo nos las arreglaremos nosotros en el futuro para no dejar mal parado al "sexo débil".



2. Se defiende. Con las manos se prende a los bíceps del hombre; se echa hacia atrás con todas sus "débiles" fuerzas, coloca un pie en el estómago de él, y...



3. El hombre vuela. Por lo visto, basta la fuerza de una pierna femenina para que el hombre vuele. Esto no lo hubiéramos creído nunca, de no verlo aquí.

4. El hombre no está en que el hombre vuele, sino en que luego tenga necesidad de regresar y venir a darse contra el suelo, cosa prevista por ella.



Elija, ¡AHORA! su profesión y SU SUELDO

Dactilógrafa
"AL TACTO"
de \$ 100 a 180

Tenedora
de Libros
de \$ 100 a 300

Taquígrafa-
Dactilógrafa
de \$ 120 a 250

Secretaria
de \$ 150 a 350

AHORA es el momento más oportuno para que Vd., señorita, inicie el estudio de una provechosa carrera comercial en las prestigias Academias Pitman.

El estudio de los cursos Pitman - en clase o por correspondencia - es tan fácil y ameno que Vd. - sin esfuerzos - con sólo estudiar una hora diaria, podrá DIPLOMARSE en breve tiempo y obtener, inmediatamente, un EMPLEO BIEN RETRIBUIDO y de PORVENIR. No tema fracasar. Nosotros, por nuestro prestigio, tenemos gran interés en que Vd. termine su CARRERA BRILLANTEMENTE y la ayudaremos para que triunfe; y ¡TRIUNFARA!

Academias

GRATIS
Pida este
LIBRO

PITMAN

La más importante institución de enseñanza comercial, en clase o por correspondencia

ACADEMIAS PITMAN
AV. R. SAENZ PEÑA 570 - BUENOS AIRES

Sírvase enviarme gratis al interesante libro
"Cómo prepararse para el comercio"

Nombre: _____
Dirección: _____
Curso que interesa: _____



Para cursos por correo, envíenos este cupón



5 Ahora él ha tomado un palo. Contra la terrible mujer no se puede luchar de sormodo. Ella lo mira, calcula, y, en lugar de retroceder (como él esperaba), avanza.

6 Dueño de bueno técnico, no pierde la serenidad; con una mano toma un muñeco, con la otra el hombre, y le aplica uno zancadilla; después un tirón y

7 ...el hombre inicia un descenso forzoso. En la posición en que se encuentran vencida en este momento se podrá calcular la magnitud del golpe inmediato.





¡Zoff!... Y ahora la mujer es dueña absoluta de la suerte de este hombre. No hay duda de que excitar el ju-jitsu a la mujer encierra un gran peligro para la humanidad... masculina.

Perfume Señorial...

...pero persistente, que aureola de encanto y distinción... Inconfundible. Colonia de Preal sintetiza todas las exquisiteces femeninas. Es el perfume soberano, que orgullosamente usan quienes se apartan de lo vulgar. Unas gotas de

Colonia de Preal

...pondrán a su toilette un sello de elegancia señorial. ¡Exija Colonia de Preal, es única!

La Colonia de Preal se vende en todas las farmacias, tiendas y perfumerías.

En Uruguay: J. C. Cadenazzi. Paysandú 906. Montevideo Camauér & Cia. - Inclán 2839/47 - Bs. Aires




COLONIA de **PREAL**



FLORIDA

Este oportuno enfoque que nos muestra un atardecer en las costas de Cocoa, del condado de Brevard, dice de la belleza que encierran aquellos plácidas regiones, que, junto a los alardes del progreso, conservan todavía todo el encanto y quietud de su aire natural.

EL día de Pascua florida de 1513, el navegante español Ponce de León descubrió, en las costas de América, una tierra boscosa que, en celebración de esa festividad, bautizó con el nombre de Florida. Hoy en día, la Florida de hoy en día, Florida conserva todavía en medio de las ciudades que se levantan a sus playas el afán de progreso de los Estados Unidos el mismo aspecto tropical y primitivo de cuatro siglos. Aun viven en sus bosques los indios seminolas, hábiles "cazadores" de peces; aun

Esta joven india seminola, ya civilizada, cose a máquina ponchos y vestidos típicos de su vestimenta, de colores sumamente vivos.

Esta atractiva veraneante ha aprendido a usar el arco de los indios de Florida, utilizándola para "cazar".





de sol entre palmeras, como sólo puede verse en Florida, el Estado norteamericano que por su opulenta vegetación y característico topografía se halla aún como en los días de su descubrimiento.

tranquilos y escondidos lagos interiores el perfumado aroma de los pinos y de los azules pueden verse, desde sus playas, hermosas puestas de sol entre altas y esbeltas Enfoques que reflejan otros tantos aspectos típicos de la vida de la región, las cinco de esta nota gráfica permitirán al lector tener una visión breve pero exacta de la tierra tropical donde los Estados Unidos descansan de sus ansias de mecánica y de rascacielos. ☉

de los tiempos de guerra, los indios seminolas enseñan a sus hijos, desde muy corta edad, el uso de la caña de pescar, pero sólo para dedicarse a la "caza" de peces que abundan bastante en las costas de la península.



Sea MECANICO DENTAL



Profesión lucrativa para ambos sexos.

LE ENSEÑAREMOS EN POCOS MESES, CLASES DIURNAS Y NOCTURNAS. Se otorga diploma. Usted podrá abrir laboratorio propio para atender trabajo de los Dentistas. HAY GRAN DEMANDA.

Na hace falta experiencia mecánica previa. ¡ABRASE CAMINO EN

LA VIDA! GRATIS.—Pida inmediatamente el interesante folleto explicativo, a mejor pase a conversar personalmente. —Escribanos hoy mismo.

Escuela de Mecánica Dental de Buenos Aires 2021 - RIVADAVIA - 2021

Na se dictan clases por correspondencia.

Nombre.....

Calle.....

Localidad..... L. 167

MAQUINAS DE ESCRIBIR

NUEVAS Y DE OCASION,
 ESCRITORIO Y PORTATILES,
 GARANTIZADAS.

EL MEJOR SERVICIO MECANICO DE LA CAPITAL.

A. TRASORRAS & Cía.
SARMIENTO 438 • U.T. 33-6220

UN ADELANTO ASOMBROSO EN RADIO



"INTERNEK MIRACLE"

SINTONIA POR PERMEABILIDAD!
ELIMINACION POR COMPLETO DEL CONDENSADOR VARIABLE

- Sintonia en onda corta aún más fácil que Broadcasting.
- Cada banda abarca todo el dial.
- Verdadera "BAND SPREAD" (Bandas Enzanchadas como lo hacen en EE. UU.)
- 5 BANDAS 19-25-31-45 metros y Broadcasting.
- Sintonia Automática. ¡Magnífica por su sencillez! ¡Tan exacto que se usa en onda corta!
- Tonalidad asérbica y enorme poder.
- Selectividad asombrosa por la etapa de R. F.
- Dial enorme y calibrado en onda corta.
- Conexión para fono.

Pidan folletos a:

SVENDSEN & Cía. S.R.L.
ESPECIALISTAS EN ELECTRICIDAD, RADIO Y REFRIGERACION EN EL CAMPO
Tacuarí 362-Buenos Aires-U. T. 34-1543

La bebé más pequeña del mundo

PRESENTAMOS en esta amable nota gráfica a la diminuta Cherry Lee, considerada como la bebé más pequeña del mundo. Nacida antes de tiempo, hace tres meses; fué llevada a una clínica para recién nacidos dentro de una caja de zapatos, original cuna más que suficiente para sus escasos 425 gramos de peso. En la citada clínica hubo necesidad de colocarla en un aparato de respiración artificial, graduándose la temperatura a 36 grados. Pero Cherry Lee puede ser pequeña — más pequeña aun que lo fueron al nacer cualquiera de las famosas mellizas Dionne —, mas en cambio goza de un



apetito inusitado. Para acallar las ruidosas protestas con que lo exterioriza de continuo, es necesario darle cada dos horas un biberón de una mezcla especial de leche de vaca, de cabra y de burra. Así ha llegado a pesar hoy más de dos kilos, extraordinario aumento que demuestra que Cherry, no satisfecha con el título que ostenta, amenaza con poseñarse del calificativo contrario... Las cuatro fotos que se reproducen aquí la presentan en otros tantos aspectos diferentes de su pintoresca actividad de cada día.



CONTRASTE.



EL MASAJE DIARIO.



DISPUESTA AL BARO.



"NUNCA
EN MI VIDA LLEVÉ
MEDIAS TAN FINAS
COMO ÉSTAS."

*La experiencia de la mujer
madura y el entusiasmo de
la joven elegante, se reúnen
en elogiar las cualidades
insuperables de*



PARIS
MEDIAS

CADA MEDIA
LLEVA
ESTE SELLO
DE GARANTÍA



Están a sus órdenes
también las medias.

Baronesa



de
pura seda natural
una creación de
MEDIAS PARIS

FABRICA SAN ANTONIO 741
BUENOS AIRES • U. T. 21 BARRACAS 3641 AL 3645

Patinaje y coreografía



Campeona del estilizado deporte del patín, Claire Miller, efectúa, como se ve en esta foto, una acrobática vuelta en la pista de patinaje del Centro Rockefeller ante la admiración de los espectadores.

La media vuelta sobre los patines es uno de los pruebas más difíciles que esta campeona de diciembre está mostrando su estilo y también un par de piernas.



blanco y en negro. El espléndido enfoque presenta a Claire en una coreografía pose sobre la que se par de su gimnástica esgrimen líneas de su figura y una sonrisa. Abajo, la media vuelta hacia atrás, y un momento absolutamente perfecto: la sonrisa, y la gracia rítmica de Claire. Realmente afirmar que el potinaje es una gran cosa.



Uno de estos
LIBROS GRATIS
puede ser la base de
SU PORVENIR

RADIO-TELEVISION - CINE SONORO

Este libro describe innumerables oportunidades y maneras de Ganar Dinero en cada una de las ramas de esta excepcional industria, tales como: **Difusores; Radiomecánica; Amplificación del Sonido; Radiocomunicación**, etc., mediante un estudio sencillo y fascinante.

FUERZA MOTRIZ - DIESEL

Estos conocimientos de **Ingeniería Mecánica** están justamente considerados como "la Palanca del Progreso" por abarcar toda clase de **Motores de explosión** hasta los modernísimos **DIESEL**, y se convertirán en fuente inagotable de ingresos a quienes los adquieran.

AERONAUTICA Y AVIACION

De palpitante actualidad son los reveladores datos que encierra este libro, cuyo valor es inestimable para quienes deseen dedicarse a lo prometedor carrera de la **Aviación**, en todas sus subdivisiones, como: **Piloteaje - Construcción - Motores - Comunicaciones**, etc.

ELECTROTECNIA - REFRIGERACION, ETC.

Este otro libro está dedicado a la **Electricidad** y sus aplicaciones prácticas más importantes, a saber: **Acondicionamiento de Aire (Clima Artificial); Plantas Eléctricas; Locomoción Eléctrica y Diesel-Eléctrica; Instalaciones**, etc. y cómo derivar ganancias.

ESTAS CARRERAS ESTAN AL ALCANCE DE SU MANO MEDIANTE NUESTRO METODO POR CORRESPONDENCIA SIMPLIFICADO, PRACTICO Y ECONOMICO. SOLO UN LIBRO GRATIS A CADA SOLICITANTE. ¡PIDA EL SUYO HOY!

Sr. J. A. ROSENKRANTZ, Presidente: Depto. Núm. 380 - 6 GA

● Mándeme su libro GRATIS con datos para ganar dinero en la industria que le selecciono y marea con una "X"

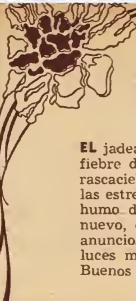
NOMBRE _____ EDAD _____
DIRECCION _____
POBLACION _____ EDO. o PROV. _____
RADIO ☐
DIESEL ☐
AVIACION ☐
ELECTROTECNIA ☐

NATIONAL SCHOOLS

EDIFICIO BOSTON (1er. Piso)
BUENOS AIRES, ARGENTINA



Este vigilante de 1908 hacía resonar los cascos de su cabalgadura sobre el empedrado de las calles porteñas. Hoy, el agente patrullero, jinete en su motocicleta, pasa veloz deslizándose sobre la cinta brillante del asfalto.



DEL BUENOS

EL jadear de los motores pulsa hoy rítmicamente la fiebre de progreso sobre el asfalto de las calles. Los rascacielos, en magnífica pugna por llegar primero a las estrellas, agujerean la atmósfera gris teñida por el humo de cien chimeneas; las esquinas se visten de nuevo, con el cromo plateado de sus negocios y los anuncios luminosos que guiñan a la noche sus ojos de luces multicolores... Y así, en uno y otro aspecto Buenos Aires va cambiando de fisonomía cada año.

Otra vista del hipódromo tomada en la pista, durante el desarrollo de una carrera de mil metros. Como se ve, aquéllos eran los tiempos en que los caches de caballos se hallaban en plena auge. En la actualidad son casi un recuerdo.



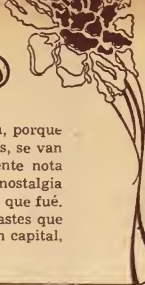
Esta otra foto es ya más reciente. Fué tomada en 1921 y cualquier porteño reconocería a primera vista la esquina que forman Callao y Rivadavia. Entonces el colectivo no había puesto todavía en las calles sus ansias de velocidad.



Una pista de patinaje en la avenida Alvear, que a la juventud de 1908, desapareció para dar paso a...



AIRES VIEJO



...pasa. Pero los porteños no se dan cuenta, porque
...también van cambiando y, lo que es más, se van
...ando... Por eso, las fotos de la presente nota
...tienes, en sus enfoques, algo de la nostalgia
...lo que se va; algo de la reminiscencia de lo que fué.
...tales, y también como sugestivos contrastes que
...nten apreciar el progreso de nuestra gran capital,
...as brindamos aquí al lector.



El hipódromo es una institución tradicional entre los porteños. El primitivo, allá por el año 1908, se hallaba instalado en Belgrano, y esta foto antigua muestra una parte del sector popular. Han cambiado los tiempos y las modas...



He aquí una prueba de que el fútbol es, desde hace muchos años, un deporte popular en la Argentina. Este es el equipo representativo del Club Atlético Porteño, uno de los más famosos en las temporadas de 1909 y 1910.

La esquina de Florida y avenida de Mayo en el año 1921. Todo aquí, desde los edificios hasta los vehículos, y desde los vigilantes hasta los peatones, podría afirmarse que está como envuelto en la patina del tiempo...

...nismo, que luego de cumplida su misión de divertir
... River Plate. Este también se ha ido ya de allí...





Antes, al pedirle a este comerciante su opinión sobre el mejor aceite, preguntaba a su vez: "¿Con premio o sin premio?" Pero ahora se acabaron los concursos, los sorteos y otras coimas y por lo tanto, el hombre ya sabe que sólo se habla de calidad. Por eso contesta sin vacilar: "¡DIADEMA!". El viejo aceite DIADEMA sigue siendo el favorito porque prefirió mantener intocable su gran calidad antes que ensayar fantásticas ofertas de premios, innecesarias cuando el producto — como aceite DIADEMA — es bueno, puro, fragante y sabroso.



ACEITE
DIADEMA
CALIDAD SUPREMA



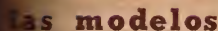
Las reinas de

COMO prueba concluyente de que el nuevo siglo de las especialidades, hasta en cuestiones de belleza, cada una de estas cuatro rubias acaba de ser elegida como la mejor modelo fotográfica en el "Segundo concurso anual de la ciudad de fotógrafos profesionales de China". Se trata, como puede verse, de dos rubias y de

Jo Ann Davis
olima que los
modelos más
perfectos son
siempre more-
nas, y la di-
ce con conoci-
miento de cau-
sa... ¡Cómo
que ello es me-
reno y, por
añadidura, os-
tenta el título
de "El desnudo
más artístico"!



En cuanto a
Jean Dupont,
la reina de los
modelos de tra-
jes de baño,
dice que ella
no quisiera ha-
blar mal de los
morenos, pero
que hay ciertos
pruebas que
son definitivas.
Por ejemplo,
ella misma...



Esta foto de Teresa Goll está diciendo cuál es el título que ella conquistó en Chicago. Pero no conforme con ser la modelo de las piernas perfectas, Teresa es una morena copoz de hacer olvidar o muchas rubias.

Sugestiva y auténtica rubia, reconocida como la mejor modelo de ropa interior, Arlyne Henning, que así se llama esta girl, afirma, por su parte, que no hay morena capaz de disputarle el título. Y basta verla para creerlo...



Falta de memoria...

Esa falta de memoria suele ser un signo de debilidad cerebral.

Tonifique su cerebro tomando Nucleodyne.

Nucleodyne es un tónico que aumenta las energías vitales, vigoriza, da fuerzas y acrecienta la resistencia a la fatiga.

Nucleodyne es tan bueno para las señoras como lo es para los hombres.

En todas las farmacias del país.

Nucleodyne

(TONICO QUE DA FUERZA)

LEA EN EL PROXIMO NUMERO:

LA NOVELA DE UN SPAHI

LA MAGNIFICA OBRA DE
PIERRE LOTI

LEOPLÁN aparece el 21 de junio



La historia en miniatura

Famosos en el mundo entero, las escenas en cera de la historia de los Estados Unidos que se exhiben en el museo de la ciudad de Nueva Orleans requieren una minuciosa y prolija preparación para ser expuestas al público. Estas tres fotografías muestran otras tantas interesantes escenas de la historia de la ciudad de Nueva Orleans. En la de la izquierda se ve a un operario fijando en su pedestal de alambre un muñeco ya terminado. A la derecha, arriba, puede apreciarse la forma en que se dispone



Para guitarristas de ley!

Tanto los que dominan el arte de tocar la guitarra como los principiantes, sabrán aprovechar esta oportunidad, creada para quienes no se conforman con un instrumento mediocre. Si Vd. prorrogó hasta ahora la adquisición de una buena guitarra, esta oferta le convencerá de que ha llegado el momento de satisfacer sus deseos.



SOBERBIO EQUIPO:

GUITARRA "La Valenciana", formato concierto, nogal, tapa armónica de los Pirineos, mosaicos y filetes, clavijero mecánico; con **ESTUCHE, ENCORDADO de repuesto y ME- TODO "América"** por cifra, **sólo \$ 8.** por mes

Amplio surtido de otros 28 modelos, desde \$ 10⁵⁰

CASA AMERICA

"EL HOGAR DE LA MUSICA"

AV. DE MAYO 959 - Bs. As.

BANDA Y JAZZ variedad completa en instrumentos y accesorios.

intable por la naturalidad de sus perso-
fotografía de abajo, a su vez, muestra
mucho se sabe de su malde una de las
cuyas rugosidades serán más tarde so-
proceso de pulido con papel de lija.



El despeñadero de los cóndores

LEYENDA CORDOBESA

por **Raúl Bustos Berrondo**

ILUSTRACIONES
DE BERNABO

Entre Río Ceballos y La Falda, dos puntos veraniegos de las Sierras Chicas europeizadas por el afán de confort de los turistas porteños, se levanta, indomable, salvaje, primitiva, la mole de El Cuadrado.

El camino de automóviles que la cruza es áspero, pedregoso. Corre por peñascales volados con dinamita, subiendo y bajando, avanzando y retrocediendo. Se enrosca, de pronto, alrededor de un cerro, como una monstruosa serpiente abrazaría el torso de un gigante.

En lo más alto del camino el viandante se sobrecoge de repente a la vista de un abismo profundo, de cuyo misterioso fondo, tendido a centenares de metros, no se ve sino una bruma azul; pero si el viajero es suficientemente curioso y bastante avisado como

para descubrir el escondido sendero de la bajada, grande y maravilloso será su deslumbramiento.

Toda la aspereza de arriba es exuberancia abajo. Los árboles cargados de frutos, el arroyo con la alegría de sus aguas cristalinas y frescas, el suelo verde sembrado de flores... El Despeñadero de los Cóndores, así llamado en el lugar desde hace más de doscientos años, pudo ser el Paraíso perdido, la tierra fértil capaz de producir manzanas que tentaran la gula de Adán.

II

En el corazón mismo de El Cuadrado, junto al Despeñadero, vivía hace ya un siglo un gaucho noble bien querido en toda la ex-

tensión de la sierra: ño Rufino.

En 1828 una partida volante gobernador propietario de Córdoba y sus caballos y pretendió entrar en las filas. Su valiente negativa le valió una despiadada. Pero el tormento de terminar ahí. Con las espaldas medio desfallecido, sostenido en las ligaduras que lo mantenían amarrado al árbol, presenciaba cómo el capitán de su hija, una niña de dieciséis años, gaba luego a la avidez de los

No pudo soportar esta visión. Los dejaron por muertos. Al atado al tronco; a la niña, colgada de una rama del mismo árbol.

Desde entonces el viejo gaucho

PULCR



cada vez que oye resonar el tropel de
era. El ha oído hablar del general
pájaro noble enjaulado en la Aduana
Fe que dió años de dignidad a Cór-
ese si le daría su brazo, sus caballos,
no jamás manchado con sangre hu-
Pero a éstos, que escarnecieron a su
a su patria...

carde la columna montonera se acerca
cadrado. La soldadesca ha echado pie
soliche del alto para refrescar el gar-
entonar el coraje. Por allí anda el
único nieto de ño Rufino, cuidan-
calbras. Ver el chico a los soldados
desalado, hasta el rancho donde ño
trabaja unos tientos, fué todo uno.

III

ago no se inniuta ante la inminente
de sus enemigos. Hace años que
burlando. Con la ayuda del Chacho
del rancho su misera riqueza y, aco-
da trastos y ropas, en arganas, sobre
de los caballos, arrea su tropilla en
al Despeñadero. Abajo podrá per-
días, meses, si es necesario.

ronel que manda la partida recom-
entrecanto, la marcha. Al pasar por
se detiene un momento, pero no
tiempo para andar en pesquissas de-
gauchos rebeldes, y sigue adelante.
caerá la noche y quiere estar en el
la luz del día.

el sargento, que tiene noticias del



buen pelo de la tropilla de ño Rufino Altamirano y porfía por dar con ella o sus rastros a toda costa, se queda calladito por los alrededores, sin avisar al coronel ni denunciar su maniobra.

Anda sigilosamente bordeando el abismo, hiriendo con su mirada de lince la bruma del fondo para penetrar sus secretos, cuando hete aquí que un relincho lo pone sobre la ansiada pista. Por largo rato, con más paciencia que ingenio, busca la bajada y, hallándola al fin, enfila su caballo por el sendero.

El Chacho está solo en el valle, con la tropilla y los trastos, en tanto que ño Rufino, oculto detrás de unas breñas, muy cerca del rancho, observa las andanzas del sargento. Cuando lo ve bajar al valle, lo sigue de a pie, cautelosamente.

El sargento no tarda en dar con el Chacho, que, tomado de sorpresa, no atina sino a mirar al intruso con ojos de espanto y aferrarse a las árganas en un instintivo gesto de defensa de los bienes confiados a su custodia. Aquél, mientras tanto, se acerca iracundo, con el rebenque en alto, vomitando injurias. Al hallarse junto al chico echa pie a tierra y, to-

mándolo bruscamente de los cabellos, se dispone a azotarlo, cuando una mano de hierro lo aferra por el cuello y lo obliga a volverse y a empuñar la daga, la daga ausente que ño Rufino, rápido y precavido, ya tiene en sus manos y esgrime con decisión.

El sargento reacciona para enfrentarse a su inesperado agresor, pero ya es tarde. El pacífico gaucha se ha erguido como un gigante, se ha encrespado como una ola, y sus brazos, poseídos por una energía sobrehumana, han derribado al sargento que, ya indefenso y quieto, ve cómo la punta de la propia daga amenaza su garganta.

—¡No me mate, ño Rufino! ¡Acuérdese de su madre! — implora, espantado, con el cuerpo tembloroso y la mirada llena de miedo.

El instinto de Caín ha armado la mano del viejo gaucha, pero un relámpago de bondad cruza por su mente, deteniendo el brazo, ya lanzado para el golpe.

Matar es dura faena para quien no ha visto nunca derramada por su mano la sangre del prójimo. Está a punto de arrojar la daga, de liberar a su prisionero y de proceder conforme a Cristo, cuando otra idea atraviesa su mente. ¿Adónde correrá el sargento apenas

se vea sobre sus pies y monte a caballo para buscar a sus hombres para volver en contra a sangre y fuego contra éste que lo abruma con su brazo y lo humilló con su perdón?

Además, ahí está el Chacho, único miembro de su familia escarnecida, degollada, curada, es preciso proteger a toda costa.

La alternativa es terrible, angustiosa. El sargento o muere mañana su nieta o él mismo.

Con la rodilla sobre el pecho del sargento, viendo la angustia pintada en su rostro, el clamor de paz en sus ojos, la mano le cae pesada. —¡Dios mío — piensa —, qué difícil es esto!

De pronto, cierra los ojos, aprieta los labios y musita, desfallecido:

—Padre nuestro que estás en los Cielos, santificado sea el tuyo nombre...

Y de un solo golpe hunde la daga en la garganta del sargento hasta clavar la punta en el duro suelo. Después, ante los ojos atónitos del Chacho, se pone de pie, levanta un tirón el arma homicida detrás de su espalda, una hoja brota a torrentes la sangre, y, sobre una piedra, se pone a llorar como un niño. ☼



E. C. COWGILL
Presidente de las
ESCUELAS HEMPHILL

En paz o en guerra DIESEL lo necesita a usted!



LA ENSEÑANZA HEMPHILL HACE EL ESTUDIO FACIL E INTERESANTE

DIESEL TRAE UNA NUEVA ERA DE PROSPERIDAD

La industria Diesel ha entrado en un período de actividad febril debido a la rapidez con que estas nuevas unidades de fuerza motriz están reemplazando los antiguos motores de vapor y gasolina. Esto se debe no sólo en parte a la segunda guerra mundial donde el motor Diesel está desempeñando importantes funciones, sino a la rápida modernización que está ocurriendo en todos los ramos industriales y transportes—multiplicando así las oportunidades del experto.

GRAN DEMANDA DE EXPERTOS EN DIESEL

Uno de los problemas que confrontan al fabricante de motores Diesel en estos momentos es la escasez de hombres bien preparados en la materia para instalar, operar y dar servicio a estas modernas unidades de fuerza motriz. El motor Diesel difiere por completo de los motores de gasolina. En consecuencia, un mecánico cualquiera no podrá hacerse cargo de este trabajo. Se necesitan conocimientos especializados para poder desempeñar la multitud de puestos bien pagados que se van creando diariamente en Diesel.

APRENDA EN SU PROPIO HOGAR. EN SUS HORAS LIBRES

Las Escuelas Hemphill son las que originaron esta clase de estudios en América, habiendo perfeccionado un sistema por medio del cual usted podrá dominar la instrucción en su propia casa, en sus horas libres,

sin abandonar sus presentes ocupaciones y pagar por el curso de sus mismas ganancias. **NO SE REQUIERE EXPERIENCIA PREVIA.** Las lecciones están escritas en correcto Español, en lenguaje claro y fácil de asimilar para todo aquel que sepa leer y escribir.

PRECIO Y ABONOS MENSUALES AL ALCANCE DE TODOS

En mi larga experiencia como Presidente de esta Plantel comprendo que el hombre que ahora está ganando un bajo sueldo es en realidad el que más necesita estudiar esta carrera a fin de que pueda ocupar una posición mejor y un sueldo más elevado, así es que he reducido el precio y pagos mensuales al alcance de todos los bolsillos.

INICIESE EN UNA CARRERA DE PORVENIR

No hay razón para que se condene usted a seguir toda la vida trabajando en un empleo rutinario que apenas le da para ir pagándola cuando tiene a su alcance el medio de prepararse para desempeñar un puesto de responsabilidad en la industria Diesel donde puede ganar más dinero.

PIDA HOY MISMO—GRATIS— "LA MARCHA DEL DIESEL"

Este folleto le explica como puede iniciarse en una carrera de tanto porvenir como el Diesel. Nuestro sistema de estudios salva las distancias, no importa que tan lejos esté de nosotros; la escuela está tan cerca de usted como su propia oficina de correos.

RECIBE ESTE VALIOSO
EQUIPO PROFESIONAL

Gratis

HEMPHILL DIESEL SCHOOLS

2121 SAN FERNANDO RD., LOS ANGELES, CALIF., E. U. de A.

Se E. C. Cowgill, Presidente, HEMPHILL DIESEL SCHOOLS
2121 San Fernando Rd., Los Angeles, Calif., E. U. de A. Dept. A-4

Sírvase enviarme GRATIS su folleto "LA MARCHA DEL DIESEL" explicando como puedo librarme un porvenir en DIESEL, en mis horas libres.

NOMBRE EDAD

DIRECCION

POBLACION Prov. o Edo.

AYUDE A UN AMIGO: Escriba abajo el nombre de alguno de sus amigos a quien desee un porvenir mejor y le mandaré otro folleto GRATIS:

NOMBRE EDAD

DIRECCION



CORTE EL CUPON
Y RECIBA
ESTE LIBRO

Gratis



Perfil y glosario de los relojes

Escribe Carlos L. Villalba

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

HIPODROMO

La función de este reloj es particularísima: está destinada a destruir "castillos en el aire"... Ubicado al lado del marcador oficial en el Hipódromo de Palermo, señala el instante preciso para dar la partida en las distintas carreras del programa y, al mismo tiempo, el principio del fin...

CABILDO

Encarnación del sublime idealismo de aquel pueblo de Mayo que quiso y supo ser libre, el reloj del Cabildo preside las actividades de la metrópoli potencial del presente. El bronce de su histórica campana, fundida en el crisol de la gloria, tiene sonidos de solemne consagración.

EL DE LA MUNICIPALIDAD

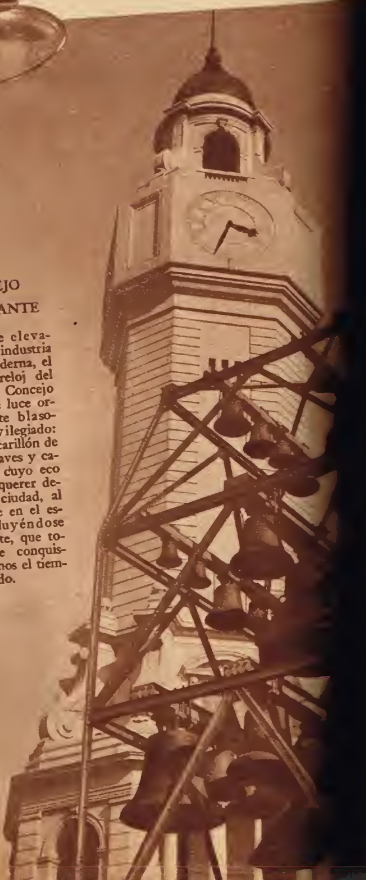
Del reloj municipal dependían en otros tiempos todos los relojes de las amas de casa, ya viniera el marido con otra hora llamada "exacta" o "cronométrica" y tratara de imponerla con explicaciones o con energía. Cuando el reloj de la Municipalidad cantaba una hora, no había otra. Y de éste, ¡cuántas personas, ancianas hoy, llevan su cuadrante incrustado en la retina y sus campanas sonando en sus tímpanos eternamente!

DEL SIGLO XVIII

Heredero directo del de Magdeburgo, trujo por el Papa Silvestre en el año 1657 un sencillo reloj de bolsillo del siglo XVI que permite vivir años que no conocimos; sus jajas, hoy sujetas a una ley de inercia, aceleraron las que pusieron término a esperanzas, fijaron valor a plazos terminantes y señalaron el punto de partida a la organización nacional.

CONCEJO DELIBERANTE

Exponente elevado de la industria relojera moderna, el magnífico reloj del Concejo Deliberante luce orgullosamente blasones de privilegiado: su sonoro carrilón deacentos graves y cadenciosos, cuyo eco pareciera querer decir a la ciudad, al expandirse en el espacio diluyéndose suavemente, que todo puede conquistarse, menos el tiempo perdido.



arteños

DE FLORENCIO ROMERO,
DEBORA GONZALEZ Y JULIO PODESTA

La historia del reloj es casi tan antigua como la historia del mundo; se remonta a 600 años antes de Cristo, época lejana en que el hombre se sirvió del sol para medir el tiempo. El Buenos Aires de entonces y el de hoy, los personajes de la Gran Alameda de 1810 y los de la urbe magnífica del presente, se definen en sus relojes. Muchos de ellos, con los inquietos y maravillosos mecanismos que encierran en su interior, fueron polando lo marcha de la República hacia la culminación de su destino histórico, asistiendo como testigos impasibles a los acontecimientos más importantes de su evolución, crecimiento y progreso; algunos, generosamente inspirados, señalaron el rodar de las horas a través de las más íntimas emociones del pueblo, mientras otros asumen en la actualidad la representación de una expresión característica de la ciudad, sin faltar aquel a quien su mala suerte impidió cumplir la función para que había sido destinado.

EL DESPERTADOR

modesto de los relojes es el
Enemigo público número
los dormilones, es, al mis-
el amigo complaciente que ja-
a los repetidos pedidos que
Su virtud es la de ser fasti-
oportuno, y la de poseer
pecha de insultos y de golpes...



EL RELOJ DE SOL

Anticipándose al de agua, que usaron los egipcios, fué el reloj de sol el primero que utilizó la humanidad, hace ya más de 2.500 años. En el presente, más que para señalar el avasallamiento de la vida que transcurre con apresuramiento, sirve como ornato de parques y jardines, en los cuales se alza como índice de una ley natural, que, sin que lo podamos remediar, nos acerca, día tras día, hacia el misterio del más allá.



IGNACIO

del tiempo,
reloj de San
misión de
horarios
del viejo Co-
al y las se-
antiguo Con-
ante, en su
calle Perú.
desde lo alto
torre en
colocado,
biliosamente
el 16 de
23, con mo-
celebrarse en
la primera
de premios
dispuesto
ministro don
Rivadavia
del 19 de
misimo año.



TORRE DE LOS INGLESES

Significación grata al sentimiento del pueblo argentino tiene el reloj que corona la torre que la nación inglesa obsequió a la República Argentina al cumplirse el primer centenario de la Revolución de Mayo. La metálica vibración de sus campanas tiene la sonoridad de la voz del ilustre Canning, el estadista visionario que clamara por el reconocimiento de nuestra independencia en horas inciertas para la historia de América.

"LA PRENSA"

Representante calificado de los valores periodísticos en la calificación que de la ciudad hacen sus relojes, el de "La Prensa" refirma la clásica definición de Mailfer: "Es el periodismo poder soberano, porque representa y forma a la vez la opinión pública, que bajo los nuevos principios es esencialmente soberana."



CONGRESO

Nada hay más activo que la...
inerte e impenetrable...
Tal afirma el...
cantarino de...
colocado en el...
del Congreso de...
ción. "Se non e...

EN LAS ESTACIONES

La psicología de la...
— definición asaz atr...
representada por los...
cados en las estaciones...
rias de la metrópoli. P...
ta en los relojes, todo...
La exactitud subsiste...
fallan los horarios, oblig...
millares de empleados...
vienen a producir esas...
carreras a lo largo de...
para recuperar el ritmo de...
titud" que les costará un...
llegar tarde a la oficina...



EL DEL PILAR

Otrora recorte inconfundible en el horizonte del cielo, allá en las afueras de la ciudad de Santa María de los Buenos Ayres, la muda lengua del viejo reloj de la iglesia del Pilar, en la Recoleta, tiene acentos añejos. Insensible a todas las emociones, a la tristeza de los recuerdos, sus manecillas siguen desgranando en la pulida esfera la brevedad de los segundos, que se convierten rápidamente en minutos, en horas, en días, en años...

Sea Usted EXIGENTE

FAMA



DESDE
\$10-
POR
MES

La concesión de un CREDITO RAPIDO Y LIBERAL no signi-

fica que Vd. deba reducir sus pretensiones de obtener perfección en el corte y calidad absoluta en la tela.

Sea Vd. exigente... las Grandes Sastrerías THE CITY están organizadas precisamente para esto... para dar a CREDITO plena satisfacción al hombre elegante.

GRANDES SASTRERIAS ANEXO BONETERIA
THE CITY
VICTORIA esq. PIEDRAS

A un paso de la
Av. de Mayo
U. Tel.
34 - 1941

Sr. Gerente:
Solicito me sea acordado un crédito por \$

NOMBRE
DIRECCION
LOCALIDAD P. C.
EMPLEADO EN

UN CENTRO DE MODA PARA LA MODA

EL QUE NO DA LA HORA

reloj, uno de los valores públicos de nuestra ciudad que nunca darán define la psicología ridículo y elama, al tiempo, contra la in- de quienes se limit- a hacer las cosas a me- convirtiendo en adefe- que estaba destinado a ción de beneficio ge- se halla ubicado "en cualquiera del Mu-

EL QUE LA DA A MARTILLAZOS

La avenida de Mayo, mostrando un reloj ultramoderno, de sonoridades que se hacen anunciar por fornidos personajes que dan terribles martillazos a una gran campana, queda como un viejo de alma antigua y cara arrugada que se quisiera remozar poniéndose en la cabeza un "bolero" moderno y en el ojal una flor con lucas de Bengala. Pero una vieja calle no está, como un hombre viejo, destinada a morir, así que el reloj ultramoderno de los fornidos hombres que dan la hora a martillazos significa en la vieja avenida un gran síntoma de rejuvenecimiento, transformación a que están destinadas todas las calles viejas de nuestra ciudad.



¿Cómo era usted cuando



DELFINA BUNGE DE GALVEZ, ENRIQUE DICKMANN, ANGELINA PAGANO Y ANTONIO PODESTA ENTREVISTAN PARA "LEOPLÁN" A LOS JOVENES QUE ERAN ELLOS CUANDO ERAN JOVENES.

Una encuesta de Tibor Sekelj

COMPOSICIONES FOTOGRAFICAS DE ANGEL CASTELLANO

HACE MUCHOS AÑOS, DESPUES DE UNA FUNCION DE CIRCO...

ANTONIO PODESTA, uno de los fundadores del teatro argentino, encontró a Antonio Podestá artista circense de dieciséis años de edad, según él nos contara, después de una función de circo. El muchacho descansaba apoyado en un tronco cerca de la carpa, vestido todavía de acróbata. Su entusiasta mirada estaba fija en la multitud que abandonaba el circo. Se sentía todo un héroe.

El otro, vestido con una "robe de chambre", como si hubiera bajado de su antigua carreta, se acercó al joven con una sonrisa bondadosa:

—¡Hola, Antoñito!, ¿cómo te va?

—Bien, gracias, señor —contestó el muchacho mirándolo sin emoción alguna.

—¿Cómo "señor"! ¿Acaso no me conoces?

Antoñito examina el rostro del viejo actor, el cabello blanco y escaso, y después dice:

—Disculpe, pero no recuerdo haberlo visto antes. ¿Quién es usted?

—¿Quién soy? Soy vos. Este..., mejor dicho, vos sos yo. ¿Entendes?... ¿No? Bueno. ¿Cómo explicártelo? Quiero decir que ambos somos la misma persona... uno solo...

—¡Hum! Bueno... ahora sí que empiezo a no entender nada —dice el muchacho con cierta preocupación.

—En fin, no importa. Lo comprenderás un día. Por ahora quiero felicitarte. Sos magnífico.

—¿Le parece? — pregunta Antoñito con una contenida sonrisa. Sus ojos brillaban.

Los de Antonio también. Es un brillo que disimula dos lágrimas incipientes.

—Acabo de verte en el trapézio, volando como un pájaro y saltando como un gato. Confieso que temblaba mi corazón. Pero porés bien. Para adquirir fama hay que tener valentía. Un diario ya publicó algo...

—Lo que se refiere al diario y a la fama — interrumpe el actor — a un interlocutor —, no me interesa mucho. Todo lo hago por el arte, darle al público unas horas de diversión. Y algo más. Siento un afán hacia la vida aventurera. Somos así todos en la familia.

—¿Así me gusta, muchacho! Vos llegarás a algo. Ya te imaginas actuando para las películas...

—¿Cómo dice? ¿Qué son las "películas"?

—¿Nunca fuiste al cine?...

—¿Al cine?...

—¡Ah!, es cierto. Olvidé que estamos en el año 1894. Pero eso ya verás más tarde. Se van a inventar cosas maravillosas.

—No me importan los inventos. Puede ser que cambie el método, mi fin será siempre el mismo: divertir. El pueblo nos necesita. Somos un factor de cultura. Hemos penetrado con nuestras carretas en las poblaciones del norte argentino, y en la Patagonia tuvimos hasta peleas con los indios...

—Conozco todo eso, amiguito, lo he vivido intensamente...

—¿Cómo? — interrumpe otra vez Antoñito, no llegando a comprender su extraño interlocutor.

—Este..., conozco tus historias, como si las hubiera vivido yo mismo. Sos valiente y buen muchacho. Seguí así, y con el tiempo llegarás...

—...este...; llegarás a ser...

Antonio Podestá se calla. Las palabras no quieren salir de su garganta, anudada por la emoción, y de sus ojos escapan ahora algunas lágrimas escondidas.

—¿Qué llegará a ser? — insiste el joven.

—Un viejo actor. Un viejo actor, rodeado de los recuerdos de una vida feliz.

Y el viejo y querido actor que es hoy Antonio Podestá sonríe y muestra las mismas lágrimas traviesas, en las que tiembla esta vez el pasado de su pasado.

¿tenía dieciséis años?



Se recuerda es, muchos veces, un anhelo renovado o un deseo insatisfecho. Puede ser una ambición lograda. Hay quienes envejecen en edad, pero son siempre jóvenes en espíritu; existen también los que, sin ser viejos, han acumulado en sus vidas, de trayectoria breve pero múltiple e inquieto, una experiencia propia de la edad avanzada. Pero lo más interesante es jugar muchos trayectos a los muelles, y en ocasiones, puede tener por rumbos inesperados, pero llegar a destinos extraños. Por eso hemos querido interrogar a los que "yo Hogueva", a los que triunfaron. Quisimos ponerlos frente a su pasada juventud, a su "yo" de dieciséis años, pujante de vida y pleno de proyectos y de entusiasmos, para preguntarle si sus triunfos de hoy se identifican con sus éxitos de ayer. Desde Antonio Padellás, que sigue haciendo maravillas sobre el trapico en el alma de Antonio Padellás, hasta la joven Delfina Bunge, que tuvo para Delfino Bunge de Gálvez un "cousado" que es como una especie de opusculo, cada uno de nuestros entrevistados dejó entrever, al evocar a ese "yo" suyo de dieciséis años, algo íntimo de su "yo" actual, que lo refleja, quizá un poco deformado, a la distancia de los años. Son, pues, las preguntas crónicas, a modo de fugaces biografías con sabor a reminiscencias de juventud. LEOPLAN, las expone hoy, en estas mismas páginas, en las que —sugestivo contraste—, popelares y juveniles figuras de nuestro ambiente se enfrentan a ese "yo" de la infancia, a través de ellos, en las siempre interesantes trayectorias de unas vidas, hoy de notorio consagración.

DELFINA BUNGE DE GÁLVEZ CON DELFINA BUNGE

DELFINA BUNGE DE GÁLVEZ sonríe sutilmente ante nuestra pregunta. Ella, que ha publicado ya un interesante "Viaje alrededor de mi infancia", ha pensado muchas veces en escribir otro "viaje" alrededor de su juventud. No la tomamos, pues, de sorpresa, y por eso no nos extraña su respuesta. Hele aquí:

—No es únicamente por la soledad de LEOPLAN que mi yo de 16 años se enfrenta con mi yo actual. No necesitan estos dos yo de una ocasión perfecta. Son muy amigos. Hasta confesará que andan casi siempre juntos. Muchas veces cosas que entre ellos se dicen, no me las arrancaría la revista a por medio de la tortura. Pero ya que ella se empeña en conocer algo de este diálogo casi permanente, algunas cosas le transmitiré... las menos interesantes, por cierto.

La de 16 años. — (Cómo te sientes, después de haber vivido tanto, de haber pasado por tantas cosas)

La yo actual. — Me siento... a ratos, demasiado joven.

La de 16. — ¡Demasiado joven! Yo creía que la juventud terminaba a los veinte años, o muy poquito después... Te has olvidado de lo que es la juventud.

La actual. — No te he olvidado. Te llevo siempre conmigo.

La de 16. — (Entonces)... ¿Te estarás haciendo algunas ilusiones, promesas, tal vez, de la edad madura, o de la...? No me atrevo a seguir por no equivocarte... Siempre oí, sin embargo, que a tu edad sólo había ilusiones.

La actual. — ¡Tú tenías la cortadía de ilusiones propia de la primavería! De la que crees que el mundo termina con ella... Como es el novelista que se le va, las cuales ponían el final justamente cuando todo acababa por empezar...

La de 16. — Lo mismo que tú hiciste al escribir "Viaje alrededor de mi infancia"... "Alrededor de mi juventud" hubiera valido la pena.

La actual. — De la infancia se puede hablar... como de una encarnación anterior. Pero, ¿no te das cuenta de que el solo decir: "cuando yo tenía dieciséis años", es hacer una emocionada confidencia?

La de 16. — ¡Mi edad es la más interesante!

La actual. — ¡Más interesante es la mía!

La de 16. — ¡Cuánta sabiduría, cuánta experiencia habrás adquirido!

La actual. — "Los errores de la experiencia"... es algo que alguna vez he de escribir... ¿Sabes una cosa? Cuando hay hechos que no sé cómo juzgar, me mudo de casa. Me traslado a la tuya. Desde tus balcones (se veis todo tan claro!) La vida no te había obligado a transigir con nada. Trato, pues, de ver las cosas por tus ojos, y si que hubiera sido tu juicio es el que adopto como el más seguro...

La de 16. — (De modo que de algo te sirvieron mis pensamientos?)

La actual. — Son los más novelescos de entre los que tengo en uso... La de 16. — ¡Cómo serás de perfecta, después de tanto tiempo! Porque me imagino que habrás seguido progresando día a día y en todo, como yo progresaba...

La actual. — ¡Hum! Te diré... A tu edad la perfección era fácil... La vida poco te exigía... Luego, las cosas se complican. Para que no me juzgues con demasiada severidad, tendrías que explicarte muchas cosas...

¡Doblemos la hora, señores!

La de 16. — ¡Me dejaba bastante triste...

La actual. — ¡Ahí está! He escrito más de veinte libros... ¿no te sorprende?

La de 16. — ¿Te que me sorprende es que no seas además la pianista que pensaba... (Cómo has podido preferir lo limitado de la palabra, a lo ilimitado de la música?)

La actual. — No lo preferí. Fuerza mayor...

La de 16. — ¿Qué has hecho de mi Beethoven, de mi Bach, de mi...?

La actual. — Traté de traducir sus enseñanzas a palabras...

La de 16. — ¡Qué ilusiones!

La actual. — Léeme, y verás... Aunque, la verdad, a nadie mostraría mis libros con mayor recelo que a ti... ¡Aquella entera libertad para juzgar!... Te tengo un poco de miedo...

La de 16. — Veo que la literatura te ilusiona un poco más de lo que a mí me haya ilusionado... (Será verdad que te has vuelto "demasiado joven... a ratos"?)



ARISTIDES
RECHAIN

ILUSTRACIONES DE
ARISTIDES RECHAIN

Una novela corta de **Agatha Christie**

El drama de Marsdon Manor

DE AMBIENTE POLICIAL

VIA justamente de una ausencia de va-
lencia cuando al entrar al departamento
Poirot estaba haciendo sus valijas.
Desenrollando, Hastings—me dijo a modo
casual—Ya pensaba que no iba a llegar
para acompañarme.
¿Era de viaje? ¿Le han encargado algún
asunto?
pero me parece que es un trabajo tan
que no promete gran cosa. La Northern
Insurance Company me ha contratado
certificar la muerte de un sujeto que
segurado hace algunas semanas por la

considerable suma de nueve millones de libras.

—Nueve millones? Eso es interesante.
—Parece que en el seguro hay una cláusula
que estipula que si el individuo, un tal
Maltravers, llega a suicidarse antes de que
se cumpla el año desde que contrató la póliza,
la compañía queda libre de todo com-
promiso, y me han encargado de que jus-
tifique la causa de su muerte. Era un hombre
sano, aunque algo entrado en años, según lo
certificó el médico de la compañía, y sin
embargo el miércoles último, anteayer, en-
contraron a Maltravers muerto, en su propie-

dad de Marsdon Manor. Se ha establecido
que sucumbió de resultas de una hemorragia
interna. En realidad, el caso no tendría nada
de particular; pero últimamente corrieron in-
sistentes rumores sobre la mala situación fi-
nanciera de Maltravers, y la Northern Union
ha comprobado que estaba a punto de que-
brar. Esto modifica un poco las cosas, como
puede comprender. Maltravers estaba casado
con una mujer joven y bonita y parece ser
que reunió todos los fondos que pudo para
contratar la póliza a favor de su mujer, y
después se suicidó. Es algo que todavía se

ve a menudo en los tiempos que corremos. Mientras conversábamos habíamos ido a la estación y tomado el tren que en esos momentos nos llevaba rápidamente en dirección a Great Eastern, la parada de Marsdon Leigh, donde no tardamos en llegar. Allí nos informaron que Marsdon Manov quedaba más o menos a un kilómetro y decidimos hacer el trayecto a pie, para respirar un poco de aire del campo.

—¿Qué es lo que piensa hacer ahora? — pregunté a mi amigo.

—Lo primero, ver al médico. Ya estoy informado de que no hay allí más que uno. En cuanto lleguemos al pueblo, nos iremos directamente a su casa.

En efecto, no bien llegamos fuimos a llamar a la puerta del doctor Ralph Bernard, que vino a abrirnos en persona. Después de decirle quiénes éramos, Poirot le expuso el motivo de nuestra visita, teniendo buen cuidado de recalcar que era obligación de las compañías aseguradoras abrir una encuesta

cuando se trataba de casos como el presente.

—Por cierto..., por cierto — respondió el doctor Bernard —. Y como Maltravers era rico, debe haberse asegurado por una suma respetable, supongo.

—¿Así que, según usted, Maltravers era rico, doctor?

El médico pareció sorprendido.

—Así decían, por lo menos. Poseía dos automóviles y, además, aunque tengo entendido que Marsdon Manov no le costó demasiado cara, es una propiedad que ocasiona muchos gastos.

—Creo que en los últimos tiempos había sufrido fuertes reveses, ¿no? — preguntó Poirot, escrutando atentamente el rostro de su interlocutor.

Pero éste se contentó con mover tristemente la cabeza.

—¿De veras? Entonces ha sido una suerte para su mujer que se haya asegurado tan a tiempo. Es una señora joven y hermosa; pero da pena verla ahora. Ha sufrido un golpe terrible

la pobre, y está hecha un manojo de nervios. He tratado de calmarla; pero ustedes no

prenderán...; poco se puede hacer en estos casos.

—No había usted notado algo anormal en la salud de Maltravers?

—No puedo decirlo. El señor Maltravers me ha consultado ni una sola vez.

—¿Cómo?

—Sí; según creo, era un "cristiano ciego" o algo por el estilo. Cuando se sentía mal, esperaba que la enfermedad se fuera a ir sola.

—Bueno, pero supongo que habrá tratado el cadáver, ¿no?

—Ciertamente.

—¿Y cuál cree usted que ha sido la causa de su muerte?

—¡Oh!, no tengo la menor duda. Fue una hemorragia interna. Había un poco de sangre en su boca; pero el derrame que lo mató era seguramente interno.

—¿Estaba todavía en el lugar donde lo hallaron, cuando usted lo vio?





cia que la aflige, me apresuré a venir para ponerme a sus órdenes. Créame que lo siento infinito, señora... Si hay algo en que pueda servirle...

En ese momento se dieron cuenta de nuestra presencia. Poirot se adelantó, explicando que había olvidado el bastón. La señora, un poco a disgusto, hizo las presentaciones. Era evidente que no se sentía cómoda. Cambiamos vanas frases de cortesía con el capitán Black, y durante la conversación supimos que se alojaba en el pueblo. Después de buscar el bastón durante un rato, Poirot se deshojó en excusas y volvimos a partir.

—Vámonos a instalarnos en el pueblo y esperar el regreso de nuestro amigo el capitán Black, ¿no? ¡Ah, mientras atravesábamos los jardines.

—¡Pero, cómo!, ¿no les dijo que nos marchábamos en el primer tren?

—Sí, eso es lo que quiero que ellos crean. ¿No se fijó en la cara de la señora cuando se encontró con el capitán? ¿No? Se veía bien a las claras que estaba sorprendida. En cuanto a ese mozo Black, no me gusta su fachá; tiene un aire que no me agrada. Hum... ¡Sí, decididamente no me agrada.

—¿Qué dice usted? Y además estaba aquí el martes, el día anterior al de la muerte de Maltravers. Puede ser una coincidencia... y puede no serla.

Nos instalamos en el hotel donde se alojaba el capitán, y media hora después lo vimos llegar. Poirot se adelantó a su encuentro y en seguida subimos los tres a un cuarto reservado de antemano. En pocas palabras Poirot puso al capitán al corriente de nuestra misión.

—No deseo otra cosa que poder ayudarlos en algo, señores, pero, desgraciadamente, no veo en qué... digo.

—¿Qué día llegó usted aquí?

—El martes a la tarde, y como mi barco salía de Tilbury el miércoles por la mañana, partí de la casa al amanecer. Después, como me habrá oído explicar a la señora de Maltravers, tuve que postergar el viaje.

—¿Podría decirme sobre qué versó la conversación el martes, durante la cena?

—¡Caramba!, no recuerdo bien. Hablamos de varias cosas... Según creo, Maltravers me pidió noticias de mis parientes; conversamos de política y la señora me hizo una cantidad de preguntas sobre el África. Creo que conté también una o dos historias de caza.

—Si me permite, quisiera tentar una pequeña experiencia. Usted me ha dicho las cosas que recuerda, evidentemente. Desearía ahora intentar si usted se acuerda de lo siguiente.

El capitán dió muestras de inquietud.

—¡Pero, cómo!, ¿creo usted en el psicoanálisis?

—¡Oh!, es una simpleza —dijo Poirot como quitándole importancia—, pero me agrada ensayar... Vámonos a ver. Yo le dire algunas palabras y usted contestará la primera que se le ocurra, ¿estamos?

—Si usted se empeña...
—Hastines, háganme el favor de tomar nota. Empecemos: día.

Hubo una breve pausa y Black contestó:
—Noche.
—Nombre.

—Lut.
—Bernard.
—Shaw.

—Martes.

—Cena.

—Viaje.

—Vapor.

—País.

—Uganda.

—Historia.

—Leones.

—Carabina.

—Parque.

—Bala.

—Suicidio.

—Elefante.

—Defensa.

—Dinero.

—Notario.

—Bien, muchas gracias, capitán Black. ¿Podría concederme cinco minutos, dentro de media hora?

—Desde luego!

—Y ahora, Hastings —dijo Poirot cuando la puerta se cerró tras el capitán—, me imagino que lo sabe todo, ¿no?

—¿Qué quiere usted decir?

—¡Cómo! Esta lista de palabras, ¿no le dice nada?

La recorrió con la vista varias veces y movió negativamente la cabeza.

—Lo voy a ayudar un poco. Por de pronto, Black contestó en forma normal y sin hacer pausas. Podemos asegurar entonces que no tiene nada que ocultar. Sus respuestas de "noche" a "día" y de "lugar" a "nombre", son asociaciones normales. En seguida dije "Bernard", lo que lo hubiera hecho pensar en el médico del pueblo, en caso de haberlo visto, pero su respuesta indica que no es así. Por la conversación que tuvimos respondí "cena", cuando le dije "martes"; pero después "viaje" y "país" tuvieron como respuesta "vapor" y "Uganda", lo que demuestra que lo que ocurría en la mente era el viaje a las colonias, y no algo que hubiera venido a hacer aquí. Cuando dije "historia", respondí "leones", a causa de las historias de caza que estuvo contando a los Maltravers. A la palabra "carabina" respondí "parque" de un modo mecánico; pero cuando dije "bala", en seguida respondí "suicidio". La asociación de ideas está netamente establecida: Un hombre que él conoce se ha suicidado en alguna parte de un parque con una carabina. Partiendo de ese principio deduzco que su espíritu está todavía absorbido por las anécdotas de caza que contó durante la cena. Pienso que estará usted de acuerdo conmigo si opino que tendré probabilidades de saber por lo menos gran parte de la verdad, si le pido al capitán Black que me cuente la historia del crimen que relató el martes por la noche durante la cena.

—Cuando lo interrogamos, el capitán, en lugar de turbarse, respondió con franqueza.

—Efectivamente, el martes conté a los Maltravers una historia policial. Se trataba de un individuo que se suicidó en una granja, pegándose un tiro con una carabina. Habla introduciendo el caño del arma en la boca, y como la bala se alojó en el cerebro, los médicos se vieron perplejos para diagnosticar la muerte, ya que el sujeto no presentaba ninguna herida aparente, sino tan sólo un poco de sangre en la boca. Pero no me explico qué tiene esto que ver...

—No se alarme usted, mi estimado capitán. El hecho de que haya contado esa historia no modifica en absoluto las cosas. Ahora es necesario que telefonee a Londres.

La comunicación de Poirot fué

larga, y cuando salió de la cabina telefónica que tenía un aire sumamente pensativo, la tarde dijo que necesitaba meditar y a pasarse solo por el campo. A las siete y media de vuelta, y me dijo que no tenía remedio que decirle la verdad a la señora Maltravers.

Nuestra entrevista con la joven fué demas penosa. Se rehusaba enérgicamente creer lo que Poirot le iniciaba, y cuando me renunció por fin a convencerla, fué presa una crisis de nervios, que terminó en un torrente de lágrimas.

El examen del cadáver transformó instantáneamente en certeza la hipótesis de Poirot. Maltravers se había suicidado disparándose una bala en el cráneo. Mi amigo estaba apenado a causa de la joven; pero, ¡qué se le a hacer! En el momento de las despedidas dije muy dulcemente:

—Señora, usted deberá saber mejor que yo que los suicidas no mueren, en realidad.

—Así me lo han dicho. Pero usted no cree en los espíritus, ¿verdad?

—Verdaderamente, no sé qué decirle, señora. Pero créame que he asistido a algunas experiencias bien extrañas. ¡Es cierto que esa casa está embrujada, como dicen en el pueblo!

Ella hizo un signo de asentimiento, y yo mismo instante el ama de llaves vino a decir que la cena estaba servida.

—No se irán ustedes sin tomar alguna despedida, ¿no?

—¡Dijo entonces la joven.

—Aceptamos espontáneamente, y por parte me felicita, pensando que su presencia le ayudaría a disipar sus ideas.

Acabábamos justamente de tomar la cena cuando un grito desgarrador, seguido de un ruido de platos rotos, resonó dentro de la casa. Nos levantamos de un salto. El ama de llaves apareció en el quicio, oprimiendo el pecho con ambas manos.

—¡Señora!, ¡Señora!... Acabo de ver a un hombre, allí en el corredor.

Poirot se precipitó en esa dirección.

—No hay absolutamente nadie —dijo—, do volvió al cabo de un instante.

—¿Está seguro, señor? —preguntó momentáneamente la familia—. ¡Oh!, me he llevado un susto horrible.

—Pero, ¿por qué?

—He creído... ¡he creído que era el

Hubiera jurado que era él.

La señora Maltravers se sobresaltó instantáneamente y yo me puse a pensar en una superstición que dice que los suicidas no deben reposar en paz. Ella también había pensado el mismo pensamiento, estoy seguro, un minuto después asió el brazo de la señora y lanzó un grito de terror.

—¿No oyeron? ¡Esos tres golpes en el techo! Así era como golpeaba el cuando corría la casa.

—No es nada —dijo yo—, son las ramas del viento golpeando contra los vidrios.

Pero el miedo había hecho presa en otros. El ama de llaves estaba completamente aterrizada, y cuando terminó de llevar la mesa, la señora de Maltravers rogó a Poirot que no nos marcháramos todavía. Sentí aun la idea de quedarme a pasar la noche en la casa. Pasamos a la sala y me quedé solo. El viento era tan fuerte y gemía de tal modo que se nos antojaba que venía en forma de la gran casa. Cuando de esas la puerta se abrió de golpe a la violencia del viento, me puse a girar sobre sus talones produciendo discordantes ruidos. La joven, loca de miedo, se arrojó en mis brazos.

—¡Ah!, pero esa puerta está embrujada —dijo Poirot, y





LA ARGENTINA NECESITA

EL PROBLEMA DE LA FALTA DE BODEGAS - NOS DICE EL MINISTRO DE AGRICULTURA, Dr. AMADEO Y VIDELA - NO ES SOLAMENTE NUESTRO, PORQUE SI BIEN NOSOTROS NECESITAMOS DAR SALIDA A NUESTROS PRODUCTOS BASICOS, TAMBIEN ESTA EN LA CONVENIENCIA DE LOS PAISES COMPRADORES EL PROVEERSE DE ELLOS

Lo entrevista Leoncio Sáez Alonso

ESPECIAL PARA
"LEOPLAN"

ES ya del dominio público el grave problema creado a la economía nacional por la falta de bodegas para la exportación, problema que, por otra parte, tiene amplia resonancia mundial. La incautación de buques de bandera extranjera, en algunos países de América, y la alarmante desvalorización del maíz, convertido en combustible de infimo precio, en la Argentina, son tan sólo dos de las múltiples situaciones creadas, que dan idea de la magnitud de esa enrucijada económica, cuyas raíces abarcan desde el campo político hasta el económico. En nuestro país, esencialmente agrícola y ganadero, el problema debe ser encarado, por exclusivo, desde ese último punto de vista. LEOPLAN, pulsando las inquietudes locales del momento, ha entrevistado al señor ministro de Agricultura para requerir su autorizada opinión al respecto. El doctor Daniel Amadeo y Videla, distinguido hombre de Estado, vastamente conocido y vinculado en las esferas políticas y sociales del país, ha enfocado el delicado problema, encarándolo "con el espíritu esencialmente práctico que caracteriza a los hombres de gobierno".

Es pues su opinión, que gravita en las esferas económicas de la nación con la fuerza que le confieren sus altas funciones y sus profundos conocimientos personales en la materia, la que se expone en el presente reportaje, que iniciamos con la siguiente pregunta:

UN GRAVE PROBLEMA NACIONAL

—Con respecto a su producción agrícola y ganadera, ¿qué situación económica le está reservada al país en sus mercados extranjeros?

—La carencia de una marina mercante propia — empieza diciéndonos el ministro — crea en los momentos actuales un problema inmediato, cuya gravedad es evidente. El Poder Ejecutivo ha puesto en movimiento todos los resortes a su alcance para hallarle una solución, y ya la prensa diaria ha tenido conocimiento de los esfuerzos que se realizan.

"El problema no es solamente nuestro; si bien a la República Argentina le es necesario dar salida a sus productos básicos, no es menos cierto que está en la conveniencia de los países compradores proveerse de ellos. De ahí que los esfuerzos sean mutuos y se pueda esperar con fundado optimismo que las dificultades han de zanjarse.

"Por otra parte, los estudios pertinentes — tanto para encontrar remedio al problema de las exportaciones, como para crear una marina mercante — se hallan tan adelantados que sólo esperan el instante propicio para ponerse en ejecución. No hay duda de que el problema es intrincado y que los intereses a coordinar son vastos; pero tampoco puede haberla de que el camino andado es mucho y que ha de hallarse la solución dentro del espíritu esencialmente práctico que caracteriza a los hombres de gobierno".

LA SOLUCION DEL PROBLEMA

—Y en esta crítica situación que atravesamos, sin poder abastecer a nuestros compradores de Europa por razones del bloqueo, ni a los mercados de América por la falta de bodegas, ¿qué resoluciones solventes tiene el gobierno de la nación para aliviar la depresión económica?

El doctor Amadeo y Videla medita un instante, y luego contesta discriminando los puntos:



El señor ministro de Agricultura de la Nación, doctor Daniel Amadeo y Videla, conversando con nuestro colaborador sobre los problemas expuestos en este reportaje.

BARCOS



Cargando maíz en un barco mercante extranjero. El drenaje que por fletes de exportación se produce en la economía nacional podría ser detenido con el concurso de capitales argentinos.



Una de las grandes satisfacciones de la vida es comer y digerir los manjares de nuestro agrado. Como desdichadamente el número de personas enfermas del estómago aumenta día a día, queremos recordarles las bondades del nuevo Digestivo Roermer, que en los casos de hipopepsia, indigestión o incapacidad gástrica, por falta o defecto de los jugos digestivos, permite obtener una digestión y asimilación que correspondan a un estado de salud normal.

El Digestivo Roermer no es un remedio más, sino un producto que ayuda a que la digestión y asimilación se verifiquen de una manera natural y completa. A su eficacia como regulador de la digestión une la ventaja de ser muy fácil y agradable de tomar.

**Digestivo
Roermer**
PRODUCTO
DEL
INSTITUTO
BIOQUIMICO
MODELO
**CLORHIDRO
OXIDASA
DE ROERMER**



Una escena antes muy común en el puerto de Buenos Aires: el embarque de reses congeladas con destino a mercados extranjeros. Hoy la exportación atraviesa por una época verdaderamente crítica, debido a la falta de bodegas.

—La situación de los países europeos con respecto a nuestras exportaciones es muy distinta a la de nuestros hermanos de América. Aquellos son mercados tradicionales, que conocen la alta calidad de los productos argentinos, que tienen hecho el paladar a nuestras carnes, y que están habituados a nuestras normas comerciales. América, en cambio, es un vasto mercado en potencia, de cuya importancia nosotros no hemos tenido idea hasta el presente.

"Pero tampoco ha sido descuidado. Las relaciones comerciales con todas las repúblicas de América son fruto de una natural amistad que nos debemos entre hermanos del continente, pero ellas han sido afianzadas en el reconocimiento mutuo de lo mucho que puede hacerse aún para lograr el máximo compatible con la realidad económica actual.

"El Poder Ejecutivo vela constantemente para que el acentuamiento del comercio interamericano sea, como lo es una realidad tangible. La creación reciente del Comité de Exportación y de Estimulo Comercial e Industrial lo testimonia palmariamente, así como las investigaciones que se han realizado previamente para lograr la más rápida eficiencia de sus servicios.

"El plan a llevarse a cabo es grande, pero ha sido concebido dentro de las etapas normales que han de llevarlo a éxito. Es necesario que nuestros hermanos de América conozcan nuestra variada producción, nuestras modalidades de venta; en una palabra, las características típicas del mercado argentino.

"Nuestros técnicos recorrerán el continente para ese fin, para que se allanen las dificultades, para que, en una palabra, se tenga la noción más fiel de la capacidad nacional y de nuestras posibilidades. Esta será la forma más certera de solucionar los problemas planteados por nuestra producción.

UNA OPORTUNIDAD MAS PARA EL CAPITAL

El capital tiene su escuela en los negocios: en el ganar y en el perder, en el riesgo y en el triunfo. Esta gimnasia —

enseñanza — la practica sólo una minoría entre los hombres de fortuna. Por eso los avances de la industria en general son lentos, aunque tengan el atractivo que encierra la gente pregunta:

— Si el capital privado, supiera que en la exportación de la industria y agrícola se invirtió en un año la cifra de 400 millones de pesos, continuaría en la misma actitud?

— El capital privado se halla siempre dispuesto a la inversión segura y remunerativa. Cuando ambos aspectos se complementan, los fondos acuden prontamente.

Pero eso no es el problema actual. Los buques de bandera extranjera representan un drenaje considerable a la economía del país, pero prestan un servicio eficiente que, por razones de emergencia — como lo es la actual contienda europea — hacen peligrar. La formación de una flota es un problema arduo que no puede ser motivo de improvisación como no lo ha sido en los países que la poseen.

En lo que respecta a la República Argentina, no debe olvidarse que la evolución, que hoy da sus

pasos en tantos aspectos de la económica, ha sido excluyente para otros. No es posible alcanzar el progreso sin haber echado antes las

bases. Con toda seguridad puede afirmarse que en cuanto la marina mercante argentina colme los límites de una aspiración, el capital privado entrará presuroso.

En el momento presente, los capitales también están dispuestos, pero carecen todavía de la orientación



Argentina necesita con urgencia barcos mercantes como este, para estimular su comercio con el exterior.

... paulatinamente, el gobierno les impondrá el control."

LA ESPERANZA DE LOS CONSTRUCTORES NAVALES ARGENTINOS

En un astillero argentino vimos un buque de proa arrogante de un buque pequeño elevarse como un símbolo de voluntad, venciendo dificultades. Nos sugirió nuestra última impresión:

— Siendo las construcciones navales industrias de especialización, cuya independencia y liberación de la producción extranjera debe hacerse aun a costa de sacrificios, a fin de evitar que ambas marinas estén a merced de acontecimientos que sufran las naciones constructoras, ¿creo usted que los esfuerzos de esa rama deben estar respaldados por el gobierno de la na-

... Todo esfuerzo que se haga en pro de una marina mercante propia es loable. La magnitud del esfuerzo no puede

ser medida "a priori", y la forma de llevarlo a cabo es materia de profundos estudios por los organismos especializados.

"Ayuda, por otra parte, no falta nunca a ninguna industria noble, y en tal sentido, el ministerio de Agricultura de la Nación posee los organismos adecuados para dictaminar en cada caso en particular. En tal forma, el estudio integral de los problemas que afectan a la economía del país determina, con el rigor de la más absoluta honestidad en la investigación, cuál es la manera más segura, equitativa y perdurable de fomentar una determinada actividad. Ese es el estado actual en que se encuentra la industria naval".

Tales son los conceptos vertidos por el señor ministro de Agricultura de la Nación, doctor Daniel Amadeo y Videla. A través de ellos puede apreciarse claramente la solución de esa crisis cuya complejidad y vasta repercusión económica obligan a proceder con forzosa lentitud. Pero el problema está planteado, y se puede decir que la formación de una marina mercante nacional es algo más que un anhelo popular.



LA ESMERALDA
Masajes Modernos. Sistemas nuevos.
\$ 3.—



LA ESMERALDA
Pestañas Postizas, a \$ 7.— y \$ 12.—



LA ESMERALDA
Permanentes Autotermicas



LA ESMERALDA
Peinados Modernos

PERMANENTES Hermosas : 5.-
TINTURAS naturales y al aceite : 6.-
DEPILACION, Estética, Belleza y Masajes.... : 3.-
PEINADOS modernos. Abonos a 3 servicios... : 2.50

LA ESMERALDA
Permanentes y tinturas por excelencia

CARA MATRIZ:
PIEDRAS 79 - U. T. 34-1019 (antes Piedras y Venezuela)

CARA CENTRAL:
C. PELLEGRINI 425 - U. T. 35-6645 y 35-1231

Sucursal Centro: RIVADAVIA 735 U. T. 31-5729
Sucursal Flores: RIVADAVIA 7150 U. T. 66-1099
Sucursal Once: RIVADAVIA 2579 U. T. 48-2267



LA ESMERALDA
Permanentes Impecables

ACEITE DE FLORES
Preparación a base de bálsamos y aceites de flores; en leve masaje demuestra su bondad en los arrugas, puntos de piel y bolsos de los ojos. Frascos de \$ 3.— y \$ 5.— Al interior contrarremolados.

CREMAS DE BELLEZA
Crema N, para cutis resacas y marbrados.
Crema L, para limpieza de la tez.
Crema D, obra como base de polvo. Potes. \$ 3.50 y 6.— Al interior contrarremolados.

Creaciones propias de Guillermina Schwartz
En venta: LA ESMERALDA, C. Pellegrini 425; Franco Ingles, etc. Consulta sobre Estética y Belleza, diríjase a Guillermina Schwartz, LA ESMERALDA.



LA ESMERALDA
Tinturas Perfectas

LA ESMERALDA
Permanentes Hermosas indelebles, \$ 5.—

LA ESMERALDA
Tinturas perfectas impecables, \$ 6.—



LA ESMERALDA
Masajes Hollywood

LA ESMERALDA
Depilación general y estética

LA ESMERALDA
Peinados modernos, \$ 2.50



LA ESMERALDA
Permanentes Radio Thermo



LA ESMERALDA
Permanentes Artísticas



LA ESMERALDA
Belleza en todo sentido

Andanzas de un pintor

FASCINADO POR LOS MISTERIOS DE LAS SELVAS AFRICANAS, EL ARTISTA INGLES TOMAS BAINES ABANDONÓ LOS HALAGOS DE LA FORTUNA Y DE LA FAMA PARA VIVIR ENTRE MATABELES Y ZULUES DRAMÁTICAS AVENTURAS.



Las catacumbas de Victoria fueron visitadas por Baines siete años antes de que Livingstone se atribuyera su descubrimiento. Este cuadro del mencionado explorador Baines da cuenta de ella.



Uno de los mas extraordinarios ritos que ha presenciado Tomás Baines durante su estado entre los matabeles. Las mujeres de la tribu coclean sus danzas alrededor de un gorila muerto.

Vida intrépida y aventurera, si la hay, la de Tomás Baines, explorador, pintor, soldado y cazador, cuyas correrías por el interior de las selvas africanas constituyen una de las páginas más audaces e increíbles de la conquista del continente negro. Hijo y nieto de marinos, sus aficiones lo llevaron al mar desde temprana edad. Navegó durante algún tiempo, y en sus viajes de aventuras de aquel joven, que, ávido de emociones, iba adentrándose en el corazón de esas regiones todavía vírgenes de la mano del hombre blanco. Mientras tanto, el artista se manifestaba en él, modelando una personalidad extraordinariamente vigorosa, que se dejaba estampadas en la tela, que llevaba al hombro junto a su fusil de caza, panoramas de estupenda belleza y salvaje colorido copiados de esas regiones maravillosas.

Pero ninguna de las tierras que visitó, ni Australia, ni Borneo, ni las numerosas islas y puertos a que arribara en su errante vida de marino, lograron retenerlo. Africa, salvaje, desconocida y amenazadora, ejercía una fascinante atracción en el joven artista. Él soñaba con adentrarse en las profundidades de la selva de ese vasto continente, más lejos que ningún otro hombre blanco lo había hecho, para descubrir la verdad acerca de las fantásticas leyendas que por entonces circulaban, de hombres de cabellera blanca, de

en tierra de canibales

Remo Valcarce

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"



Uno de los más felices cuadros pintados por Tomás Baines, que reproduce su recibimiento por el jefe matabele Lobengula en su choza y rodeado de sus favoritos.



comparable belleza y de fieras desconocidas y terribles. Así fué cómo a los veintiocho años de edad, en 1848, pisó por primera vez la tierra africana. Su emoción era enorme; se hallaba a las puertas de la aventura y del misterio, pero carecía de medios para emprender una expedición, y durante algún tiempo tuvo que dedicarse a pintar paisajes y motivos de la costa, que luego vendía en ocasiones, a los periódicos ingleses, acompañados de notas y descripciones. Por fin, en junio de ese año, el general Somerset, que lo encontró en Grahamstown, le propuso unirse a su 74º cuerpo de ejército de Highlanders, que iba a intentar conquistar el interior de África del Sur.

Se embarcó para la gran aventura, y poco después, ya en plena selva hostil y desconocida, Baines veía asombrado cómo los indígenas, invisibles en sus escondites, diezmaban a aquellos veteranos y aguerridos soldados, cuyas tácticas de guerra no se adaptaban a la naturaleza del terreno. Avanzaban en fila, de frente, con sus rojos y blancos uniformes, e iban cayendo uno a uno, sin poder siquiera defenderse, porque no lograban descubrir a sus enemigos, ocultos en la maleza. La caballería era un arma inútil, y los caballos comenzaron bien pronto a morir, víctimas de las pestes y del clima. Baines estampó muchos de esos cuadros de guerra, y recogió allí una valiosísima experiencia, mientras, en el curso de la expedición, daba rienda suelta a su pasión por la caza. Al fin, tarde o temprano, realizó, ya por su cuenta, una expedición hacia el norte, llegando a las cataratas de Victoria, siete años antes de que



La caza del rinoceronte blanco por los negros, en plena selva africana. Otro tela de Baines que refleja el escenario salvaje donde se desarrollaron sus expediciones.

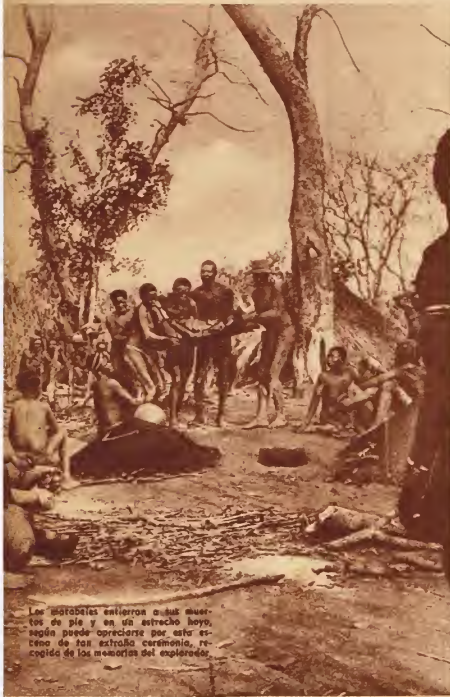
conquista del trono de Matabelelandia. Experimentado en la guerra con los salvajes, comprendió que no podría vencer a los bravos descendientes de los zulúes con los elementos de que disponía, y entonces decidió tenderles una celada. Esperólos al amanecer a la salida del kraal, o recinto donde aquéllos pasaban la noche, y aprovechando la sorpresa producida por el estampido de las armas de fuego, los diestros luchando en la proporción de quince a uno. La lucha fué terrible, y Umsloopokas, que peleó como un bravo, tajando brazos, torsos y cabezas con su gran hacha de combate, tallada en un cuerno de rinoceronte, recibió una gran herida en el rostro, que, al cicatrizar, le dió un aspecto feroz. Baines vivió allí por espacio de dos años, sosteniendo sendas luchas con sus vecinos los mashonas y los makalakas, con los cuales, a pesar de sus esfuerzos, los matabeles practicaban el canibalismo. Estudió las curiosas costumbres de ese pueblo salvaje y pintó cuadros valiosos que reflejan algunos de sus más extraños ritos. Por ejemplo, las ceremonias fúnebres y la extraña danza de las mujeres alrededor del cadáver de algún gorila que, bajando de los montes Matoppo, que limitan el país, merodeara por el campamento de la tribu hasta que los negros terminaban su caza y le daban muerte a lanzazos.

Por último, el explorador se alejó del país, deseando volver por un tiempo a la civilización. Dejó a Umsloopokas en el trono, y abandonó el África. Años más tarde, al regresar al territorio negro, se encontró en un poblado de la costa con un enorme zulú viejo, pero

Livingstone se atribuyera su descubrimiento. Los cuadros pintados por él, y que figuran hoy entre las piezas más valiosas del museo Gubbins, así lo atestiguan, sin lugar a dudas. En esa época comenzó a cimentarse su fama de gran cazador, entre las tribus negras que visitaba en el curso de sus correrías, que lo bautizaron con el nombre de Bungwan.

Pero fué tres años más tarde cuando Baines corrió su más grande aventura africana, al internarse en el país de los matabeles, un grupo de zulúes que, capitaneados por Maselikatse, se había separado años antes de su tribu, tiranizada por el jefe Chaka.

Baines llegó a la región justamente cuando Umsloopokas se hallaba en guerra con su hermano Chaloka, por el trono de los matabeles, y por haberle en el último robado su esposa favorita. Cierta amanecer, Umsloopokas, que como todos los zulúes era alto y esbelto y manejaba el hacha de guerra con igual destreza, pasó corriendo junto a su esposa adúltera, que se hallaba sacando agua del río, y de un certero tajo hizo rodar por tierra su cabeza. Siguiendo la carrera, abandonó el país y se internó en las selvas, encontrándose, poco después, con la expedición de Baines. Este, al principio, sabiendo que los matabeles eran antropófagos, desconfió de él, sospechando que trataba de llevarlo a una celada, sobre todo al ver por los anillos de su pimiento y ciertas marcas de la piel que se trataba de un jefe, y que pertenecía a los abasanzí o arumcratas. Más tarde, sin embargo, logró comprender bien su dialecto, y, entusiasmado con la perspectiva de una hermosa aventura, marchó decidido a la



Los matabeles estiraron a sus muertos de pie y en su estrecho hoyo, según puede apreciarse por esta escena de tal extraña ceremonia, recibió de los miembros del explorador.



que tenía una gran cicatriz en el rostro. Era Umsloopokas. Pero es que te encuentro aquí, cuando te dejé sentado en el de los matabeles? — preguntóle Baines.

La planta del pie del hombre es la única planta que viaja, joh, — respondió el orgulloso jefe negro.

— organizó una nueva expedición al interior del continente. al ex monarca matabele como guía, y durante la marcha arancarle la verdad. Un abasanzí de su tribu, llamado Lobenh, había despojado de su trono y reinaba entonces en Matabele. El explorador, que había recogido en la costa muchos acerca de la riqueza aurífera descubierta en los montes Matop, su ruta y se dirigió por segunda vez al escenario de su lucha contra el jefe Chaloka. En el camino murió Umsloopokas, llegar a su destino, Baines pudo comprobar que Lobengula se en lucha con los ingleses, que más tarde lo vencieron, arrojando su territorio. No obstante, con sus conocimientos de la guerra y la fama de gran cazador que tenía entre los negros, el jefe matabele lo recibiera en una gran choza y rodeado de favoritos. Las negociaciones para explorar los montes no tuvo éxito, pero el pintor estampó la escena de su recibimiento en un cuadro que hoy pertenece a la colección del museo de historia de Kensington.



aventuras corrió Tomás Baines antes de ir a fallecer en víctima de una disentería; pero las páginas escritas con su pluma, a pesar de ser inigualables en esa tierra negra y salvaje, hoy abierta a la civilización, no podrán ser olvidadas fácilmente. Ellas constituyen la obra de un hombre que, abandonando la civilización, donde tenía reservada una vida fácil y triunfal, prefirió dar rienda suelta a su sed de aventuras, abriendo rutas nuevas para el mundo, y dejando impresa su huella allí donde ningún otro hombre blanco había pasado hasta entonces. ♦

NO TENGO PRETENSIONES...



Las que tienen que recurrir a este argumento cuando tratan de emplearse, se rebajan el sueldo ya antes de haber conseguido el puesto! Si usted quiere que su trabajo sea bien remunerado, estudie, porque solamente las que saben pueden tener pretensiones!

Nuestro sencillo y moderno sistema de enseñanza por correo le brinda la oportunidad de adquirir conocimientos de verdadero valor práctico, y nuestro diploma le abrirá las puertas del éxito. Acreditando con él sus conocimientos, usted podrá tener pretensiones y conseguir los puestos mejor remunerados.

Las alumnas de la Capital Federal pueden estudiar por correspondencia o en nuestro Departamento de Enseñanza Oral, si así lo prefieren.

UNIVERSIDAD POPULAR DE LA MUJER

RIVADAVIA 8665 - Buenos Aires

TOTAL		POR MES		TOTAL		POR MES	
Corte y Costurera	\$ 25 \$ 8 por mes	Correspondencia	\$ 15 \$ 5 por mes	Dactilografía y Ortografía	\$ 25 \$ 8 por mes	Artes y Oficios	\$ 25 \$ 8 por mes
Laborer	\$ 25 \$ 8 por mes	Secretaría	\$ 15 \$ 5 por mes	Artes y Oficios	\$ 25 \$ 8 por mes	Taller mecanográfico	\$ 25 \$ 8 por mes
		Contabilidad	\$ 15 \$ 5 por mes	Química Industrial	\$ 25 \$ 8 por mes	Proy. y Pl. Farmacia	\$ 25 \$ 8 por mes
		Tipografía	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Industria de la Lanza	\$ 15 \$ 5 por mes	Relojería	\$ 15 \$ 5 por mes
		Industria de la Lanza					

IDIOMAS: Estudie con el más moderno sistema "Fono-Maestro Argentino" de enseñanza por discos

Estudie TELEGRAFIA y RADIO-TELEGRAFIA por medio de nuestro práctico y sencillo método por discos.

Obsequio. A cada alumna inscripta obsequiamos un "Diccionario Enciclopédico Castellano" o "La Farmacia en Casa" cuyo valor es \$ 6. y el libro "Carnet del Estudiante."

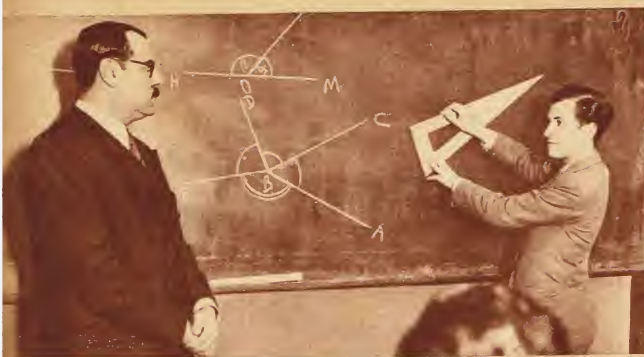
Mandeme este cupón a: ☐ GRATIS y para conocer el programa de inscripción libre "COMO LA REARTE. UN POLVORIN" que le enseñará a triunfar en la vida.

NOMBRE: _____

DIRECCION: _____

LOCALIDAD: _____

Una escena de la lucha entre matabeles y matabeles, reproducida actualizadamente, y que el artista inglés vivió en toda su intensidad, durante sus dramáticos aventuras por el corazón del continente negro.



El ingeniero A. Bravo, profesor de matemáticas, formula diversas preguntas a un alumno sobre temas de geometría.



El cabo Penido, del regimiento 1 de infantería.



Del trabajo a la escuela

EMPLEADOS, MILITARES, OBREROS Y COMERCIANTES HALLAN EN LAS CLASES NOCTURNAS DEL COLEGIO NACIONAL SARMIENTO LA OPORTUNIDAD DE ADQUIRIR UN RECURSO MAS PARA LA LUCHA POR LA VIDA.

Una nota de Baldomero Alvarez



Madame Berta B. de Torbell, profesora de francés, y francesa ella misma. Corrige, a su avanzada edad, de tres a cuatro mil deberes por año.

Vista de conjunto de uno de los cursos del bachillerato. Aparte del estudiante de mayor edad prefirieron ubicarse en el curso nocturno.

Habiendo en mi clase — nos dice el ingeniero A. Bravo, profesor de matemáticas del Colegio Nacional Sarmiento, en compañía del cual y del rector del establecimiento, doctor J. Dulce, conversamos en la rectoría — centro docente — alumnos de todas las categorías desde el peón de albañil al simple lechero hasta el alto funcionario de la administración nacional. Los cursos nocturnos del bachillerato concurren los estudiantes de todos los estratos sociales.

en Correos y Telégrafos, en Obras Sanitarias, en el Consejo Nacional de Educación, en Yacimientos Petrolíferos Fiscales, etc., etc. De todas las ramas de la industria y del comercio, y, desde los más humildes peones hasta altos funcionarios nacionales, han pasado por las aulas nocturnas del Sarmiento.

ALGUNOS CASOS TÍPICOS

Entre varios, uno de los ejemplos más típicos de lo que puede la voluntad de estudio, podemos citar el caso del doctor Garland. Era éste auxiliar de los tribunales, y tenía ya un hijo, cuando se decidió a completar sus estudios. Rindió paso a paso todo el bachillerato, el que estudiaba, como es lógico, después de cumplidas sus tareas en el palacio de Justicia, y pasó luego a la Universidad a doctorarse en leyes.

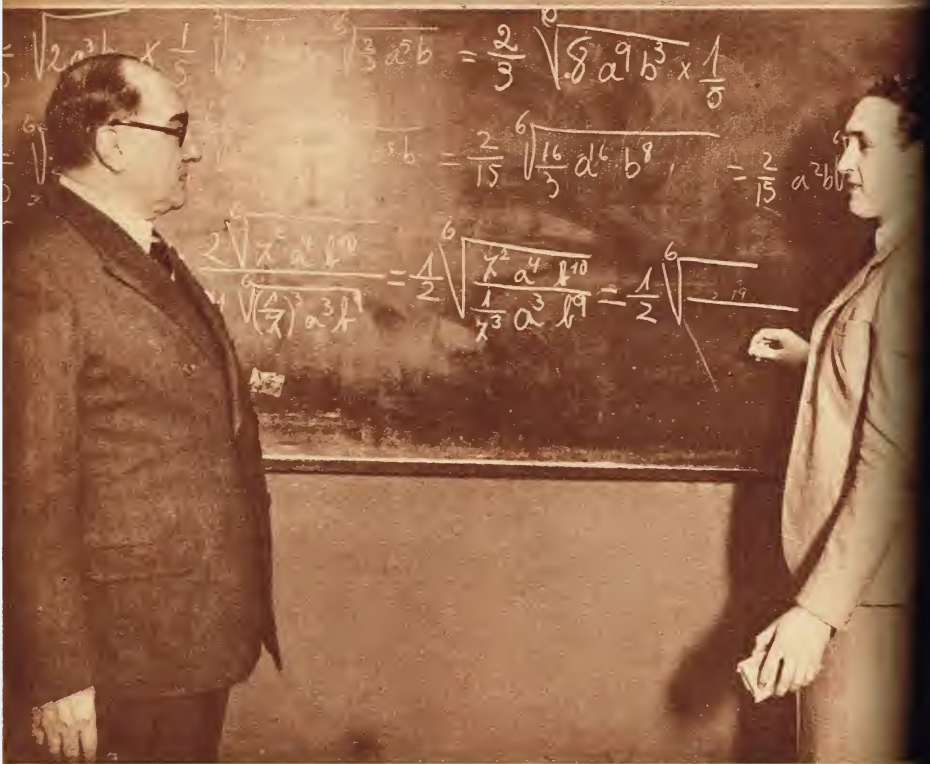
—Ya ven ustedes —nos dice el vicerrector, que es quien nos facilita estos informes—; a no ser por su empeño en instruirse, el doctor Garland aun sería oficial de justicia en vez de estar a cargo, como lo está ahora, de una secretaría en los Tribunales.

Otro caso típico es el de don Julio A. Granel, de la secretaría del Banco Hipotecario Nacional, el que a los 48 años de edad, el año pasado, obtuvo su certificado de bachiller. Este caso era doble-



El vicerrector, doctor J. Dulce, comprobando los progresos realizados por un aspirante a ingeniero, R. Boenzi, de veinticinco años de edad, empleado de ferrocarriles.

El mencionado vicerrector del Colegio Nacional Sarmiento, en compañía del señor Morzo, de treinta y ocho años de edad. Este alumno piensa ser





El bibliotecario con doble título. El doctor Pervisi es médico y se recibió como tal mientras estudiaba y se graduó en el Sarmiento. Ejemplos, como éste, abundan entre los alumnos con que cuenta el citado colegio.

interesante por cuanto, al segundo año de la mañana, concurría el hijo de funcionario, y al caso de que un subcomisario y un funcionario se sentaban el uno al lado del otro como discípulos.

Caso de agentes o empleados subalternos con dependencias es muy común. En febrero de 1940, obtuvo la medalla de oro, correspondiente al turno de la noche, el agente de policía con chapa, Héctor Palandri, perteneciente a la guardia presidencial. Entre el hecho el presidente doctor Ortiz, por parte del vicerrector del Sarmiento, lo nombró a empleado de investigaciones sin sueldo y con un sueldo que le permite seguir estudios superiores.

CONVERSANDO CON LOS ALUMNOS

El primer término, de los alumnos concurridos al Sarmiento nos llamó la atención el suboficial del regimiento de Patricios. Nos esperaba en nuestra visita el vicerrector Dulce, quien en todo momento nos gustosamente su cooperación, pese a nuestra misión impedía el normal desarrollo de las clases.

El cabo del 1 de Infantería — nos manifestó el suboficial —, tengo 24 años y me formé en la escuela de Motoristas.

— ¿Motoristas? —
En la escuela de Motoristas del ejército es la forma el personal de las fuerzas motorizadas. Yo soy encargado de la sección de vehículos livianos del regimiento, y ahora el suboficial en cuestión estudia el motor, para seguir la carrera de ingeniero mecánico.

PROFESIONES LIBERALES

En general, los estudiantes del bachillerato sienten especial inclinación por la medicina, o por las carreras cortas los de la edad, como, por ejemplo, notariado o abogacía.

El Sr. Mazza, verbigracia, que tiene 38 años de edad y es empleado de una escribanía para continuar luego el notariado en la Facultad.

El Sr. Bosni, de 25 años, empleado de un comercio, compañero de estudio del Sr. Mazza, también piensa seguir ingeniería más adelante.

En cambio, más bien chico, de 18 años, médico, en cambio, más bien chico,

los futuros médicos y abogados, están en minoría. Entre éstos se encuentran numerosos empleados de comercio y nacionales que por su edad o temperamento desean constituirse un porvenir más halagüeño.

Nos llamó la atención, sobre todo, la manera de expresarse de un estudiante:

— El tiempo se va lo mismo en el café, que en la escuela — nos dijo —, y aquí siquiera nos queda la esperanza de mejorar nuestra condición.

Como se ve, en general se trata de muchachos u hombres de carácter que se forjan ellos mismos el porvenir, sin esperar que las circunstancias o la suerte intervengan en sus vidas. Son, evidentemente, gente con espíritu de selección, que en vez de lamentarse, como a menudo oímos hacerlo a todos aquellos que no han sabido aprovechar su tiempo, concurren, con verdadero sacrificio de su parte, a adquirir los conocimientos que les abrirán las puertas que la fortuna sólo abre ante sus elegidos. Claro que, como bien lo saben quienes alcanzan el triunfo, la fortuna sólo abre sus puertas a los que van provistos de un santo que, hoy como ayer, está expresado en una palabra: capacidad. ♦

Aprenda RADIO Y ARME SU RECEPTOR

MUCHO DINERO GANAN LOS TECNICOS EN RADIO

Usted también ganará más y vivirá mejor. La Radio le brinda esta oportunidad.

Aprenda RADIO por Correspondencia con NUESTRAS FAMOSAS LECCIONES PRÁCTICAS. Con el curso le enviaremos completamente gratis todos los materiales y herramientas para armar un potente receptor de TODA ONDA — Mundial — de OCHO lámparas metálicas y ojo eléctrico, para ambas corrientes. Si no dispone de corriente, le enviaremos materiales para 6 ó 32 voltios.

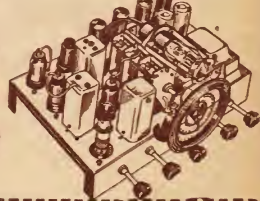
SISTEMA FACIL, COMODO, RAPIDO Y PERFECCIONADO

El curso puede pagarlo en pequeñas cuotas mensuales y el receptor armado queda de su propiedad. Todos los envíos de materiales, herramientas, lecciones, sobres, Diploma, etc., los recibe gratis y con flete pago. Decídase hoy a ganar dinero en RADIO y armar su receptor.

INSTITUTO INTERAMERICANO

Siempre el Mejor Instituto de Radio.

GRATIS
ESTE RECEPTOR
MUNDIAL



ENVIE ESTE CUPON Y SOLICITE INFORMES GRATIS

Instituto Interamericano SAN PEDRITO 72 - Buenos Aires

Sírvanse enviarme informes GRATIS del curso de Radio por Correo, según su aviso.

Nombre.....

Calle.....

Localidad.....



El pueblo de Churwalden, en el corazón de las Alpes suizas, fotografiado desde la casa de Frau Hübscher, el día que ocurrió lo que se menciona en esta relación.

y volteretas acrobáticas sobre un congelado y para que los que después copiosa nevada se deslizan en esquí por los vertiginosos por los planos inclinados y deslumbrantes de las montañas. Llegué a Churwalden por primera vez en febrero de 1926, y me instalé en casa de Frau Hübscher, señora de respetable edad, que no sabía ahorrar leña en la enorme chimenea cerca de la que se sentaban ocho amigos y amigas de ella venidos de todos los puntos de Suiza para practicar esquí. Yo me agregaba yo al grupo habitual, y los días, siempre que la nieve no era "helada", o, por el contrario, muy blanda, salíamos juntos a hacer una larguísima "travée" en esquí por las montañas verdes para regresar ya casi entrada la noche, cansados por el cansancio. Entonces rellanábamos alrededor del buen fuego Frau Hübscher y comentábamos las cosas del día, no faltando, los que rela-

taban sucesos ocurridos en años anteriores o en otras regiones.

Comencé a notar que se hablaba mucho de "la casa encantada" del Amberg, la que al fin era el punto de referencia más corriente, porque todos la conocían. Parecía haber sido un albergue construido en plena alta montaña, con muchas comodidades, y que en un tiempo, o en diversas épocas, hubiera gozado de la prosperidad. El Amberg era el pico más alto de los Alpes vecinos, pero "la casa encantada" no estaba tan arriba y se podía llegar hasta ella en unas cinco horas.

Las historias que se contaban eran tremendas, y algunas increíbles. Se decía que, a fines del siglo pasado, la casa había sido un hotel para turistas ingleses, y que se llegó a saber que de tiempo en tiempo amanecía algún turista muerto, de muerte desconocida; hasta que un día se descubrió que

el hotelero era el asesino: les clavaba, durante el sueño de la víctima, una larga y finísima aguja en el corazón.

Más tarde vivió allí un matrimonio que tenía un hijo estudiando en París. Este matrimonio costaba los estudios de ese hijo precipitando a sus huéspedes ricos en los abismos del Amberg y robándoles. Hasta que un día, el hijo, para darles una sorpresa, se disfrazó de turista rico y se presentó una noche, y esa misma noche los viejos lo precipitaron.

Pero no sólo les ocurrían desgracias a quienes habitaban "la casa encantada", sino también a todo aquel que entraba en ella. Se contaban muchas historias de tormentas de nieve en las que se perdieron los que fueron a visitarla.

Por supuesto, yo no creía mucho en estas cosas, y mi interés por subir el Amberg y conocer su "casa encantada" era más fuer-



Pasados los grandes fríos, el agua de La Robiosa comienza de nuevo a correr por su cauce de piedra, y los manchones de bosques de abetos se ponen más oscuros.



Esto no es nieve, sino escarcha que se forma a la orilla del gélido arroyo La Robiosa. La escarcha es vapor de agua que se congeló al contacto con algo muy frío.

te que la pizca de superstición que pudiera quedarme de mis abuelos. Tres de los compañeros todavía no la habíamos visto, así que un día resolvimos hacer la excursión al Amberg, y fuimos todos.

Debo decir desde ya que aquel día se presentó peligroso para nosotros, porque empezó a bajar la temperatura y la nieve amenazaba convertirse en hielo. En esos casos los esquís resbalan de costado por las pendientes, sin que sea posible frenar, y uno corre el riesgo de estrellarse contra los abetos o caerse en los precipicios. Pero éramos jóvenes, nos gustaban los 20° bajo cero y la casa misteriosa nos atraía ya con su "encantamiento". Iniciamos la ascensión, y cinco horas después llegamos a la meta, sin notar que la temperatura había seguido bajando.

"La casa encantada", en ese día de estalactitas de hielo, parecía "vestida de frío", y se veía que desde hacía muchos años guardaba su corazón congelado. Algunas de sus ventanas, abiertas, parecían esos ojos de muerto, muy abiertos, que no miran. Nadie había osado tocar nada; los campesinos sentían miedo supersticioso, y los deportistas, respeto. Dimos vueltas a su alrededor, escuchamos un momento su silencio, escudriñamos sus rincones poblados de fantasmas por las leyendas, y emprendimos el regreso, ese descenso por sobre la nieve helada, endurecida, que no permite frenar, porque los esquís resbalan de costado en las pendientes.

Yo me di cuenta de que estaba corriendo, quizá, el mayor peligro de mi vida, porque las cuevas eran muy inclinadas y abajo se veían manchas de bosques de abetos. El más baqueano hacia punta y nos guiaba. Íbamos bordeando planos con inclinaciones que equivalían a precipicios. A veces, cuando

veíamos claramente que el final de una pendiente no era brusco, lanzábamos por ella, y la bajábamos a la velocidad de la caída. De pronto, mientras íbamos con mucho cuidado bordeando uno de los planos muy inclinados que llegan sin interrupción hasta el valle, el esquiador salió resbalando de costado y fué inútil todo su esfuerzo romper con los bastones la costra de nieve endurecida, y quedarse vado; ya llevaba demasiado impulso. Todos quedamos como paralizados por otra parte, no había nada que hacer. Lo vimos descender a una cadencia vez mayor, sobre aquella inmensa sabana blanca, como un negro que se achicaba con rapidez asombrosa. Iba a llegar a las orillas del bosque; todos miramos con avidez, tal vez con desesperación,

un claro entre dos montañas por donde él podría pasar, pasaba por allí tendría una probabilidad de salvarse. Ese claro parecía estar delante de él; así lo vimos desde arriba. Ya llegaba, llegaba... Pero desapareció en la mancha.

Al año siguiente, almorzando de la hospitalaria casa de Frau Hübner ya me contaba una historia más vino a hacer brillar de nuevo la misteriosa aureola de tragedia que envolvía la "casa encantada" del Amberg.

En estos momentos basta a conmover la región "casa encantada". Desde los dos años vivía en el mendigo, "el mendigo" Churwalden, un descreído acababa de quemarse la casa con todo y con el fuego adentro. Dicen que fue una noche entera brilló el Amberg un enorme foguero de fuego que iluminó sus montañas y por aquellos helados días hay ahora quienes dicen que "la casa encantada" quemada por las víctimas de sus propias víctimas.



Junto a este hito de piedra levantado por los antiguos etruscos, los excursionistas hacen un alto, muy necesario para reponer fuerzas, a mitad de camino de la "Casa Encantada".

NO PIENSE MAS...

EL TRAMES

DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA



le dirá el significado de esa palabra que usted busca. En su rico léxico, que comprende 100.000 acepciones, encontrará cuantos vocablos desee para el perfecto dominio del idioma.

El TRAMES es un diccionario moderno y manuable, puesto al día con las voces técnicas novísimas, recién incorporadas al lenguaje, y enriquecido con los americanismos y neologismos de uso más corriente. Forma parte el TRAMES de la extraordinaria Colección de Diccionarios íntegramente redactados, impresos y editados en la Argentina, lo que es no sólo una valiosa garantía, sino otra

notable prueba de la capacidad editorial de nuestro país, a cuyo desarrollo contribuye con creciente éxito la EDITORIAL SOPENA ARGENTINA.

Impreso en tipo de letra muy claro, en el que los acentos se destacan con toda nitidez, el TRAMES es presentado en un atrayente volumen de 1.056 páginas, tamaño $7\frac{1}{2} \times 10$ cm., sólidamente encuadernado en tela.

Pídale a su librero o a la

**EDITORIAL SOPENA
ARGENTINA, S.R.L.**

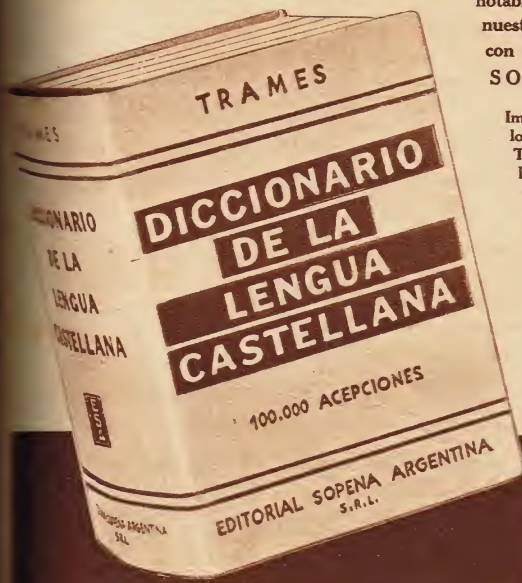
—SIMBOLO DE BUENA EDICION—

ESMERALDA 116

34-4067 - Buenos Aires



PRECIO DEL EJEMPLAR, \$ 1.40
(Flete, 20 centavos)



Adjunto \$ 1.60 para que me remitan, certificado y a vuelta de correo, el diccionario "TRAMES".

Nombre.....

Dirección.....

Localidad..... L. 167

En la bahía de Yeddo

ILUSTRACIONES
DE FAIRHURST



QUIZA la había perdido por la calle del Teatro al cruzar un puente sobre uno de los canales que atraviesan aquel barrio de la ciudad, donde el tránsito es tan activo, pues recordaba que por allí alguien le había dado un empujón. Probablemente en esos momentos algún ratero de ojos oblicuos y mano ligera estaría disfrutando de los cincuenta y tantos yens que contenía su billetera. Y luego volvió a pensar que bien podía haberla perdido por descuido.

Con desesperación la buscó por centésima vez en todos los bolsillos. No estaba. Su mano hurgueteó en el de la cadera, y el desdichado miró al voluble y chillón dueño del restaurante, que gritaba como un loco:

—¡Veinticinco sens! ¡Pagar ahora! ¡Veinticinco sens!

—Pero mi billetera —dijo el joven—, he debido de perderla en algún lugar.

Con lo cual el dueño del restaurante, indignado, levantó los brazos y gritó:

—¡Veinticinco sens! ¡Veinticinco sens! ¡Pagar en seguida!

Entretanto, Alf Davis se sentía molesto, porque había empezado a aglomerarse la gente.

Todo aquello le parecía verdaderamente estúpido! ¡Tanto ruido por nada! Decididamente, aquella gente le era hostil. Se le ocurrió escabullirse por entre el bosque de piernas y sacar de en medio al que se le opusiera; pero, como si hubiese adivinado su intención, uno de los camareros, tipo pequeño y rechoncho, con una marca en un ojo que le daba una expresión perversa, le tomó por el brazo.

—¡Pagar ahora! ¡Veinticinco sens! ¡Pagar ahora! —aulló, enfurecido, el propietario.

Alf también estaba sofocado, pero por la vergüenza, y, sin embargo, empezó a registrarse de nuevo los bolsillos. Desistiendo de hallar la billetera, fundó todas sus esperanzas en alguna moneda suelta que tal vez llevara. En el bolsillo de la americana encontró una moneda de diez sens y otra de cobre de cinco sens; y recordando que últimamente había echado de menos una pieza de diez sens, cortó la costura del bolsillo, y de las profundidades del forro sacó la ansiada pieza. Tenía en la mano veinticinco sens, la cantidad justa para pagar la cena que acababa de consumir. Se le entregó al propietario, que los contó, calmóse súbitamente y se inclinó obsequioso. La muchedumbre que se había acercado hizo lo mismo y se disolvió.

Alf Davis era un marinero joven —acababa de cumplir dieciséis años—, y navegaba en una goleta americana, la "Annie Mine", que había venido a Yokohama con objeto de embarcar para Londres las pieles de foca obtenidas durante la temporada. Y esta vez era la segunda que desembarcaba y comenzaba a vislumbrar la enigmática mentalidad oriental. Cuan-

do hubieron terminado los saludos cumplidos, echóse a reír y se puso a sar en otro problema. ¿Cómo podría pagar a bordo de la goleta? Eran las de la noche y ya no habría ningún de la "Annie Mine". Alquilar un quero indigena, llevando los bolsillos, no era de agradable perspectiva.

Después de mirar a todas partes si encontraba a alguno de sus compañeros, bajó al muelle. En Yokohama malecones no son largos; y los anclan fuera, permitiendo así que vayan a unos centenares de gentes en unas trayendo y llevando pasajeros.

Una docena de hombres y muchos boteros de los sampans, llamaron ofreciéndole sus servicios. Eligió, le pareció más propicio, un viejo pecto bondadoso y que rengueaba de pierna. Alf se metió en el sampán, sentó.

La oscuridad era completa, de que no podía ver lo que aquel hombre hacía, aunque es probable que creiese otra cosa que desamarrar. Al fin se levantó rengueando y mirando a Alf con fijeza.

—Diez sens —le dijo.
—Sí, ya lo sé: diez sens —Alf sin darle importancia—. Pero rate, llévame a la goleta americana.
—Diez sens. Pagar ahora —viejito.

Alf empezó a enojarse al oír esas palabras "pagar ahora".
—Llévame a la goleta americana, te pagaré —dijo.

Mas el hombre continuaba de te él con la mano tendida y se pagará. Diez sens.

Alf trató de explicar algo de dinero. Había perdido la billetera, pagaría en cuanto llegase a la goleta americana. No, ni siquiera a bordo; llamaría a sus compañeros, ellos le entregarían los diez sens que él desembarcaba. Después a bordo. Así estaba todo arreglado.

A esto replicó el viejo de aspecto:

—Pagar ahora. Diez sens.
Y para empeorar las cosas, barqueros estaban escuchando desde los escalones del muelle.

Y colérico, Alf volvió a desem-
pero el viejo le detuvo.

La camisa ahora y te llevaré a
americana — le propuso.

El sentimiento de libertad que
Alf le llenó el pecho. Un an-
siente instintiva repugnancia

lo que se asemeja a una imposi-
para Alf aquello era claramente

Diez sens equivalían a seis cen-
americanos, y su camisa, que era

calidad y estaba nueva, le había
dos dólares.

Recir palabra, le volvió la espalda
hasta el extremo del muelle.

La muchedumbre le seguía de
riendo regocijada. Casi todos aque-
llos eran robustos y musculoso-

debido al calor propio de las noches
llevaban la menor cantidad pos-
sible de ropa. La gente de mar de todas

es siempre ruda y turbulenta,
le pareció que estar a esas ho-

aquella multitud de hombres de
en el extremo del muelle de una

ciudad japonesa, no era muy tran-
quilo.

Se acercó un sujeto corpulento, con un
cabello negro y ojos terribles.

Pero le siguieron para ayudarlo
a la discusión.

— Dame los zapatos — dijo el hom-
bre. — Dame los zapatos ahora, y te lle-

la goleta americana.

— Escudió la cabeza, y con esto la
muchedumbre creyó que aceptaba la pro-

Pero resulta que el anglosajón
constituído de tal manera, que con

modos e insultos nada se consigue
Obrar voluntariamente, y no quie-

obligado. Así que la tentativa de
usar los brazos para imponerse a Alf no sir-

para excitar la obstinación na-
tural de la raza. Se encontraba en el ca-

hombre que ha perdido toda es-
peranza y allí, bajo el cielo estrellado,

se sentía solitario, rodeado de se-
ñales que lo rodeaba, resolvió morir

que consentir en ser robado ver-
daderamente. Ya no era cuestión de va-

de principios.

Entonces recibió un violento empujón
de atrás. Se dio vuelta con ojos cente-

y el círculo se ensanchó. La
muchedumbre cada vez más barullo.



De todas partes salían voces pidiéndole sus ropas, y estas demandas eran simultáneas y gritadas con toda la fuerza de unos pulmones sanos.

Alf no hablaba, pero comprendía que la situación se iba poniendo peligrosa y que lo mejor que podía hacer era irse. En su rostro tenaz brillaban sus ojos como puntas de acero y levantaba el cuerpo con seguridad y firmeza. Este aire decidido impresionó a los barqueros, y le dejaron paso cuando empezó a avanzar en dirección de tierra. Sin embargo, le siguieron en montón, gritando y riendo más ruidosamente que antes. Uno de los jovencitos, casi tan corpulento como Alf, tuvo la audacia de arrebatarse la gorra de la cabeza; pero antes de que hubiese podido ponérsela, ya Alf le había dado un golpe en el hombro, haciéndolo rodar por tierra.

La gorra voló de sus manos y se perdió entre el sinnúmero de piernas. Alf pensó en seguida que su orgullo de marinero no le permitía dejar la gorra en tales manos. La siguió en la dirección que había volado y no tardó en verla bajo el pie descalzo de un fornido individuo que se apoyaba estúpidamente sobre ella con todo su peso. Alf quiso arrancarla de un tirón, pero no lo consiguió. Aplicó un empujón a la pierna del hombre y éste no hizo sino gruñir. Aquello era un desafío; y Alf lo aceptó. Instantáneamente puso una pierna detrás de aquel sujeto y le clavó con gran vigor un hombro en el pecho. No pudo defenderse del vigoroso ataque y cayó de espaldas pesadamente.

Un momento después, Alf tenía la gorra en la cabeza y los puños en actitud de ataque. Entonces dió una vuelta en redondo para evitar que le atropellaran por detrás, y todos los que se hallaban en aquella parte huyeron precipitadamente. Esto era lo que él buscaba; ya no se interponía nada en su camino. El muelle era estrecho. Continuó la retirada haciéndolos frente y amenazando con los puños a los que trataban de pasar por su lado. No era cosa fácil andar hacia atrás y contener al mismo tiempo a aquella multitud iracunda. Pero en todas partes del mundo los hombres de piel oscura han aprendido a temer los puños del hombre blanco; y lo que le dió el triunfo más que su actitud belicosa, fué el recuerdo de otros combates librados por otros marineros.

Donde el muelle toca tierra se halla el pue-

to de policía del puerto, y Alf, con gran alegría del oficial de guardia, entró en el despacho, alumbrado con luz eléctrica. Los boteros se aquietaron, apretándose junto a la puerta abierta, por la que podían ver y oír lo que pasaba.

En pocas palabras explicó Alf sus dificultades, y como prerrogativa por ser extranjero pidió al oficial que le llevasen a su buque en un bote de la policía. Por su parte, el oficial, que se sabía de memoria "todas las leyes y reglamentos", le dijo que los policías del puerto no eran boteros y que sus botes servían para efectuar tareas y no para transportar a sus barcos a los marinos trasnochadores y sin un cobre. Dijo saber también que los boteros eran ladrones de nacimiento, pero que mientras robasen legalmente no tenía ninguna fuerza contra ellos. Tenían derecho a cobrar el pasaje por adelantado, y ¡quién era él, además, para obligarles a que admitieran un pasaje y le cobraran al fin del viaje? Alf reconoció la justicia de sus observaciones, pero indicó que, si bien no podía mandarles, estaba en su posibilidad el persuadirlos. Dispuesto el oficial a servirle, salió a la puerta y dirigió una arenga a los boteros, y éstos, que también conocían sus derechos, cuando hubo terminado el oficial, gritaron a coro su aborrecible:

—¡Diez sens! ¡Pagar ahora! ¡Pagar ahora!

—Como ve usted, todo es inútil —dijo el oficial, que, dicho sea de paso, hablaba el inglés a la perfección—. Pero les he exigido que no le molesten o perju-

diquen; así al menos estará libre de ligro. La noche es calurosa y pronto neceará. Acuéstese en algún lugar y ma. Si no fuese contrario a las leyes y reglamentos, le haría dormir aquí despacho.

Alf le dió las gracias por su amabilidad y cortesía; pero los boteros despertado toda la obstinación y el llo de su sangre, y el problema no quedar resuelto de esa manera. Por el resto de la noche sobre el suelo era confesar su derrota.

—¡Los boteros se niegan a llevar!

El policía asintió con la cabeza.

—¿Y usted también?

Se repitió el mismo gesto.

—Bueno; ¡pero pueden impedir los leyes y reglamentos que me vaya a por mi cuenta?

El oficial estaba desconcertado.

—No hay ningún bote —dijo.

—Eso no importa —repuso el

vehemencia—. Si me voy al bote mi cuenta, todos quedamos con la no se perjudica a nadie.

—Sí, es cierto —respondió el intriguado—. Pero usted no tiene para irse.

—Ahora lo verá —replicó Alf.

Rodó por el suelo la gorra del bote y se quitó los zapatos, a los guileron los pantalones y la camisa.

—Recuerde —exclamó con

brante— que soy un ciudadano de

Estados Unidos, y usted, Yokohama,

gobierno del Japón responden a

ropas. Buenas noches.

Salió, apartando a los asombrados

teros, y partió hacia el muelle.

Los tataron poco a poco.

accionar, y en

tras él con gran

ra al ver el mar

que habían hecho

cosas. Fué una

involuntaria para

te del puerto de

hama. Alf mar

tamente hasta

mo del muelle

detenerse se

en el agua con

maestro. Avanz

gorosos movi

hasta que la

le hizo dete

momento. A

las tinieblas

lugar donde

tar el muelle

voces llama

Se volvió y

flotando para

—¡Muy b

bien! —pudo

mente entre

confusión—

ahora, pagar

¡Vuelve! ¡V

ra! ¡Pagar

—No, gra

contestó—

ches. No pa

Después





... para hallar la situación de su...
 Estaba a una milla larga de allí,
 noche no era fácil encontrarlo. Pri-
 se dirigió hacia el resplandor de
 luz que sólo podía ser de un barco
 guerra. Seguramente era el "Lancas-
 de los Estados Unidos. A la izquier-
 de éste, y un poco más lejos, debía de
 ser la "Annie Mine". Pero en esta
 no distinguía tres luces muy juntas,
 no podía ser el barco. Durante
 estuvo desconcertado. Se tendió
 espaldas y cerró los ojos, esforzán-
 en reconstruir mentalmente las li-
 del puerto, tal como las había visto
 . Dió de nuevo media vuelta; es-
 satisfecho. Aquellas tres luces eran
 debilmente del gran buque mercan-
 ciles. Por lo tanto, la goleta debía de
 entre las tres luces y el "Lan-
 . Miró atentamente durante unos
 minutos, y allí, en el lugar que había
 antes, brillaba una luz muy tenue, la
 memoria de la "Annie Mine".
 le resultaba agradable nadar bajo el
 resplandor de las estrellas. El aire esta-
 ba caliente como el agua, y ésta pa-
 leche tibia. Tenía en los labios el
 de la sal, que le picaba asimismo
 la epidermis, y los latidos fuertes y
 pasados de su corazón le hacían
 el placer de vivir.
 . Se travesía a nado resultó magnifi-
 sin accidente alguno. Pasó junto
 "Lancaster", profusamente iluminado,
 buque mercante inglés, llegando des-
 junto a la "Annie Mine". Así lo
 de cuerda que colgaba de un cos-
 trepó a cubiertas silenciosamente.
 había nadie allí. Vió luz en la cocina
 dedujo que el hijo del capitán, que
 solo la guardia del ancla, estaba
 tomando café. Alf fué al castillo de
 . Los hombres roncaban en las liti-
 en aquel espacio confinado le pa-
 que el calor era insostenible. Así
 tomó una manta y una almohada
 el brazo y salió de nuevo a cubierta.
 apenas había empezado a sentir sue-
 cuando le despertó el ruido de un
 que se acercaba a la "Annie Mine".
 . Camaba a la guardia del ancla. Era
 oficial del puerto, y a Alf le fué dado
 . Se oyó la conversación que
 . Sí, el hijo del capitán reconocía
 . Pertenecían a uno de los ma-
 rinos, a Alf Davis. ¿Qué había suce-
 .? No; Alf Davis no estaba a bordo.
 . Entonces se habría ahogado. A par-
 de esto, el policía y el hijo del ca-
 hablaron a un mismo tiempo, y
 no pudo comprender nada. Después
 . se ir a proa y despertar a la tripu-
 . Los hombres gruñían medio dor-
 . y dijeron que Alf Davis no esta-
 . el castillo de proa; con lo cual el
 . del capitán se encolerizó contra la
 . de Yokohama y sus costumbres,
 . oficial citó leyes y reglamentos con
 . angustioso.
 . salió del extremo del castillo de
 . y extendió las manos, diciendo:
 . Me parece que debo tomar estas ro-
 . Y además darles las gracias por

haber tenido la gentileza de traerlas tan pronto a bordo.
 —No entiendo por qué no pudieron traerte dentro de ellas —advirtió el hijo del capitán.
 Y el oficial de policía no dijo nada.
 Al día siguiente, cuando Alf se dispuso a ir a tierra, se vió rodeado de botos, que, muy respetuosamente, gritaban y gesticulaban, mostrando verdaderos deseos de llevarlo como pasajero. El que eligió no le dijo: "¡Pagar ahora!",

como se acostumbra a exigir al entrar en el bote. Y cuando saltó al muelle y fué a pagarle al barquero los diez sens, éste se apartó y movió la cabeza.
 —Tú muy bien! —exclamó—. Tú no pagar. Tú nunca pagar. Tú muchacho valiente y muy bien.
 Y mientras la goleta "Annie Mine" permaneció en el puerto, los botos se negaron a aceptar dinero de manos de Alf Davis. Y además tributáronle su admiración por su valor e independencia. ♦

DIRIJASE CONFIADA HACIA EL EXITO

inscribiéndose en el curso de

CORTE Y CONFECCION

que dictamos por correspondencia.

En su propia casa, puede usted seguir una carrera breve y productiva, que le proporcionará múltiples satisfacciones en un futuro cercano.

Haga como millares de alumnas diplomadas en nuestro instituto, y gozará de una envidiable situación, dedicándose a tan lucrativa profesión.

CORTE Y CONFECCION

SOMBREROS

CORSES y FAJAS
(incluso ortopédicas)

LABORES Y MANUALIDADES

ORTOGRAFIA Y REDACCION

También dictamos clases personales. Solicite detalles en secretaría.

INSTITUTO CULTURAL FEMENINO

Directora: F. LLONCH DE FONTOVA

Sistema LLONCH DE FONTOVA

RIVADAVIA 1966

U. T. 48-1852

Buenos Aires

Envíenos HOY MISMO este cupón y recibirá GRATIS el nuevo e interesante FOLLETO.

Nombre.....	
Dirección.....	
Localidad.....	L. 167

EL ASALTO DE LOS HOMBRES



He aquí a Mr. Lohse llevado a la fuerza por los hombres prehistóricos, provistos de mazos, hacia la hondonada donde el grueso de la tribu esperaba dando muestras de un líbido nado tranquilizador.



DE COMO DOS PACIFICOS AUTOMOVILISTAS SON SECUESTRADOS EN PLENA CARRETERA POR UNA BANDA DE EXTRAÑOS ASALTANTES Y CONDUCTIDOS DESPUES AL ESTABLECIMIENTO MAS ORIGINAL DEL MUNDO

Esta es la tarjeta postal que recibió mister Lohse. En la otra parte plana de este bueso de animal desconocido estaba escrito la invitación para concurrir a Grants Pass.

Escribe Jorge Crow
Especial para "Leoplin"



CONFIESSO que no me animaba a que me ocurriera aquel día de "né" por el oeste de los Estados por dos razones: primero, porque resultaba poco verosímil, a pesar de la ciudad, y después porque la situación yo estuve fué bastante ridícula. Ahora posibilidad de hablar al tiempo de fotografías y habiendo tenido noticias más ridículas aun, me animo a aventura.

Yo viajaba con mi amigo Lohse. Yo y nos habíamos detenido en San Francisco de California, cuando Lohse me curiosa encomienda postal: una de uno de cuyos lados estaba escrita la y en el otro una inscripción que decía gan a Grants Pass y recibirán una. Pero lo que más nos llamó la atención la rara quijada no pertenecía a ningún conocido por nosotros y conservaba de haber estado mucho tiempo entre

PREHISTORICOS



El autor tomó varias fotos de los humanos prehistóricos, algunos mal comunicados, debido a la emoción que le emborgaba. Aquí vemos a cuatro solistas en el momento de saltar el auto.

resolvimos ir, porque, las cercanías de Pass son pintorescas y podríamos llegar a Grants de Oregón. Fuimos del 'Hotel Pick' donde nos alojábamos en San Francisco, a las seis mañana, con un tiempo prometía una buena jornada. Esto nos indujo a desviarse de la línea recta. Así, vez de llegar a Grants en una hora, anduvimos buscando por los alrededores. Teníamos nafta para horas y los caminos buenos. Fué de este cómo nos acercamos a Grants de Oregón. Y corrió lo terrible. (Por puede tomar una serie

Nótese el anillo que luce el dedo del hombre prehistórico y el gesto de que hace gola ante lo captura de los dos pacíficos autamovilistas. Esto joyo y algunos buesos, oparentemente humanos, esparcidos por el suelo, hicieron pensar al autor que sería comido.



Como podemos ver, el barman del club, aunque es viejo, no tiene cara prehistórica; por el contrario, parece un hombre bueno de nuestros días.



Este nombre y esta figura son la clave de todo. Se trataba, pues, de un divertido club que hablo encantado una rara manera de llevar viajeros a sus salones.

de fotografías con mi pequeño aparato, y a las de las cuales resultaron buenas.) De repente, en un recodo del camino, el lugar más desierto, como salidos de la rra, se levantaron ante el auto cuatro figuras desgredadas y mal cubiertas con pieles, saltaban y gesticulaban y lanzaban alaridos metiéndonos en las vértebras un escalofrío en el cerebro la idea de seres caídos de Luna o de hombres prehistóricos que permanecido en estado cavernario, sabe por qué razones. Chillaban y blandas mazas amenazadoras, evidentemente para nos detuviéramos, cosa que, amedrentados, hicimos inmediatamente. ¡Pero mejor hubiéramos hecho! No dejaron de chillar abalanzaron sobre el auto, abrieron las puertas, nos tomaron de los brazos y en un tirón nos sacaron de él. Creo que si hubiéramos tenido armas los habríamos matado. Luego, dos de ellos se prendieron de mi cuello y los otros dos me atraparon a mí, y como que no, nos llevaron. Era inútil resistir, revolverse, gritar y patear o no queríamos; si no caminábamos nos arrastraban lo que era peor.

Empezamos a bajar una hondonada, y de ella, junto a unas grandes entrañas grutas, alcanzamos a distinguir una gran masa de hombres de la misma catadura.



Al lado de la entrada de una gruta de Oregón, donde "habitan" estos hombres, mister Lohse y el autor de la nota son objeto de burlas. Aquí vemos a mister Lohse saltando de rabia, mientras los "salvajes" festejan ruidosamente su desesperación.

de pieles y con crenchas salvajes, los en cuanto nos vieron, prostrumieron saltos de conjunto que parecían una atúnica, la que se nos antojó en honor asado humano que seríamos nosotros. Nos pareció aceptable de ningún modo, despreciablemente enprimidinos una lúbrica, que al fin nos costó mucho sudor y unos cuantos golpes de maza. Meba de hombres prehistóricos, no, que no habían salido aún de sus. Nosotros acabábamos de descubrir "Cautas de Oregón" que nadie conocía... Me trajó a la mente otra terrible: los fueron los descubridores de tataros, pero ninguno pudo contar el cuento. Se lo dije a mi compañero, y él comenzó a insultarlos a todos. Pero ellos no lo comprendieron, y hablaban un gurgural de acento muy primitivo. Eso reían, y se reían en grande; cada vez el compañero gritaba, gesticulaba y saltaba, ellos se retorcián a carcajadas; a veces daban la impresión de seres humanos. Me pareció que con nosotros, primero, divertirse, porque se colocaron casi en formación de espectadores de teatro, y querían que nosotros les produjéramos algunos huesos semejantes a fémures que a la entrada de la gruta y un anillo

con un gran brillante verdadero que descubrí en el dedo de un salvaje me convencieron de que, en verdad, de allí nadie saliera con vida.

Al fin creímos llegado el momento final. Porque, sin mayores miramientos, todos se nos vinieron encima, y nos levantaron para llevarnos en andas. Como ya nos dábamos por muertos, no opusimos resistencia, y esto nos valió que no nos maltrataran. Después de todo, era mejor morir tranquilos.

Pero se dirigieron hacia nuestro auto, que había quedado en el camino; ¿querían asarnos dentro de él? Ocurrió otra cosa bien distinta: nos metieron en el compartimiento de atrás, bien sujetos por ocho fornidos brazos, mientras al más salvaje de todos y de aspecto más prehistórico se sentaba ante el volante, ponía el motor en marcha y partía bajo la terrible grúa y el revolver de mazas de sus compañeros.

Nosotros no comprendíamos nada; aunque ya sospechábamos que el asunto tenía otro cariz. A los veinte kilómetros bajamos en Grants Pass, ante un café en cuya puerta veíase la figura de... ¡un hombre prehistórico!

No sabíamos si reírnos o ponernos furiosos, pero resultó tan franca y cordial la alegría y la solicitud del dueño del club de los "prehistóricos" que nos capturaran y de los parroquianos socios, que comprendimos todo, nos gustó la broma, y resolvimos alojarnos allí.

De más está decir que esta forma de llevar clientes al club del hombre prehistórico produce al barman grandes ganancias, salvo uno que otro disgusto, pero estos son raros. Porque después del susto que se lleva el cliente en ciernes, todo le parece delicioso. Hasta el café del establecimiento, que no siempre está a tono con su moderno y original sistema de atraerse parroquianos... ®



Tos resfrió

Son males que no deben abandonarse

Mucha gente no presta atención a sus catarros, exponiéndose a las peligrosas consecuencias que pueden derivar de un catarro abandonado.

El catarro se combate fácilmente tomando al tiempo de acostarse una cucharada del Jarabe de Bronquialina Ruxell, seguida de una infusión o ponche bien caliente. Otras cucharadas más durante el día complementan el tratamiento, salvo opinión contraria de su médico.

El Jarabe de Bronquialina Ruxell, cuya fórmula ha sido mejorada, constituye un tratamiento agradable, libre de acción secundaria y de efecto benéfico en casos de catarros crónicos o rebeldes.

Indicado también tanto para adultos como para niños.

JARABE DE
BRONQUIALINA RUXELL

Por
Jacinto Ramos

ESPECIAL PARA
"LEOPLÁN"

DIBUJO DE D. VILLAFANE
FOTOGRAFÍAS DE A. CASTELLANO



NO se le concibe individualmente. Y en bandadas, son animales que necesitan un fondo. El que mejor les va es un fondo de horizonte infinito, con motivos de nubes rojas, hagan juego con su plumaje sonrosado. Y bajo su cuerpo de ovoide estremecido, el que oculta sus pies y refleja la silueta gentil. Tienen en el Zoológico un perillito en las alas y un ramaje colgante.

Van en fila india, se agrupan, marchan de dos en dos. Este es su momento. Tras el gabirú ceñudo.

Una impresión de extraña melancolía nos invade... ¿Cuándo hemos experimentado un sentimiento agri dulce, parejo a éste que ahora agita nuestro espíritu?... ¿En dónde presenciaremos un desfile semejante?... Y la memoria se echa a volar hasta que comprendemos la hora brilla aquella, gemela de esta otra hora maga. Ya está...

—Es el paseo de jovencitas de un colegio... —murmuramos.

Como ellas, los flamencos caminan pausadamente, con ritmo de pasillo convencional. Y como ellas tiencen la cabeza con disimulo y miran de reojo y a la vista. El compás del paso lo marca el gabirú balanceando gravemente el busto, que un revuelo en la fila hace erguirse nerviosamente al ave grisáceas y enorme pico:

—¡Señoritas!... ¡Un poco de formalidad!...

Luego gira la cabeza hacia la izquierda y sus ojos centellean:

—¡Insolentes!... ¡Dejen en paz a las chicas!...

Y el ave horrible, que es un pegote indecible en este conjunto de lindas marchas, termina para sí la frase en que cada palabra es una gota de hiel:

—No estoy dispuesta a consentir que las molesten, después de haberme pasado años esperando en vano que me molesten a mí.

Me dan ganas de sacar la lengua a esta envidiosa guardiana y de gritarle un chico de arañal:

—¡Gabirú!... ¡Gabirú!... ¡Solterona amargada!... ¡Para vengarte de tu familia has hecho dama de compañía!... ¡Rabia!... ¡Rabia!... Las chicas me gustan y te gustaste a nadie... ¡A nadie!... ¡A nadie!... ¡A nadie!...

Doy vueltas y más vueltas en torno al alambrado con la esperanza de poder ver una de las muchachas. Y como estas aves son inteligentes, dos de ellas se colocan a los lados del gabirú para distraerle.

—¡Hoy por ti y mañana por mí!...

Al instante, viendo la maniobra, la jovencita más próxima se ruboriza.

—¿Cómo te llamas? —le interrogo en voz baja pero vehemente.

—*Phoenicotherus chilensis*... —musita.

—¿Sois chilenas?...

—Yo, sí... Otras compañeras son argentinas, uruguayas...

—Igualmente lindas...

—Calle, por Dios, que se puede entrar la señorita Gabirú... Venga dentro minutos y me asomará un instante a la reja...

Y aquí está como lo ha prometido. La contemplo. Tiene un color rosa más vivo que el de sus congéneres de Europa y es más menuda que ellas, sin llegar al tamaño del pequeño flamenco africano. Su pico —que es lo que más me atrae... ¡naturaleza!— es blanco sonrosado en la base, la pata gris amarilla. Procede, según me dicen, los terrenos bajos de Chile, extendiéndose su familia hasta el Uruguay y viviendo parientes en las pampas e interior de la República Argentina. Sus remeras se mueven cuando corre con sus amiguitas en sus juegos juveniles y abren las alas, dan un alegre revoloteo carmesí de faldas bajas y enaguas... En sus rodillas pelusilla rosa vivo que forma unas a modo de esclavas de adorno, que son las galas. Habla, como todas las jóvenes bien educadas, de sus familiares, y recuerda con afecto al que parece ser el orgullo de la estirpe: el *Phoenicotherus roseus*.

Este *Phoenicotherus roseus* sufre metamorfosis curiosas: su pico es recto y al momento preciso de salir del nido, pasa por la forma y el color indicados y al pleno desarrollo se hace gris, con la parte superior tirando a azul, y la inferior igualmente se transforma su plumaje, que se vuelve blanco sncio con remeras.

Sus patas toman un color plomizo y el iris adquiere un matiz negro.

—En dónde vive este idolo familiar?...

—En todos los países que rodean al Mediterráneo —suspira enojando el plumero de azul, el de los atardeceres plácidos y las velitas blancas sobre sus rizados.

—En África, en la parte inferior de Asia, en el SO. de España, en el valle de



A vintage, sepia-toned photograph of a group of flamingos. The birds are standing in a grassy field, with their long necks curved in various poses. In the background, a building with a porch and a railing is visible. The photograph is mounted on a light-colored page.

Ushuaia se ensancha

RODEADA POR PARAÍES EN LOS QUE MORA LA LEYENDA, LA CAPITAL DE TIERRA DEL FUEGO HA TENIDO NECESIDAD DE AMPLIAR EL AREA DE SU MUNICIPIO

Una nota de César Lan

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



Los ingenieros Samuel Arrues y Horacio Lüscher comienzan la tarea. Deben ensanchar el área del municipio de Ushuaia, porque el aumento de población así lo exige.



El lente del teodolito —ojo avizor de la civilización— enfoca las cimas nevadas indígenas. Díjese que, en su inconsolable afán de verlo todo, se interesa en

DESDE Ushuaia se puede contemplar el Monte Olivia y muchos otros picos sobre los que flota un calidoscópico halo de leyendas e historias, las que nunca se borran de la mente de los indígenas, como no se borran las figuras congeladas que ellos ven siempre dibujadas en los picos. Tierra de Fuego es tierra que guarda misterios, y en ellos se penetra tan difícilmente como en los desolados rincones de su abrupta superficie. Son los agrimensores los únicos hombres blancos que, muy de tarde en tarde, suelen llegar hasta esas profundidades de la soledad. Pero el teodolito no rompe sortilegios, aunque su lente, ojo de la civilización, profane el teatro secreto

donde viven los "espíritus" del pasado. Estos seg... viviendo.

Acaban de regresar de Ushuaia los ingenieros Horacio Lüscher y Samuel Arrues. Fueron a ensanchar el área del municipio de la capital fueguina y a tomar altura de las montañas de la zona. En las fotos de estas semanas los vemos en diversos momentos de su fría tarea. Llevan portaron lluvias, cansancios y las dificultades por los terrenos muy quebrados de esas latitudes. Trabajando pleando tres meses en su labor.

Puede apreciarse, también, observando los fondos de estas vistas, el aspecto tétrico de lo que fué morada

La rectificación de las calles de Ushuaia requirió más paciencia que técnica. Al fondo se ve el archipiélago chileno con sus majestuosas cimas siempre nevadas.



Este paisaje, vestido aquí de verano, se pone totalmente blanco y nevado bajo la nieve la mayor parte del año, con una temperatura de varios grados bajo cero.





...médica descubrir los misteriosos seres que los pueblan, de acuerdo a las leyendas propagadas por los
...profano el teatro secreto donde maron los "espíritus" del pasado y revelarlos a la civilización.

...des desde los tiempos de Magallanes. Esos picos helados están ro-
...por bosques tupidos, que suben desde las quebradas, y el hombre
...penetra en éstos puede soportar poco tiempo su raro silencio. No se
...una hoja, parece una selva artificial, dura, congelada, encantada
...No tiene animales, no canta un pájaro, no vuela un insecto; no
...veve el aire, todo parece muerto; se terminó el sonido; sólo hay
...muchas arañas, pero éstas andan en silencio.
...entran los viejos caciques de los onas, que aquel fuego que vió Ma-
...cuando atravesaba el Estrecho no estaba en la costa, sino en la
...taña, y no era de los indios, sino de Aracholeu, el duende que in-
...el fuego para poder derretir el hielo y vivir en la montaña.
...ces los indios no tenían fuego. Hasta que Huelche, hijo de un

...un mestizo contratado como peón por los ingenieros ardnamos. Este hombre, encargado del jolamiento,
...comenzó a aprender pronto. Generalmente, para estos trabajos secundarios, se usan estos hombres.



DESTELLO
ESTUFAS A AERÓSENE GASIFICADO
POTENTES - ECONÓMICAS
SIN PELIGRO - SIN OLOR - SIN HUMO
DE 3, 4, 5, 6, 7 y 8 RADIANTES
DESDE \$ 49.50

Solicite folleto gratis a:
ANGEL GRANDES - Tacuarí y Moreno
Buenos Aires
Repuestos para toda clase de estufas

Lavando prolija y abundantemente
la cara y los ojos de los recién na-
cidos con una solución antiséptica
o con agua hervida, e instilando a
continuación una gota, en cada ojo,
de solución de nitrato de plata al
2 %, se evitarán numerosas
cegueras.

Patronato Nacional de Ciegos.



que le demuestra la facilidad con
que puede aprender INGLÉS prác-
tica y rápidamente en su casa.
Aproveche la oportunidad que se
le presenta de mejorar su posición.

★ PIDA EL SUYO HOY MISMO ★

Dr. J. A. ROSENKRANZ, Presidente.
NATIONAL SCHOOLS, Edif. Boston.
Buenos Aires, R. Argentina. Depto. 390-6 L.
Mándeme el Libro GRATIS "El Idioma Inglés"
Nombre edad
Dirección
Localidad



Hay que poner un mojón en un punto estrictamente determinado, pero en ese punto se encuentra un viejo roigón. Estas dificultades retardan las mensuras.

Para colocar los mojones en su lugar exacto, es necesario ayudarse con el teodolito. A pesar del verano, la nieve impone su presencia en las

cacique venido de la Patagonia, consiguió vencer las arañas y ese silencio de la selva que rodeaba las montañas, y le robó el fuego al duende que sabía derretir los hielos. Huelche entró en el bosque y trató de soportar su silencio de encantamiento tapándose los oídos con las manos; y de esta manera consiguió llegar muy adentro. A medida que avanzaba, el bosque parecía aplastarse más y más sobre él; las ramas bajas y horizontales cruzadas en su camino casi lo obligaban a emplear las manos para abrirse paso, pero él las apartaba con el empuje de su cuerpo, aunque así se desgarrara las carnes.

Quizá el espíritu maligno de la selva estaba ya sobre él usando de toda la fuerza de su silencio; no importaba; él no lo "oía". Y así, con las manos tapándose las orejas, pudo continuar hasta que empezó a subir la cuesta de la

montaña. Huelche iba a vencer el silencio del bosque, y era el primer hombre que escalaría la montaña. Se conmovió la selva; tenía que bajar las manos para "oír" el silencio; lo asaltaron las arañas, y se vió obligado a usar las manos para defenderse y poder correr apartando las ramas; entonces quiso escapar del bosque; pero, en lugar de volverse, se internó hacia adelante, desesperadamente, seguido por esa muerte que lo perseguía en el más total de los silencios, hasta que salió de la selva y se encontró ante las cimas heladas donde el duende Aracholeu vivía, al calor del fuego de su invención. Huelche lo buscó a lo largo de las crestas, blancas y resbalosas; por los recovecos de los glaciarres; en el fondo de las grietas. Hasta que halló la casa de Aracholeu: grandes grutas abiertas a fuego sobre paredes verticales

de hielo. Penetró por ellas, y al duende, y sus robustos brazos levantaron dos antorchas que eran el premio máximo de magnífica hazaña. Regresó al valle a la carrera; destruyó el silencio del bosque poniendo fuego a la resina de los pinos y ahuyentó las arañas con las llamas. Huelche logró así llegar a ser, como correr de los días, el cacique venerado que tuvieron los indios. Hasta que murió... Y los descendientes de la montaña se llevaron alma para hacerla penar. Detenido en tiempo, en las noches de las y sin viento, los indios puntos luminosos en las montañas, y dicen que es el fuego de los duendes quemando el alma de Huelche.

Esta leyenda del "Prometeo de Tierra del Fuego" es conocida alrededor de las grandes fogatas con que los indios del interior del territorio conmemoran, una



Señal de fijado el lugar en que se colocará el mapa. Guárdese a abrir el hoyo en que aquí se afirmará.

por año, la gran aventura de aquel cacique.

Asimismo, otras emotivas lecciones se cuentan en torno a los fogones, pero la ley del progreso también rige para el frío y lejano Sur, y la ciudad de Ushuaia se ensancha considerablemente día a día, y los fogones desaparecen cuando no se transforman en verdaderas cocinas; los ranchos se convierten en viviendas de obreros, que ya sólo miran hacia las montañas pensando en el oro que quizá contengan; y las tradiciones ricas y pintorescas de esos lugares se ahogan y se apagan bajo el ruido de nuestra civilización que, venciendo las distancias, llega hoy allí entre fragor de vehículos motorizados, con los nuevos pobladores blancos que ya pasean por las calles y caminos que están ensanchando a Ushuaia. ♦

SEA USTED AUN MAS HERMOSA! Y CON MAYORES ATRACTIVOS!

QUELLO
SENCOS
OPREAS
OMANHA
OQUELLO

SEÑORA, SEÑORITA... Todo abunda en antierístico. Los defectos del cutis y de la esbeltez femenina son fáciles de corregir si Usted se preocupa de su persona. ¡ENTONCES!... Cuida su belleza: Será hermosa y admirada.

MADAME BERARD es experta en belleza, aplica en su Instituto los métodos y productos de su elaboración de acuerdo a cada caso. Pruébase GRATIS. Atienda todos los días, de 14 a 20 horas. Las damas del interior interesadas en conocer los precios de mis productos soliciten por carta los folletos explicativos. No es necesario agregar estampillas.

MADAME BERARD
Calle Tucumán 637 - Bs. Aires

GRATIS

Solicite el libro de belleza o legione "El Secreto Revelado"

POLVERILLOS DE MADAME BERARD

"POLVERILLOS" reemplaza con ventaja las Cremas inferiores y sustituye los POLVOS, embellece el CUTIS feo, marchito. "POLVERILLOS" esmalta la PIEL, indicada con esmero para las MANCHAS, PEGAS, BARROS, ALISA las ARRUGAS. Blanquea el CUTIS y las MANOS. Disimula el VELLO.

CREMA - EXPRES - LIQUIDA

UN CUARTO DE LITRO

PARA TRES MESES

"POLVERILLOS" es económico, cuesta \$ 2.-

Un cuarto de litro crema lechosa perfumada. Se remite Contra-Reembolso.

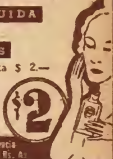
En venta en todas las FARMACIAS y PERFUMERIAS y en los LABORATORIOS

MADAME BERARD

Calle TUCUMÁN 637 - Bs. Aires

POLVERILLOS

La versión en Francés FRANCO INGLESA. N. 4



Las Hijas ESTRECHAN LOS VINCULOS MATRIMONIALES

Ellos alegran la vida; condensan todos los anhelos de los padres; son la continuación de su propia existencia.

Por eso, un matrimonio sin hijos es como una planta sin flores, como una flor sin perfume.

Muchas veces, ese hijo ansiado no llega a causa de graves trastornos en las glándulas de secreción interna de las señoras.

Para ellas, la ciencia ha creado

Fertilinets

a base de hormonas,

que, al regularizar dichas funciones, lleva la tranquilidad y la felicidad a millares de hogares del mundo entero.

VENTA EN FARMACIAS Y DROGUERIAS



APROVECHANDO la coyuntura de un breve descanso, fui a ver a mi amigo. Mi amigo se llama Menzogna; vive en Mar del Plata. Me previnieron:

—Si lo quieres encontrar, búscalo en los médanos de Punta Mogotes. Está chiflado — me dijo mi informante. Y luego añadió —: Loco de remate desde que ha perdido a su mujer.

La noticia no dejó de sorprenderme y, como aquel que busca una razón a la sinrazón, me di a evocar los recuerdos de nuestra amistad, por ver si encontraba alguna rareza que, al menos, justificara su estado actual. Menzogna era un buen muchacho, activo, capaz y hasta inteligente, pero... ¿cuándo no hay un pero?, presumía de esteta, como tantos otros... Y esto fue su perdición.

Durante las temporadas estivales se pasaba los días en las playas marplatenses contemplando las formas esculturales de ciertas oceánidas, que aun cuando no sabían nadar, no por eso dejaban de ser otras tantas nereidas asoleándose en las orillas del mar. Entendámonos: no es que Menzogna fuese un tritón perseguidor de ondinas, sino un simple *dilettante* de sus encantos personales, y, ya se sabe, la admiración hacía las hijas de Neptuno traer aparejado el mareo...

Fué así como Menzogna no tuvo la prudencia de Ulises y soñó entre los halagos de una sirena. Desde entonces no nos vimos con la acostumbrada asiduidad de la soltería, y nuestras relaciones se enfriaron un tanto, pero ahora, ya que me hallaba en Mar del Plata, no era cosa de pasar sin saludarlo.

A este propósito concurri más de una vez al sitio indicado, hasta que una tarde divisé, desde la plataforma del faro, a un hombre excavando en las movedizas arenas de los médanos con el afán y el cuidado de quien busca el anillo de Salomón. Es él, me dije; descendí apresuradamente y, en efecto, era mi amigo. La intuición fue mi lazarillo. Nos abrazamos...

—Te vi desde el faro...

—Sí — me dijo con la suficiencia de quien ha meditado mucho sobre un asunto y lo tiene siempre presente como una idea fija —; vistas desde arriba las dunas parecen distantes entre sí y, sin embargo, están unidas por el mismo tronco; tienen la misma base, semejan erectos senos de mujer... Cuando sopla el viento cambian de forma y de lugar a cada instante. Son las nubes terráneas que tan pronto se juntan, como se separan, o desaparecen. Tienen la forma y la inconstancia de la mujer... ¿Te fijaste? Sus contornos siempre son turbulentos, mórbidos y hasta graciosos. Es que bajo sus arenas se esconde siempre el cuerpo de una mujer. Las dunas son el revestimiento del vaciado; excava y encontrarás la mujer. Tal vez Niobe desgranándose o la Galatea de Pigmalión inanimada por su coquetería...

—Hombre, te diré; no es mi fuerte la mitología; pero, francamente, no veo la relación...

—Pues son mujeres simbólicas, se han perdido por vanidad... Pero, ¿cómo? ¿Tú no sabes?...

—Sé que has extraviado a tu esposa.

—¿Por qué, pues, te extraña que la busques? Dice muy bien Heráclito cuando afirma: "Sin la esperanza, no encontrarás lo inesperado".

—Sí, sí — repuse yo por decir algo, porque comprendí que me las había con un maníaco y opté por asentir a todo.



El hombre que buscaba

por Enrique Marciano Iglesias

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACION DE JOSE

La conocías — prosiguió mi amigo —; hermosa, ni siquiera simpática; pero su

Tenia un cuerpo ágil, elástico, es-
cultural... Su cuerpo era flexible, cim-
blante y incorruptible como la sal.
que a causa de ello se ha derretido...
como la mujer de Lot?

La mujer de Lot.

mi amigo hizo una pausa cual si quisiera

algo y luego declamó enfáticamente:

Nem quem genuit uix,
Ectē hanc sol liquefecit.

comprendo.

yo tampoco; pero un latinajo siempre

... Su cuerpo, decía, estaba for-
tales gracias líneas, de elegantes par-
te sinuosas curvas y tentadores escor-

cuerpo, en fin, era un compendio de
 ornamental... Lo malo es que ella,

al fin, lo sabía. Se sabía admirada
 formas y, en consecuencia, en cual-

circunstancia trataba de exhibirlas, ya

sus ropas hasta lo inverosímil, ya

todo toda clase de deportes como úni-

co de enseñar sus exquisitas y simé-

redondeces, o ya mostrando al descuido

ocultas piernas. Naturalmente, con es-

tación, lo que más le agradaba era

al aire libre, verse desnuda, contem-

como Narciso, en la pileta. Yo trataba

los medios de corregir en vanidosas

en su narcisismo. Ello me ponía

ante mis amistades y sufría lo

sobre todo cuando veía que los de-

ches la miraban con ojos de codiciosos

Se lo dije muchas veces. Siempre

advertición de mis advertencias. Decidí

tarla en la primera oportunidad.

Mañana amaneció con un calor es-

Salimos en ómnibus hacia estas pla-

el propósito de gozar de la fresca

zonal. El día se presentaba turbio,

un sol de plomo derretido, en el

gravitaba esa pesadez calmosa que

a las grandes tormentas; era algo

que se cerrase, a modo de la

Damocles, sobre nuestras cabezas

amago de desastre. Se lo hice notar.

le insinué, pero ella, en su in-

coquetería, quiso aprovechar la

del momento. Aquella soledad del

aquel torvo silencio, la lejanía en

el horizonte cerrado por un cingu-

los como médanos, el aire dormido,

espeso, el mar arrullante; era un

digno escenario para la exhibición de su her-
moso cuerpo. Y provocó al mar en traje de
Eva, y surgía, de vez en cuando, de entre las
olas coronada de espuma como Citeres, y
jugando se revolcaba en la húmeda arena
como la más voluptuosa de las ninfas.

"Yo te lo juro, quise darle una lección; sólo
fué por escarmentarla. Tuve una idea diabó-
lica: esconderle las ropas entre las secas
arenas de una duna. Apenas lo había hecho
cuando se levantó un furioso viento, como si
quisiera azotar aquellas sus provocativas car-
nes, disipando de paso los cirros en rápido
tropol de aéreos centauros... Corrimos en
busca de sus ropas y sus ropas ya no esta-

ban!... ¿A qué contarte mi desesperación?...
"Es necesario — le dije — que te ocultes en
la arena mientras yo voy en busca de otras
prendas". La dejé recostada al pie de un mon-
tículo. Tenía por almohada la falda de la
duna y por cobijas las cambiantes sombras
medanosas de las nubes, y por dosel la ra-

diente risa de un sol victorioso... Cuando
volví, ¡ya no la hallé! Removí toneladas de
arena. Se ha convertido en arena. La arena

es escarmentada como el azogue. Está, como el
viento, en todas partes, y, sin embargo, tam-
bién como el viento, por sí sola no se corpo-
riza en ninguna... Pero ella tiene que apa-
recer, viva o muerta debe aparecer arrojada
por una duna, vestida de arenisca luciente
como el ófio.

Mi amigo calló, luego comenzó a cavar fu-
riosamente con las manos. Su manía estaba
ahí, en excavar. Miré sus dedos, romos y sin
uñas. Me dió lástima. Era tarde. No me atre-
ví a dejarlo solo.

—Vámos — le dije —, ya es de noche.

—Sí — me respondió —. Mira la luna, está
pálida de tanto trasnochar, y sin embargo
alumbrá más que nunca: está llena, hincha-
da de esperanza; ella también anda en busca
de su Endimión...

Desde la cima de un médano vi la luna,
en plenilunio, bañar de tenue luz la ciudad.
La parte alta de Mar del Plata, limpia, bri-
llante, ondulada, con sus lomas y sus casas,
al parecer de juguete; semejava un campo de
golf donde la luna jugase a hacer hoyo. ☉



Como se hace



Exigencias de una época nueva. Cantidades enormes de madera seleccionada aguardan el momento de ser transportadas a la fábrica para transformarse en lápices.



Ya dispuestos y completamente formados los varillos, manos hábiles y ágiles los colocan en la cavidad central las minas constituidas por diversos productos

CARNOT sabía que Nicolás Conté, el joven y estudioso químico, no prometía vanamente. Tal vez los lápices hechos con plumbagina reducida a polvo, calentada al rojo y mezclada con otras sustancias, no dieran el mismo resultado que los importados de Borrowdale, Estado de Cumberland; pero el estudio constante y el trabajo podrían reportar más de una satisfacción. Poco más de dos siglos llevaban de ventaja los iniciadores de la original industria. El tiempo se encargaría de decir la última palabra...



LA FABRICACION DE ESE
INSIGNIFICANTE AUNQUE UTIL
ADMINICULO ES UNA COSA
MAS COMPLICADA DE LO QUE
A PRIMERA VISTA PARECE

Escribe

Agustín M. Valenzuela

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

cesitara para no
de ella. Se eligió
Conté.

Las primeras
bas se llevaron a
en Inglaterra a
del año 1564. Y
pués de los frus-
dos intentos he-
chos con substancias
por ser aglutinadas
no dieron resultado
y del éxito obtuvo
por Conté, el

brimiento hecho en 1847 por Alibert en las minas
nas aseguró definitivamente la industria.



Fué durante la época de la Revolución francesa cuando, rotas las relaciones comerciales de Inglaterra con la patria de los Luises, no recibíendose nada del otro lado del Canal de la Mancha, se pensó en la posibilidad de organizar industrias locales. La de los lápices se ignoraba casi completamente, y fué por ello por lo que el político francés creyó prudente facilitar, por cuenta del Estado, todo lo que se ne-

Hoy que la fabricación de lápices no constituye un problema por ser varios los países que se ocupan de su producción, la resolución tomada por la Junta de Salvación creada por Carnot, aparece, a través del tiempo, original y extraña. Pero mientras que entonces sólo se tenía de escasa cantidad de maderas apropiadas y eran difíciles de conseguir los productos químicos utilizados

un lápiz



— simple máquina — simple aparentemente — da a los lápices la forma definitiva.
— simple máquina se encarga de estampar en el adminículo la marca de fábrica.



— los toreros complementarios figura la de sacar punta a los lápices. Es necesario para ello comprobar con anterioridad la consistencia de las minas.

TÉ TÚTOR



Es un producto
cuyos componen-
tes naturales y de
fórmula equilibra-
da lo indican en
aquellos casos en que se desee
beber un té que cual el

TÉ TÚTOR

sea a la vez

**LAXANTE,
DIURETICO y
DIGESTIVO**



Precio de la caja

\$ 2.²⁰

Tamaño grande, \$ 3.²⁰



EN VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS



Los lápices de colores o de aplicaciones especiales requieren una clasificación que también exige amplios conocimientos y una práctica constante.

Los menores detalles deben ser tenidos en cuenta. Terminados los tareas principales, debe realizarse el empaquetado, que dará lugar al envío a la venta.



siendo en Inglaterra —, en la actualidad, a más de la plumbagina, el grafito y otros derivados del carbono, se cuenta con substancias que dan tan buen resultado siendo de Cumberland como de Nuremburgo o Siberia, y se dispone de toda clase de maderas en cantidad considerable.

No son ya "varios cajones de madera seleccionada" los que, manufacturados convenientemente, habrán de transformarse en ese pequeño adminículo que difícilmente encontramos al alcance de la mano cuando necesitamos urgentemente de él. Son vagones o bodegas atestadas de troncos de cedros derrotados por el hacha o la sierra. Y cajones y cajones de grafito, ampelita, hematites, arcillas, gomas y azufre. Es otra época. Otras necesidades la crean. Son mayores y más las exigencias...

Simple y pequeño, un lápiz no da idea de lo complicado y trabajado del proceso de su fabricación. Nada dice de los peligros a que se ven expuestos los hombres que, en los montes talan los árboles y de la amenaza constante e invisible que acecha a quienes trabajan en las minas; de lo perjudicial que resulta para el organismo el carbono — grafito —, el mercurio, que forma parte de las minas comúnmente llamadas de tinta; la hematites o peróxido de hierro rojo, etc.

Tampoco la fabricación, una vez obtenidas y dispuestas las materias primas, llega a imaginarse. Desde que el cedro en bruto — se utilizan también otras maderas, pero se da preferencia a este vegetal americano por su consistencia y constitución — llega en gruesos troncos, hasta que los lápices ya terminados pueden ser enviados a la venta, son muchos y variados los procesos de la elaboración.

Al tiempo que tornos especiales dan a las pequeñas varillas la forma y dimensiones necesarias, se preparan la mina con las materias ya enunciadas y que, según la coloración que quiera dársele, cuentan con el agregado negro de humo y una pasta arcillosa muy fina, o rojo de Prusia o bermellón. Y que, de acuerdo también a la aplicación que tendrán, incluyen entre sus elementos constitutivos ampelita del Maine, Breñaña o Normandía — lápices para carpinteros o albañiles —; jabón, cera de sebo — lápices litográficos —; creta de diversos colores — pastel —; creta y goma arábiga — lápices rojos — creta purificada en sucesivos lavados — lápices blancos.

Ya preparadas las varillas, que tienen generalmente la forma de cilindros o paralelepípedos, una máquina abre en su centro la concavidad que ocupará la mina, y colada ésta luego de la comprobación de su solidez, otra máquina, al tiempo pulidora y de pegado, asegura las partes de madera y estampa la marca o distintivo de la fábrica.

Así, someramente explicado, el proceso parece más fácil y sencillo de lo que realmente es. Aun las tareas complementarias, tales como la de sacar y afilar la punta convenientemente y la del empaquetado, requieren la habilidad de personas diestras y ejercitadas. Lejos ya de la fábrica, y en nuestro poder, el lápiz nos parece un objeto simple y de escasa importancia. Pero bien visto, hay momentos en los cuales justificamos perfectamente la preocupación de Carnot en la época de la Revolución francesa. Sobre todo cuando, debiendo hacer una anotación, vemos que el simple conjunto de madera y grafito ha desaparecido del lugar donde por costumbre lo colocamos...

Y tenemos que retener en la memoria — en esa cosa tan flaca y problemática que es la memoria — un complicado número telefónico que nos interesa... ♦

Los gruesos francos han
cambiado una transformación
que tiene algo
mágico. Los francos
aparecen el momento
en que una mano firme
apoya a prueba su
firmeza consistencia.



TOS

Y RESFRIOS
de los
NIÑOS

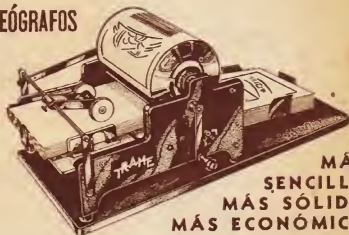
Resotil
contra la tos
infantil

Los niños
lo toman
con facilidad por su gusto
agradable

PRESENTAMOS...

¡Un orgullo de la Industria Argentina!

MIMEÓGRAFOS



MÁS
SENCILLO
MÁS SÓLIDO
MÁS ECONÓMICO

FABRICANTES:

PADIN, VILLAGRAN & Cía.

RECONQUISTA 220-228

U. T. 33-7800-7900

(Concedemos Agencias en el interior a casas establecidas)



ENCUENTRO.

Crónica gráfica

FOTOGRAFÍAS DE JULIO PODESTA

CYRANO DE BERGERAC, aquel intrépido y enamorado personaje de Rostand, dijo que un beso es "Un suspiro que toma la boca por el oído". El diccionario menos hiperbólico, dice, por su parte, que besar es "Tocar alguna persona o cosa con los labios, contrayéndolos o dilatándolos suavemente". Ahora bien, dar un beso de amor cualquiera lo da. Es decir..., cualquiera que tenga la indispensable pareja y sepa aprovechar el momento oportuno. Pero dar un beso cinematográfico, esa nueva especie de beso nacido con la primera película de amor, que es a la vez apasionado y frío, espontáneo y calculado, eso sólo pueden lograrlo dos intérpretes experimentados y seguros. Por ejemplo, Toti Muñoz y Héctor Coire. Nosotros, que sabemos que la historia de muchos



ACERCAMIENTO.



INSINUACION

de un beso ★

...res podría escribirse por los besos que han dado
... los que han recibido, desde aquel maternal de
...na, hasta ese otro beso de adolescente robado a
...adillas a la primera novia, hemos requerido de los
... jóvenes actores del cine nacional la definición de
... beso cinematográfico. Ellos, afirmando que la suya
... mucho más exacta y rotunda que las dos anterior-
... se miraron, sonrieron, y, conducidos precisamente
... Adelqui Millar, el mismo director que fiscaliza y
...za sus interpretaciones cinematográficas, respon-
... con las seis escenas que aquí se reproducen.
... lector puede comprobar en seguida si esta crónica
... de un beso es suficientemente gráfica...



RECIPROCIDAD.



ACEPTACION.



CONSUMACION.

En Vicente López ya no quedan



Juego de arte plástico, ante el Fuego Olímpico, en la II Olimpiada Infantil de Vicente López, realizada por el Departamento de Cultura Física de esa Municipalidad.



Estos juegos de acrobacia, sobre todo el mal llamado "salto mortal", no sólo desarrollan los músculos, sino también el valor y la decisión, sin la cual lo demás no sirve.



En los ejercicios elegidos para la práctica de los niños se trata siempre de asociar al beneficio de la salud el desarrollo de la belleza y armonía del arte plástico.

LA MAGNIFICA LABOR QUE DESARROLLA EL DEPARTAMENTO DE CULTURA FISICA DE AQUELLA MUNICIPALIDAD HA OPERADO EL MILAGRO DE LIBRAR DE LOS PELIGROS DE LA CALLE A CENTENARES DE CRIATURAS

Habla el doctor

Julio E. Mello

Un reportaje de

Germán Dras



SUPIMOS que en el municipio de Vicente López funcionaba un Departamento de Cultura Física que había limpiado de niños vagos las calles del pueblo. La existencia de tal institución no era para asombrar a nadie, porque títulos aun mejores crean a cada momento, y hasta funcionan las instituciones tituladas, aunque resultado no aparezca; todo queda en promesas. Pero nos asombramos ante la verdadera desaparición de los grupos de muchachitos que se formaban en esquinas y en los terrenos baldíos, donde habían encontrado la manera diversa de adquirir vicios, enfermedades e ignorancia. Así que creció nuestro interés por el hecho tan poco vulgar de una institución que ha logrado a las buenas curar tan arriesgado mal a un extenso barrio.

Y ya nos disponíamos a ir a Vicente López, cuando el Dr. Julio E. Mello, director de dicho Departamento de Cultura Física, enterado de nuestro interés por su trabajo, efectuó una visita a esta casa.



niños vagos



Este juego se llama "Correa del Juas". El domingo y se está seleccionando entre los mejores para designar a los que tomarán parte en las próximas olimpiadas.

—Pues así es — nos dijo —. El raquitismo entre nuestros niños es alarmante. Las cifras lo proclaman: el 20 % presenta graves deformaciones físicas, y el 50 % tiene defectos que, si no son notables, no por eso dejan de ser defectos.
—De modo que de 100 niños que vemos sólo 30 valen algo...
—Eso es. Los niños argentinos...
—¿Qui lo interrumpimos, pensando que nos encontramos ante de aquellos espíritus para quienes todo lo nuestro, o es lo primero del mundo o es lo último.
—¿Por qué los niños argentinos? ¿No serán lo mismo los de todas partes?

En estas figuras de conjunto, llamadas pirámides, cada lugar está especialmente indicado para la rectificación de una falta cualquiera determinada en el niño.



"SE COMPRO UN MARIDO"

titúlase la hermosa novela moderna de
F. W. W. MASON,
que se publica en las páginas de
CHABELA
correspondiente al mes de JUNIO.

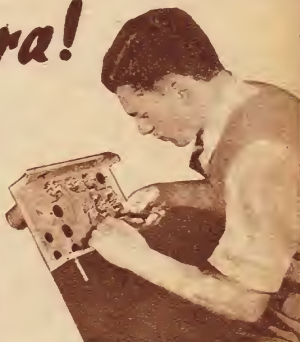
Con pluma ágil y elegante, su autor narra la extraña historia de la mujer que quiso, en cierto momento grave de su existencia, comprar el amor de un hombre.

FIGURINES DE LA ESTACION
LABORES MODERNAS

"CHABELA" YA SE HALLA A LA VENTA

Ahora!

Un novedosísimo Sistema de enseñanza único en el país y creado exclusivamente por las ESCUELAS "STAR", permitirá a Vd. interiorizarse en todos los secretos de la Radiotelefonía y armar un receptor de último modelo, cuyos materiales le proporcionamos completamente GRATIS,



SHORT-COURSE

EN EL EXTRAORDINARIO TIEMPO DE 25 DIAS!

Es una verdadera oportunidad de aprendizaje rápido y de resultados absolutamente GARANTIDOS.
Inmediatamente de finalizado el Curso podrá desempeñarse en el armado, reparación y ajuste de cualquier tipo de receptor.

DIPLOMA GRATIS

Pida Informes
HOY MISMO

ESCUELAS
"STAR"

Enseñanza de Radio y
Televisión por Correo

ESCUELAS "STAR" - Paraguay 1009 - Buenos Aires - Argentina. — Sr. Presidente de las Escuelas "STAR".

Sírvase enviarnos GRATIS folleto explicativo sobre el SHORT-COURSE.

Nombre y Apellido

Domicilio

Localidad Prov. F. L. 167



Marcha atlética. Niños y niñas aparecen en esta fotografía marchando con una notable simultaneidad en todos sus movimientos. Nótese la posición correctísima que conservan en su alineación.



El doctor Julio E. Mello, director del Departamento de Cultura Física de la Municipalidad de Vicente López, durante su visita, emite los conceptos que se relatan en esta nota.

—En el reciente Campeonato Sudamericano de Atletismo —nos replicó con tranquila seguridad el doctor Mello—, resultó primero el Brasil, segundo Chile y tercero la Argentina. Y esos atletas han sido niños...

—Pero, ¿por qué hemos de ser nosotros los atletas inferiores y los que tenemos los niños más defectuosos? —preguntamos con un poco de rabia ante tan evidente prueba de "infelicidad".

—Porque nosotros somos muy descuidados.

—¿Cómo! ¿No es acaso obligatoria la gimnasia en las escuelas, y hay gimnasios por todas partes?

—Sí, pero...

Claro, él no podía decir lo que pensaba. Pero nosotros, sí: hay muchos gimnasios; lo que falta es quien sepa y quiera educar.

—En Vicente López —continúa nuestra interlocutor— estamos tratando de enderezar la presente generación para que mañana no nos avergüence el porcentaje de inútiles que rechazará el ejército. Actualmente la provincia de Buenos Aires está soportando el rechazo del cincuenta y dos por ciento de conscriptos inútiles...

—Nos interesa sobremanera —le decimos— el procedimiento que seguramente ha inventado para lograr que los chicos habitados a la calle concurren a su estado.

—No, yo no inventé nada; lo que hago es divertir a los muchachos con juegos gimnásticos, y, al mismo tiempo, educarles la moral. Con el último obtengo que vayan a la escuela, y con los juegos que concurren al gimnasio.

—¿Y le parece poco? Nadie hasta ahora había hecho eso...

—Creo que dentro de poco va a ser ya muy notable el progreso de la buena complexión física de los muchachos de Vicente López. Y de muchachas. Ellas también acuden en crecido número, y su estado de salud general mejora evidentemente. En pleno invierno hacen ejercicios a la intemperie, y no se resfría ninguno.

—¿Y cómo comer! Había una madre que antes se quejaba mucho de que su hijo no quería comer; el chico estaba pálido y flacucho, y en las horas de la escuela, andaba por la calle; lo llevé a mi casa, se divertió con los otros de su edad, aprendió a hacer ejercicios, y empezó a comer. Ahora resulta que la misma madre se queja de que el chico es una carga para ella, porque no hace más que pedir comida... otra que vino dos veces, muy intrigada, a preguntarme cómo había hecho yo para que su chico caminara derecho, porque el chico era bado de nacimiento".

Mientras una larga fila de niños y niñas concurren en el posto, otros muchachos juegan de agilidad. Este se llama "el..."





Un conjunto que viene a ser la demostración permanente del desarrollo físico logrado por medio de la ejecución de movimientos individuales, objeto principal del Departamento de Cultura Física de V. López.

Naturalmente, no pretendemos hacer milagros, pero sabido es que nada resulta más fácil que enderezar un árbol crece torcido, corrigiéndolo en su primera edad o en su primera juventud. Es lo que en Vicente López estamos haciendo con todo éxito.

El director de Educación Física de la Municipalidad de Vicente López hace una pausa. En seguida, agrega:

—Claro que los ejercicios ejecutados por los muchachos no son los mismos que los de las niñas. Además, cada uno de ellos y cada una de ellas debe realizar movimientos adecuados para rectificar sus especiales y determinadas deficiencias físicas. Aquí puede ver...

Y el doctor Mello nos presenta una serie de buenas fotografías, de gran valor ilustrativo.

—Como usted puede apreciar —continúa—, para las mujeres se busca asociar la belleza del arte plástico al ejercicio físico saludable. Y siempre tenemos en cuenta que estamos educando futuras madres, y pensamos en la herencia, en la estirpicultura, lo cual al fin y al cabo, la base de un buen país. Los varones ejecutan ejercicios físicos que corrigen sus defectos, amplían su capacidad torácica y dan elasticidad a sus músculos, al mismo tiempo que desarrollan su valor y destreza, condiciones de primera importancia en la lucha por la vida. Una patria grande tiene que ser patria de hombres fuertes y capaces; y los débiles y defectuosos...

—Ya los está corrigiendo usted, doctor. —Con mis colaboradores, que son entre o cinco; pero deberíamos ser más para poder enderezar ese setenta por ciento de los niños de toda la Argentina que están creciendo torcidos...

Creemos en la sinceridad del sentimiento del doctor Mello, cuando piensa en ese setenta por ciento; porque a nosotros también nos lastima esa cifra, y nos recuerda el patriotismo mal entendido de muchos grandes "patriotas" de nuestra tierra.

Quando se despidió y se va, nos quedamos pensando que éste es uno de los pocos hombres que con su granito de arena está, verdaderamente, haciendo patria. ♦

La mujer que trabaja...



Las mujeres que trabajan en oficinas, tiendas, aulas o laboratorios son frecuentemente víctimas de malestares, dolor de cabeza, etc. Su delicado organismo se resiente fácilmente de la dura labor, y por esto los médicos aconsejan un buen tónico. La **IPERBIOTINA MALESCI** es un reconstituyente para la mujer, puesto que proporciona al organismo elementos vigorizantes capaces de compensar el desgaste a que está sometido, al par que fortifica el sistema nervioso.

Iperbiotina

MALESCI

Aventuras de un

Historia de amor y viaje por

ALEJANDRO DUMAS

TAPA E ILUSTRACIÓN DE FAIRHURST

1

A pesar de la orden de que aquella mañana del otoño de 1836 no se me molestase, mi sirviente abrió la puerta del estudio y, al observar el gesto desagrado que puse, se disculpó con estas palabras:

—Señor, está muy hermosa.

—¿Quién, majadero?

—La persona por la cual me permito molestarle.

—¿Y qué me interesa a mí que sea bonita? Ya sabes que cuando trabajo no recibo a nadie.

—Además —agregó aquel—, viene en nombre de un amigo suyo.

—¿Cómo se llama ese amigo?

—Reside en Viena.

—Está bien; pero te pregunto cómo se llama.

—Tiene un nombre muy extraño; algo así como *rubi o diamante*.

—¿Zafiro.

—Así es, señor: Zafiro.

—Entonces ya cambia el asunto: conduce arriba a esa persona, y tráeme una robe de chambre.

Mi sirviente salió.

Oí ligeros pasos por delante de la puerta de mi estudio; luego el señor Teodoro bajó con la prenda que le había pedido.

Cuando a un sirviente le concedo la consideración de apellidarle *señor*, es que brilla por su idiotez o su picardía.

He tenido tres a mi servicio que pueden figurar como ejemplos en este género: el señor Teodoro, el señor José y el señor Víctor.

El señor Teodoro era rematadamente idiota.

Esto lo consigno, a fin de que el patrón en cuya casa esté en la actualidad, si es que está sirviendo, no lo confunda con los otros dos.

Por lo demás, la idiotez es preferible a la picardía: si tenemos un sirviente idiota, en seguida lo advertimos; en cambio, si es un pícaro, cuando lo descubrimos ya es demasiado tarde.

Teodoro tenía sus simpatías; mi mesa siempre es bastante grande para que, sin invitación previa, vengan a sentarse a ella dos o tres ami-

gos; los cuales, si no hallan siempre exquisitos platos, encuentran, en cambio, buen semblante.

Pues bien; los días en que la comida era buena, según el gusto del señor Teodoro, éste avisaba a los amigos o conocidos míos con quienes simpatizaba; únicamente que, según la susceptibilidad de ellos, les decía a unos:

—El señor Dumas estaba diciendo esta mañana: "Hace tiempo que no he visto a mi amigo Fulano; me gustaría que viniese a comer hoy conmigo".

Y el bueno del amigo, gozoso de ir a se a mis deseos, venía a sentarse a mi mesa.

A los otros, menos delicados, Teodoro les permitía a decirles:

—Hoy habrá buena comida; véngase.

Invitado de esta suerte, el amigo, esto es seguro que no hubiese venido a comer.

Cito tan sólo una de las particularidades del señor Teodoro; si tuviera que hacer



novelista



de su personalidad, necesitaría para ello un capítulo entero.

—Pero retornemos a la visita anunciada por el señor Teodoro.

—Intruso en mi *robe de chambre*, subí al reticador. Allí hallé una joven hechicera, alta, deslumbradora blanca, ojos azules, cabellos castaños y dientes como perlas; llevaba vestido de terciopelo gris que le subía hasta el cuello, chal de seda árabe, y se tocaba con uno de esos preciosos sombreros a los cuales en

Alemania se les ha bautizado con el nombre de último ensayo.

La desconocida me tendió una carta, en la cual reconocí, de inmediato, la letra del pobre Zafiro.

Tomé la carta y la metí en el bolsillo.

—Y bien — me dijo la visitante, con marcado acento extranjero —: ¿no la lee?

—No es necesario, señora — respondí —; he conocido la letra, y me resultará muchísimo más

grato escuchar de su boca a qué debo el honor de verla a usted en mi casa.

—El deseo de conocerle personalmente: nada más.

—¡Bien!, pero me imagino que no habrá venido de Viena expresamente para eso.

—¿Qué se lo sugiere?

—Mi modestia.

—Sin embargo, y perdóneme que se lo diga, usted no goza fama de modesto.

—Reconozco que tengo mis días de vanidad.

—¿Cuáles son?

—Aquellos en que los demás me juzgan y yo me comparo.

—¿A los que le juzgan a usted?

—Es muy observadora, señora. Y, ahora, le ruego que tome asiento.

—¿Conque no me hubiera usted hecho semejante invitación si yo solamente fuera bonita?

—En efecto; le hubiera hecho otra.

—¡Dios mío! ¿Qué fatuos son los franceses!

—No tenemos nosotros la culpa.

—Pues sepa que al salir de Viena para Francia hice un propósito.

—¿Cuál?

—El de sentarme; ya ve usted qué sencillo.

Entonces me levanté y, luego de dirigir un saludo a mi interlocutora, le pregunté:

—¿Quería usted hacermelo el favor de decir a quién tengo el honor de hablar?

—Soy artista dramática, húngara, de nacimiento; mi nombre es Lili Bulyowski; tengo un marido a quien amo y un hijo a quien idolatro. Si usted hubiese leído la carta de nuestro común amigo Zafiro, ya estaría enterado de estos pormenores.

—¿Y cree que no ha ganado diciéndomelo usted misma?

—Sólo puedo expresarle que la conversación con usted toma un sesgo singular.

—Es libre de llevarla usted hacia al lado que más le convenga.

—Pero, hombre de Dios, si usted incesantemente la inclina a la derecha o a la izquierda.

—A la izquierda, sobre todo.

—Precisamente, es por donde no quiero ir.

—Entonces vayamos de frente y por el camino recto.

—Mucho me temo que no sea posible.

—Ya verá usted como sí... Repita lo que acaba de decirme. ¿Usted es...?

—Artista dramática.

—¿Qué representa?

—Todo: drama, comedia y tragedia; he representado casi todas sus obras dramáticas, desde *Catalina Howard* hasta la *Señorita de Belle Isle*.

—¿En qué teatro?

—En el de Pesti.

—¿En Hungría, entonces?

—Ya le manifesté que soy húngara.

Luego de oír esto, suspiré.

—¿Suspira usted? — me preguntó la señora Bulyowski.

—Sí; uno de los más gratos recuerdos de mi vida se relaciona con una de sus compatriotas.

—Cuidado; ya vuelve a ladear la conversación hacia la izquierda.

—La conversación, sí; pero no a usted. Figúrese que... Pero no, prosiga.

—No, señor. Usted iba a contar una historia; cuéntela.

—¿Para qué?

—¿Para complacerme! Recuerde que todo el mundo puede leerle, pero no todos escucharle.

—¿Quiere usted conquistarme por el lado del amor propio?

—¡Yo!, por ningún lado.

—Entonces, no nos ocupemos de mí. Prosigamos con usted; es artista dramática, húngara, de nacimiento, se llama Lili Bulyowski, tiene un marido a quien ama y un hijo a quien idolatra, y se ha venido a París para verme.

—Eso en primer término.

—Está bien; ¿y después de mí?

Perfección



—Es el nuevo corrector de inscripciones.

—Ver todo cuanto puede verse en París.
—¿Y quién la acompañará para ver cuanto en París se ve?

—Usted, si no tiene inconveniente en ello.
—Ya sabe que tan pronto nos vean dos veces juntos, las gentes van a decir...

—¿Qué?
—Que es mi amante.
—¿Y eso, qué importa?

—¿Enhorabuena!
—Enhorabuena, sí; pues aquellos que me conocen les constará lo contrario, y en cuanto a los que no saben quién soy, éstos no me interesan.

—¿Es usted filósofo?
—No; simplemente lógica. Tengo veinticinco años, y me dijeron tantas veces que era hermosa, que he imaginado que tanto valía creerlo, siendo verdad, como no sténdolo. Ya se figurará usted que no he venido de Pesth, sino en estar convencida de que tratarían de criticarme. Sin embargo, este tenor no me ha decepcionado; que critiquen!; mi arte ante todo.

—¿Entonces la traje a usted un asunto de arte?

—Así es; deseo conocer a los grandes poetas franceses; para ver si se parecen a los nuestros; y a los grandes artistas dramáticos que brillan en la escena parisiense, para saber si me queda algo que aprender de ellos; pedí a Zafiro una carta para usted, me la entregó, y asintió concluido. ¿Puede consagrarle algunas horas?

—Cuantas usted quiera.
—Pues bien, dispongo de un mes para permanecer en París, de seis mil francos para gastar, y de mil francos para regresar a Pesth. Supóngase que Zafiro le ha recomendado un estudiante de Leipzig o de Heidelberg en vez de una artista dramática del teatro de Pesth, y tratame como si realmente fuese así.

—¿Luego va usted a comer conmigo?
—Cada vez que esté libre.

—En esos días nos iremos al teatro.
—De acuerdo.

—¿Tiene inconveniente en que nos acompañe una tercera persona?

—Ni el más mínimo.
—¿Y no se afectará por lo que puedan decir?

—Si hubiese leído la carta de Zafiro se hubiera enterado de un pajarito dedicado por completo a este particular.

—Entonces, leeré la carta.
—¿Cuándo?

—Cuando usted se haya marchado.
—Pues bien: déme dos o tres cartas de reco-

mendación, y me voy: una para Lamartine; otra, para Alfonso Karr, y otra, para Duinas (hijo). A propósito de éste, me place expresarle que he representado su *Dama de las Camelias*.

—No lo daré carta alguna para él; si usted quiere, mañana comeremos juntos.

—Encantada. Me dijeron que madame Doche estaba inigualable en *La Dama de las Camelias*.

—También comerá con nosotros madame Doche, la cual se encargará de conducir a usted a donde se le antoje.

—A donde ella quiera llevarme. En este mundo hay que conceder algo al acaso. Ya me contará usted un día lo que le pasó con mi compatriota.

—Si le place...

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando voy se lo pida.

—¡Espiéndido!

—Ahora déme las cartas de recomendación; ya comprenderá que después de estar ahorrando para venirme a París, donde a lo mejor nunca más vuelvo a poner los pies, debo aprovechar el tiempo.

Bajé a mi estudio, escribí las dos o tres cartas que me había pedido la señora Bulowsky, subí de nuevo y se las entregué, al mismo tiempo que me inclinaba para besar su mano; pero la artista me dió, ingenuamente, un beso en cada mejilla, diciéndome:

—¿No le he dicho a usted ya que se imaginase estar con un estudiante de Leipzig o de Heidelberg?

—Sí.
—Entonces, a la alemana: un apretón de manos o un abrazo.

—Siendo así, venga el abrazo; en Francia existe un proverbio que dice: lo perdido sacar pronto. Así que hasta mañana; la espero a comer.

—Hasta mañana, pero ¿dónde comeremos?

—Aquí.

—¿A qué hora?

—A las seis.

—Muy bien; si demoro algunos minutos no me lo reproche.
—¿Y si se anticipa usted me está también prohibido agradecerle?

—No; su compañía me es sumamente grata, así que si vengo antes será para mi propia satisfacción. Hasta mañana.

La señora Bulowsky bajó rápida la escalera, y al llegar al rellano se volvió para dirigirme un último saludo.

Al llegar a la puerta de mi estudio me encontré con el señor Teodoro, el cual, sonriendo, me dijo:

—Ya ve usted, señor, que no soy tan torpe como supone.

—En efecto —repuse—; pero es más necio de lo que imaginaba.

Y cerré la puerta de mi estudio, dejando al pobre señor Teodoro completamente aturrido.

II

Durante el transcurso de un mes tuve el placer de ser acompañado a la mesa por la señora Bulowsky dos o tres veces por semana, y otras tantas la llevé al teatro.

Debo expresar que nuestras *estrellitas*, excepto la Raquel, apenas si le agradaron.

La Ristori no se hallaba en París.

Cierta mañana, la señora Bulowsky vino a mi casa, y me dijo:

—Mañana me voy.

—Por qué causa mañana?

—Porque me queda solamente el dinero indispensable para regresar a Pesth.

—Si usted me lo permite, yo le facilitaré.

—Gracias; he visto ya en París todo lo que quería.

—¿Cuánto le queda a usted?

—Mil francos.

—Le sobra la mitad.

—Es que no voy directamente a Viena.

—¿Se puede conocer su itinerario?

—Es éste: primeramente a Bruselas, luego Spa y a Colonia, subo el Rhin hasta Maguncia, y de Maguncia me dirijo a Manheim.

—¿Y qué diablos va a hacer en Manheim?

—Allá Werther se suicidó; y Carlota ya existe.

—Voy a ver a la señora Schreder.

—¿La trágica?

—Sí; la conoce usted?

—La vi representar una vez en Francia, pero he conocido mucho a su hija y a sus dos hijos.

—¿Sus dos hijos?

—Sí, señora.

—Sólo conozco a uno: Devrient.

—Este es el cómico; yo conozco al sacerdote, que vive en Colonia, cerca la iglesia de San Gedeón; si desea una carta para él...

—Gracias, a quien tengo interés en ver a la madre.

—¿Qué desea de ella?

—Como ya le he dicho, soy húngaro. El húngaro represento comedias, dramas y puestas. Pues bien, estoy harta de no sino a seis o siete millones de espectadores representar en alemán, para los treinta o cuarenta millones de hombres.

—Eso desoco ver a la señora Schreder, en alemán una escena delante de ella, me da esperanzas de que con un año de estudio pueda dominar los defectos de pronunciación y acento, vendo algunos diamantes a vivir a las poblaciones donde ella se rige como dacha de compañía, como ella, si quiere, y al cabo de un año me voy a los teatros de Alemania. ¿Qué opina?

—Que la admire, señora.

—No, usted no me admira; halla mil cillo eso que digo; soy desmesuradamente bicio; he alcanzado grandes triunfos, quiero conseguirlos mayores.

—Con la voluntad firme y decidida usted tiene, los conseguirá.

—Ahora a otra cosa: comemos juntos, ¿es cierto? Esta noche iremos por última al teatro; me facilita cartas para donde me detendré uno o dos días, de la cual expediré todo mi equipaje; nos despedimos, y me pongo en camino.

—¿Por qué despedimos?

—¿No termino de decirle que me voy?

—Se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Tengo un asunto pendiente en Viena, así que, en lugar de facilitarle las cartas me solía a la compañía; sola, se sea usted franca.

—Estaba segura de que me haría una proposición.

—¿Y estaba usted resuelta de aceptarla?

—¿Ya lo creo que estaba! Usted cuánto le quiero.

—Gracias.

—¿Quién sabe si volveremos a vernos. Bueno, pues, quedamos en que me despedimos el viaje.

—¿Mañana? ¿En qué tren?

—En el de las ocho de la mañana.

—¿Ya!

—Me queda muchísimo, que hace comprende que el último día...

—¿Qué?

—No saldremos juntos; nos encontramos en la estación como por casualidad.

—¿Por qué?

—Porque salgo con unos conocidos.

—¿Vienes?

—Sí.

Impaciente



—Si el mozo que me atiende ha sido secuestrado en la cocina, exijo que se lo ponga en libertad inmediatamente.

Abrieron mi puertecilla, y oí la voz del jefe de estación, que decía:

—Suba usted, señora, aquí es.

Tendi la mano y ayudé a mi hermosa compañera de viaje a subir los dos escalones.

—¿Por fin está usted aquí! — dijo.

—¿Le ha parecido muy largo el tiempo?

—¿Yo lo creo? me hallaba tan solo.

—Pues a mí, al contrario, me pareció largo porque iba acompañada. Por fortuna he cerrado los ojos y he pensado en usted.

—¿Ha pensado en mí?

—¿Qué tiene de particular?

—No soy yo quien se lo reproche; pero tengo curiosidad por saber de qué modo pensaba en mí.

—Lo más afectuosamente que se puede pensar de una persona.

—¡Bah! Quéde en ayunas.

—Le aclararé: le juro que le estoy agradecida en el alma por el modo como se ha conducido conmigo.

—¿No bromea?

—Le digo la pura verdad.

—Algo es algo; pero una vez que se encuentre en Viena va a reírse de mí.

—Se equivocó, pues no sólo soy una mujer honrada, sino que también creo tener talento.

—¿Y yo lo tengo o no lo tengo?

—Según el mundo, sí.

—¿Y según usted?

—Según yo, reúne un mérito más valioso: es usted hombre de corazón. Ahora abránceme y déme las buenas noches; estoy muy fatigada.

La abracé a la alemana o a la inglesa, como quiera el lector, recibiendo en recompensa un beso que, de haberme dado una francesa, hubiera sido por demás significativo; luego mi amiga se sentó en un rincón y se arregló para pasar la noche.

Yo la miraba hacer, mientras pensaba para mis adentros que era muy cierto que cuando un hombre pierde el respeto a una mujer es porque ésta quiere.

Lilá cambió dos o tres veces de posición, se quedó suavemente, abrió de nuevo los ojos, y, fijándolos en mí, me dijo:

—Resultantemente, creo que me hallaré más bien con la cabeza apoyada en su hombro.

—Si usted lo dice, así será — repuse, riéndome —, pero es indudable que yo voy a estar menos cómodamente.

—¿De modo que se opone?

—Nada de eso.

Mi compañera y yo estábamos frente a frente, por lo que cambié de sitio y me senté a su lado. Entonces ella se quitó el sombrero, se anudó un pañuelo de seda debajo de la barbilla, se acomodó en mi hombro, y al cabo de un instante me dijo:

—Así me encuentro maravillosamente, ¿y usted?

—¿Voy, carezco de opinión.

—Hasta mañana por la mañana, pues; tal vez entonces se habrá formado una. Dicen que la noche es buena consjera.

Lilá hizo todavía dos o tres casi imperceptibles movimientos, como el pajarillo que acomoda la cabeza debajo del ala, con su mano buscó la mía, me la oprimió suavemente en señal de buenas noches, articuló una palabra, que no pude entender, y se durmió.

Jamás experimenté sensación más singular que la que se apoderó de mí cuando sentí en mis mejillas el suave roce de los cabellos de aquella hermosa criatura, cuando sentí en mi rostro su aliento. El semblante de mi compañera de viaje había adquirido una expresión infantil, virginal, dulce, como nunca viera yo en mujer alguna dormida sobre mi pecho.

Después de haberla contemplado durante largo rato, poco a poco se me cerraron los ojos, para abrirlos de nuevo y volverlos a cerrar. Apoyé los labios en la frente de Lilá, murmurando a mi vez las buenas noches, y me dormí suave y deliciosamente.

Al llegar a Valenciennes, el jefe de estación en persona abrió la portezuela de nuestro compartimiento, y dijo en alta voz:

—¡Valenciennes! ¡Veinte minutos!

Lilá y yo abrimos los ojos simultáneamente, y nos echamos a reír.

—En honor a la verdad — dijo mi compañera — creo que nunca he dormido tan bien.

—¿Por lo que a mí respecta — repuse —, lo que voy a contestarle quizá sea poco galante: ni yo tampoco.

—Aparte de ser usted tan inteligente — me dijo Lilá —, le adorna un mérito notable.

—¿Cuál?

—El de que no le conozcan bien, lo cual proporciona sorpresas a los que entablan relaciones con usted.

—Me promete rehabilitar a los ojos de Zafiro?

—Se lo juro.

—¿Y enviaré algunas recomendadas?

—No, eso no.

—¿Y si me portará del modo que lo estoy haciendo con usted?

—Lo lamentaría en el alma.

—¿Y si de modo diametralmente opuesto?

—Me pondría furiosa.

—Pero, en resumen, ¿qué preferiría usted? Como no voy a mandarle recomendada alguna, es inútil que se lo diga.

—¿Quiere bajar en Valenciennes, o se queda?

—Me quedo; me encuentro demasiado bien. Lo único que voy a pedirle es que me permita cambiar de sitio y apoyarme en su hombro derecho.

—¿Halló usted que, como San Lorenzo, estoy bastante asado del lado izquierdo? Obre como le plazca.

Lilá acomodó la cabeza en mi hombro derecho como lo había hecho sobre el izquierdo, se durmió de nuevo y no volvió a despertarse hasta Bruselas.

—¿Desciende usted? — me preguntó.

—¿Pues si la haríamos buena! ¿Qué dirían sus amigos los vieneses al vernos juntos?

—Es verdad, me había olvidado de ellos. ¿En qué hotel se suele usted alojar?

—En el de Europa; pero en él tienen formado tan mal concepto de mí, que en bien de usted, preferiría hospedarme en otra parte.

—¿Elija.

—Entonces vayámonos al hotel de Suecia.

—Está bien; pero como usted llegará antes que yo, ordene que me preparen una habitación.

—Descuide.

—No me da un abrazo?

—Creo que no; si tanto lo desea, a usted corresponde hacerlo.

—Realmente es usted el ser más exigente que conozco — dijo la señora Bulyowski, alezándose y riéndose.

Una hora después, mi compañera de viaje se encontraba en el hotel de Suecia. La acompañé a su habitación y luego de besarle cariñosamente la mano, salí murmurando:

—¿Qué hermoso sería poder tener por una mujer!

Es innecesario decir que hice disponer un cuarto al lado opuesto del corredor.

Tomé un baño y me acosté.

Al despertarme, pregunté por Lilá. Habiendo salido ya y hecho cargar sus diez o doce libros, que debían viajar en pequeña velocidad, entretanto, ella efectuaba su peregrinación a busca de la señora Schröder.

Como todos los artistas acostumbrados a viajar con rapidez, mi compañera tenía la costumbre de arreglársela ella sola, como pudiera hacer el hombre más listo. En efecto, ella se acomodaba y ataba sus valijas, llenaba su maleta con sus maletines, y siempre estaba lista unos minutos antes de la partida; lo cual no me que tomarse nunca la molestia de exigirle una señora de su casa.

Mientras estaba yo preguntando por ella, vi entrar de regreso.

—¿Cree que había volado.

—¿Y así fué.

—Bien, sí; pero yo suponía que para ir a pre.

—Yo imito a las golondrinas: vuelvo al momento.

—¿Qué ha hecho usted?

—He facturado mi equipaje y recogido mis maletines, de modo que me quede con el equipaje, otro en mi maletín y varias cosas en mis maletines interiores. Ya ve que un estudiante no es como un hombre.

—¿Y cuándo se va?

—Cuando usted quiera.

—¿Pero no desea ver a Bruselas?

—¿Y qué hay que ver en ella?

—La iglesia de Santa Gudula, la plaza de las Casas Consistoriales y el pasaje de Huberto.

—¿Nada más?

—Y la Alameda Verde.

—¿Y después?

—Se acabó.

—Pues, condúzcame a un restaurante; quiero que me convenga a almorzar.

—¿Usted?

—¿Yo; los portes de mi equipaje me han costado más baratos de lo que creía: estoy listo.

—¿Qué comen en esta tierra?

—Ostras de Ostende, buey ahumado de Ostende.

—¿Y beben?

—Faro y lambic.

—Entonces, a beber faro y lambic, y a comer cangrejos, buey ahumado y ostras de Ostende.

—Vamos.

Les juro, lectores: amigos, que si mi compañera hubiese llevado pantalón y abrigo, lugar de faldas y capa, mi ilusión se desvanecería; pues me habría creído el amigo de un joven estudiante, en lugar de ser el amigo de una mujer encantadora.

Almorzamos, luego visitamos la iglesia de Santa Gudula, el pasaje de San Huberto, la plaza de las Casas Consistoriales, dimos una vuelta en derredor de la Alameda Verde, y retornamos al hotel de Suecia.

—¿Ya hemos visto cuanto hay que ver en Bruselas? — me preguntó Lilá.

—Todo, menos el museo.

—¿Qué encierra éste?

Centro o cinco Rubens magníficos, y dos Van Dycks maravillosos.

Por qué no me lo ha dicho antes?

¡Yo había olvidado.

¡Yo era un cicerone que me he echado a ver el museo.

¡El nos encaminamos. La excelsa artista, conocida a Shakespeare y a Schiller, a Virgilio y a Calderón, conocía también a Cervantes y a Van Dyck, y se expresaba sobre todo con el mismo discernimiento que lo respecto del teatro.

Al salir del museo, donde pasamos agradablemente dos horas, mi compañera me pre-

me falta todavía algo por ver en la capilla de Bélgica?

¿usted quiere, a la señora Plevel?

La señora Plevel! ¿La grande artista? ¿La de quien tanto me ha hablado Liszt?

¿La misma.

¿Y usted la conoce?

¿Puede presentarme a ella?

¿De media hora.

¿En coche!

La aristocrática húngara hizo señas a un cochero, acudió presuroso, y, al conocerme, abrió la portezuela.

De las cosas que más admiraban a mi señora de viaje era la popularidad ésa que no sólo en París, de cada diez personas que pasan a mi lado, cinco me saludan en la cabeza o con la mano, sino que luego me siguen, seguido en provincias, traspasa la frontera y me acompaña en el exilio, y como habíamos llegado a Bruselas, ciudad, inclusive los cocheros, no eran raros que, de cada diez, ocho me cono-

cían al coche para trasladarnos a casa de la señora Plevel; y como ésta vivía muy lejos del barrio de Schaerbeek, mi hermosa señora tuvo tiempo sobrado para interrogarme respecto de la maravillosa artista a quien iba a visitar, y yo para responder a sus preguntas.

Después de veinticinco años que yo conocía a la señora Plevel. Un día me la anunciaron, cuando yo no tenía otra aureola que la celebridad de su marido, y vi entrar en mi casa a una mujer delgada, morena, de blanca dentadura, grandes ojos negros y expresión vivaz.

¡Inmediato comprendí que tenía ante mí al artista.

¡Efecto, fluctuando en la indecisión, sin saber en ella un corazón entusiasta, la buena artista ignoraba todavía hacia qué arte se inclinaba, y tenía a pedirme consejo de lo que debía hacer.

En aquel tiempo la señora Plevel creía que porvenir estaba en el teatro, y yo presenté a la artista entre manos el Kean, me llevé a mi estudio, tomé mi manuscrito, lo llevé a la escena entre Kean y Ana Damby, la situación era idéntica, y se la leí.

¡Ella era un inconveniente, la señora Plevel no quería: estaba casada, y, por lo tanto, para salir en el teatro era menester que rompiese ciertas consideraciones sociales cuyo arreglo me es siempre sangriento y doloroso.

¡Que la dicha de convencerla, al menos momentáneamente, de que todos los triunfos de la escena no se pueden comparar a la plácida monotonia hogareña.

¡"¡Oh lana y fué mujer casera" — escribían los antiguos romanos en la tumba de sus ma-

ladas! En un espacio de uno o dos años no había yo hablado más de la señora Plevel, cuando me ocurrió un día que le había sucedido una desgracia: había sido víctima de un infame impostor, que ya he olvidado, y que la obligó a retirarse.

Después de su desventura tan grande, que la buena señora sólo pensó en abandonar a Francia en

Modernas cocinas a gas de kerosene

VOLCAN

de líneas elegantes, enluzadas en color verde nilo y muy convenientes por su confort, higiene, economía y rapidez.

Facilidades de pago.

Solicite catálogo gratis N° 19, C.

En venta en todas las casas del ramo de la República.

CUARETA Y CIA
Aلسنا 968 • 38-8511 • Bs. Aires



*No abuse
de los
purgantes!*

**Reeduke
su
intestino**

Muchas personas hacen un abuso increíble de purgantes y laxantes, ignorando, posiblemente, que a cambio de un alivio momentáneo, irritan gravemente las mucosas intestinales y agravan el estreñimiento.

A estas personas conviene conocer el Peptógeno Ruxell, que favorece la digestión y asimilación, así como todo el ciclo de la función digestiva, en forma natural, es decir proveyendo al estómago de peptonas y estimulando la acción peristáltica del intestino.

Peptógeno Ruxell

REEDUCA EL INTESTINO

Bautizo



—¡Pero, señora! El traje de baño es completamente innecesario.

compañía de su madre, y no se acordó de mi. Ambas vivían en Hamburgo, en la miseria, cuando un día, al pasar por delante de una casa de instrumentos de música, a la señora Pleyel le asaltó un irresistible deseo de entrar en ella, cual si hubiese querido comprar un piano, para fortalecer su corazón con un poco de armonía.

En aquella época la señora Pleyel no era la admirable artista de hoy; a pesar de todo, la desgracia había avivado en ella la llama del numen. Sentóse al piano y dejó caer los dedos sobre el teclado, del cual, y a los primeros acordes, arrancó desgarradores lamentos.

El comerciante, que no la conocía, y que sólo la había tratado como se acostumbra a tratar a todo comprador, se acercó a ella y la escuchó con verdadero recogimiento.

La ejecutante no tocaba pieza alguna conocida; improvisaba; pero su improvisación era síntesis de cuanto había sufrido durante los tres meses últimos: decepción de amor, dolores, desilusiones, lágrimas, desierto. Había hasta los terribles gritos del buitre que se cernía sobre su cabeza: el hambre.

—¿Quién es usted y en qué puedo servirle? —preguntó el comerciante a la señora Pleyel, cuando ésta hubo terminado.

La infeliz se echó a llorar y le contó las desgracias que la abrumaban.

Entonces el buen hombre le dió a entender cuán severo pero sublime maestro es el dolor, y le habló sobre la vía misteriosa por la cual la Providencia la empujaba a la fortuna, a la ilustración y quizá a la gloria; y como ella dudase de sí misma, la tranquilizó, hizo llevar a casa de la desdichada el mejor piano que tenía en su depósito, y la instó para que diese un concierto.

—Un concierto! ¡Dar un concierto ella, que no había veinticuatro horas ignoraba que ardiese en su corazón la llama del arte!

El comerciante insistió, encargándose de los gastos y respondiendo de todo.

La pobre María se decidió.

Llamábase María, como la Dorval y la Malibran.

Yo he sido el amigo íntimo de estas tres ilustres y desventuradas mujeres. Y hago mal en decir desventuradas, al contrario, al nombre de María Pleyel debe agregarse el de *debutante*, dichosa, porque su concierto alcanzó brillante éxito, y porque entonces vislumbró la serie de triunfos que le reservaba lo porvenir.

Por espacio de seis años, San Petersburgo, Viena y Dresde la colmaron de triunfos, hasta que regresó a Bélgica, su patria, donde se le hizo justicia, y la nombraron profesora del Conservatorio.

Entonces fue cuando María Pleyel volvió a París, adonde la precediera su fama, y dió algunos conciertos que despertaron el más vivo entusiasmo y me proporcionaron la ocasión de verla nuevamente.

Corrido el tiempo, después del 2 de diciembre, hice un viaje a Bélgica, y por tercera vez la encontré.

Cuando llamamos a la puerta de la artista, la señora Bulyowski la conocía tan bien como yo.

—¿Cuanto va a alegrarse la señora! — exclamó la cunata al reconocernos.

Y sin cerrar la puerta, entró corriendo en el salón pronunciando mi nombre a grandes voces.

—Y bien, — pregunté a mi compañera de viaje —, ¿le parece a usted todavía que no van a recibirnos con agrado?

Lilá no había tenido tiempo de responder, cuando María Pleyel venía ya a nuestro encuentro, majestuosa como una reina, graciosa como una artista.

—Primeramente bénsese ustedes, después va trabarán conocimiento — dije a las dos mujeres.

Mi compañera de viaje echó los brazos al cuello de María Pleyel, y yo, por un instante, me quedé admirando a aquellas dos criaturas tan diferentes de aspecto y tan hermosas ambas, aunque de belleza opuesta.

La señora Bulyowski, delgada, flexible, rubia y sonrosada, era efusiva, como las húngaras; la señora Pleyel, alta, de formas admirablemente marcadas, era morena, sosegada, casi severa. El escultor que hubiese sabido trasladar al mármol aquel grupo, reproducir aquellas dos naturalezas tan encontradas, hubiera alcanzado un renombre immortal.

Después que se hubieron abrazado, las conduje del brazo hasta el salón, y sentándolas una a mi derecha y la otra a mi izquierda, expliqué a la señora Pleyel el objeto de nuestra visita.

—Es decir que usted tiene deseos de oírme? — preguntó la artista a mi compañera.

—Me muero por ello.

—Es lo más fácil del mundo. Viene acompañada de un hombre que goza del privilegio de conseguir de mí cuanto se le antoja.

Yo, que todavía no había abrazado a la señora Pleyel, me aproveché de lo que ésta acababa de decir para estrecharla entre mis brazos.

—¿Qué sonata le parece a usted que será del agrado de su amiga, la trágica? — me preguntó en voz baja la artista.

—Algo parecido a lo que usted tocó en casa del vendedor de pianos de Hamburgo.

Por los labios de María cayó una triste sonrisa que recordaba sus sufrimientos pasados, y sus dedos fueron arrancando un arrobador preludio.

—¡Ah! María, María — le dije; es usted dichosa, y no es dicha lo que le pedimos.

—¿Y si el corazón revienta de alegría?

—Pondré encima de él la mano y evitaré que estalle.

La señora Pleyel me miró, encogió imperceptiblemente los hombros y empezó.

Sería difícil expresar lo que me tocó aquella gran artista. Sólo diré que nunca, heridos por mano alguna, el mármil y la madera han producido acordes semejantes a los que de ellos arrancó María; por espacio de una hora seguida fueron sucediéndose las más penetrantes sensaciones y los dolores más embragadores; el piano mismo parecía sufrir, quejarse, gemir, dar lamentos.

Por fin, al cabo de una hora, María se levantó y me dió con hondo dolor:

—No tiene usted compasión de mí; ¿no ve que me está matando?

Entonces volví la mirada hacia la señora

Bulyowski. Estaba pálida, temblorosa, casi desvanecida.

Una u otra eran dignas de sí mismas.

Las dos mujeres se abrazaron de nuevo, y yo, temiendo más por mi compañera de viaje, de naturaleza endable y nerviosa, que por la robusta y enérgica complexión de María Pleyel, me llevé a la señora Bulyowski, a quien ya en la calle, pregunté:

—¿Quiere usted ver algo más en Bruselas?

—Puede quererse ver algo más, después de haber visto y oído a esa mujer admirable?

—Entonces, ¿qué hacemos?

—En lo que a mí respecta, salgo para Spa, ¿y usted?

—¿Caramba! ¿Yo?, le digo a usted.

Veinte minutos después, el tren nos llevaba, rauda, hacia la ciudad balnearia, donde rema el juego y el placer.

III

Ya ubicados en nuestros respectivos asientos, mi compañera, dominada todavía por la emoción que le causara la visita a la Pleyel, dijo, suspirando:

—¿Qué artista más admirable!

—Usted es tan grande como ella, mi querida Lilá, pues la comprende.

—Sin embargo, me trastornó por ocho días.

—¿Por qué?

—No me queda nervio sano en todo el cuerpo — respondí, con un suspiro, Lilá.

—¿Quiere usted que procure calmarla?

—¿De qué modo?

—Magnetizándola. Estamos solos en el salón, y tiene usted suficiente confianza en mí para decirme, después de un instante, si es verdad? Cuando despierte, si no curada de todo, al menos se hallará aliviada.

—Inténtelo usted; pero le prevegno que los magnetizadores han fracasado siempre que se sieron adormecere.

—Porque se ha resistido. Sonátase voluntariamente, y verá que si no la adormezco de todo, al menos la amodorraré.

—No me resistiré; se lo prometo.

—¿Qué es lo que siente?

—Gran calor en la cabeza.

—Pues se cubra con lo que hay que cubre en primer término.

—Sí; pero ¿cómo va usted a arreglárselo?

—No me lo pregunte; no he estudiado magnetismo como ciencia, lo he sentido intuitivamente. Lo practiqué para darme a mí mismo de su poder y de sus efectos. Después escribí el doctor *Bálsamo*, y luego, como me lo han rogado; pero nunca por gusto, fatiga excesivamente.

—Enhorabuena, pero lo menos esto prueba es usted hombre de buena fe; pero eso sí, yo quiero decir que el magnetismo está en usted fuera de lo material.

—Aclaremos, en mi concepto, parte del poder del magnetismo pertenece al mundo físico, y, en consecuencia, material, y esta parte a ver si se la explico filosóficamente. Como la naturaleza hubo creado al ser racional, obstante ser muy previsor, no tuvo la idea de las leyes que iban a regir la vida humana; antes de pensar en crear al hombre y a la mujer, había, como en las otras especies animales, pensado en crear la vida a la hembra. Lo principal para dar origen de cien pechos, para la Cibeles griega, para Buena Diosa romana, era la reproducción de las especies. De ahí la lucha eterna de los instintos y pasiones contra las leyes que nos rigen; de ahí también la servidumbre que el hombre impone a la mujer y la acción de ésta hacia el hombre. Pues uno de los mil medios empleados por la naturaleza para alcanzar su propósito es el magnetismo. Los efluvios físicos son otras tantas corrientes que arrastran al débil hacia el fuerte, y esto es tan verdadero que puedo

que el magnetizador adquiere un influjo sobre el sujeto a quien magnetiza, lo cuando éste está dormido, sino cuando está despierto.

— ¿Tiene la desfachatez de confesármelo?

— Por qué no?

— Pero en el instante en que se propone hacerme!

— Soy o no soy para usted un hombre hon-

— Yo creo honrado, y la prueba de ello está en su conducta para con usted; porque ¿qué me diría decir que yo soy su amante?

— Y qué ganaría con semejante mentira?

— Caramba! ¿Qué sé yo lo que eso halaga a sus presuntuosos?

— Como!, querida Lili, ¿y usted ha podido creer que tuviese la peregrina idea de ser oír por tal?

— En mi tierra me habían dicho que era un hombre más vanidoso de Francia.

— Es probable; pero mi vanidad no ha tenido nunca por objetivo, ni en mi juventud, eso que usted acaba de decir. Cuando se goza de una fortuna o celebridad, no queda tiempo de buscar, ni se tiene necesidad de mentir.

— Cuando del brazo a las mujeres más herosas de París, Florencia, Roma, Nápoles, Madrid, Londres, y con frecuencia no sólo las hermosas, sino las más encumbradas, y me he proferido palabra alguna que pudiese a entender — fuese quien fuese la que se me iba en mi brazo — que por dicha mujer expresase yo otro sentimiento que el respeto y agradecimiento que he sentido siempre por una mujer que se colocaba bajo mi protección.

— Si era débil, o me tomaba bajo la suya poderosa.

— Es realmente singular el modo cómo la naturaleza forja la reputación de la gente — murmuró Lili, entredientes, y fijando en mí sus ojos.

— En una continuación agregó:

— La cabeza es un verdadero volcán; adoro a usted.

— Incorporé del asiento, le quité el sombrero, le soplé la cabeza, pasando después de soplar la mano por sus ojos, hasta que

— Me siento mejor, la cabeza se me despeja.

— Entonces volví a sentarme delante de mi silla y apoyé la mano en la parte superior de su frente, diciéndole en voz baja, pero suavemente:

— Ahora, duerma.

— Los minutos después, Lili dormía con la cabeza de un niño.

— Mi compañera de viaje ni yo habíamos nunca en Spa; ninguno de los dos conocía el nombre de las estaciones, y, sin embargo singular, al partir de la última, antes de llegar a la de término, aquella empezó a balbucear algunas palabras ininteligibles.

— Me toqué los labios con la punta del dedo índice, y le dije:

— ¿Está usted en voz clara?

— Llegamos; despiérteme.

— Yo hice, y, efectivamente, cinco minutos después los frenos de la locomotora anunciaban que llegábamos a la estación.

— Mi compañera se sentía mucho mejor.

— Nos alojamos en el hotel de Orange, el más elegante de la población, y, como aun durante la temporada de baños, aquí estaba casi

— Solo quedaban sino dos habitaciones que se comunicaban entre sí, con la única salvedad que la puerta de comunicación estaba oculta a cada lado de ella por la cama. De cada parte la puerta quedaba asegurada por la cerradura, y de la otra por un cerrojo.

— Es necesario decir que la puerta se abría al lado de la cerradura.

Hice notar a mi compañera la disposición del albergue, y luego mandé llamar a la dueña de la casa, para que por su boca misma tranquilizase a aquella, asegurándole que en tal contigüidad no había trampa alguna. Además, dejé a su criterio la elección de habitación.

Lili escogió el lado del cerrojo, rogándome tan sólo que arrimase mi cama a la pared, en lugar de dejarla pegada a la puerta, lo que me apresuré a realizar.

Eran las diez de la noche; mi compañera de viaje tomó una taza de leche y se acostó con algunos dolores de estómago, pero con la cabeza tranquila y despejada.

Yo cené más suculentemente; luego saqué de mi malerin un tomo de *Michélet*, me acosté y me puse a leer las admirables páginas del gran filósofo.

Al cabo de una hora de lectura, y en el instante en que terminaba de apagar la luz, oí llamar suavemente a la puerta de comunicación.

Creí haberme engañado; pero al llamamiento siguieron estas dos palabras pronunciadas en voz queda:

— ¿Duerme usted?

— Todavía no; y, según parece, usted tampoco.

— No me encuentro bien.

En efecto, la señora Bulyowsky hablaba con voz alterada.

— ¿Qué le pasa?

— Tengo horribles calambres en el estómago.

— ¡Valgame Dios!

— No se sobresalte: esto suele sucederme de vez en cuando; padezco, sí, pero no es cosa grave.

— ¿Quiere usted que llame?

— Es inútil; ni el éter me produce ya efecto alguno.

— ¿Y cree usted que yo pueda tener más poder que el éter?

— Tal vez.

— Dígame de qué manera.



Preparado de hormonas del Dr. Richard Weiss

Virilinet

es indicado en la debilidad sexual, impotencia, depresiones, fatiga, nerviosidad, insomnio, debilidad, flaqueza y falta de energía.

EN VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Destino



—Ha llegado una nueva ganadora de un concurso de belleza. ¿Queda todavía vacante algún puesto de camarera en el restaurante del estudio?

—Trate de adormecerme.

—Al través de la puerta?

—Sí.

—No respondo de conseguirlo; pero voy a probar.

Me esforcé en hacer penetrar mi voluntad en la habitación aquella, de la que me desterraba el pudor de la enferma; pero sólo obtuve un éxito mediano.

—¿Qué tal? — pregunté.

—Me voy adormeciendo, pero continúan los padecimientos.

—Para que cesase el dolor, sería necesario que pudiese yo tocarle el pecho como le he tocado la cabeza.

—Lo cree usted así?

—Estoy seguro.

—Pues si quiere entrar, acabo de abrir el cerrojo.

Al instante me vestí, y, guiado por la luz que de la puerta pasaba al través de las hendiduras de la puerta, me encaminé hasta la llave, a la que di una vuelta, y después de haber hecho correr los pasadores de arriba y de abajo, abrísele las dos hojas.

Mi primera mirada fué escrutadora; ¿mi vecina estaba representando una comedia, o realmente sufría?

Lili aparecía pálida, tenía los labios crispados y los músculos del rostro le temblaban a impulsos de ligeros movimientos convulsivos. Le así una mano, y la hallé fría, húmeda y temblorosa; realmente mi compañera estaba sufriendo.

—¿No le admira — me preguntó la señora Buljowski — que en vez de llamar a una camarera del hotel y pedir un calmante, lo llame a usted y le prive de dormir?

Al contrario, me pareció lo más sencillo y natural.

—Voy a confesarle una cosa.

—¿Bah! ¿que me anda usted, acaso?

—Ya sabe que le quiero, y mucho, pero no se trata ahora de eso... Espere usted, estoy sufriendo.

En verdad, el rostro de la enferma adquirió tal expresión de dolor, que no había lugar a dudas.

Pasé el brazo por debajo de la cabeza de mi compañera y la levanté; ésta se atizó, estreñeciéndose el cuerpo y quedó inmvil.

—Ya ha pasado — dijo.

—Alba a decirme algo, a hacerme una confesión?

—Sí; iba a confesarle que mientras estaba dormida en el vagón, mi sueño no sólo era tranquilo, sino de una suavidad desconocida para mí hasta entonces. Adormézcame usted, pues, se lo ruego; estoy segura de que si lo consigue van a cesar mis dolores.

—¿Y no teme usted que yo la adormezca, encontrándose en la cama y yo a su lado?

Lili fijó en los míos sus magníficos ojos negros, en los que se reflejaba la más grande admiración, y me dijo:

—¿No me ha interrogado ya si lo consideraba hombre honrado, y no le he respondido a usted que sí?

—Es cierto, me había olvidado.

—Pues entonces trate de adormecerme, porque en realidad padezco mucho — añadió, llevándose una mano a la frente.

—Pero ahora no siente usted el dolor en la cabeza — repuse —, y para que éste cese a medida que la domine el sueño, considero necesario que mi mano toque el sitio donde radica el mal.

Lili me tomó una mano y la llevó a la altura de su estómago, pero dejando la sában a y la mant a entre aquella y su pecho.

Yo moví suavemente la cabeza y encogí los hombros.

—Pruebe usted de este modo — me dijo mi compañera.

—Está bien; niñerme. No dudo de que voy a adormecerla, pero si de que la cure.

Lili no contestó, y sin apartar de mí los ojos, continuó apretándome la mano en el sitio donde la había puesto.

Poco después la enferma cerró los párpados, los abrió nuevamente y, volviéndolos a cerrar, se adormeció.

—¿Duerme usted? — le pregunté al cabo de un instante.

—No muy bien.

—¿Qué es necesario para que duerma mejor?

—Apoye la mano en mi frente.

—¿Y los dolores del estómago?

—Ante todo adormézcame — respondió, soltándome la mano, que yo apoyé en su frente.

—¿Duerme usted? — volví a preguntarle de nuevo a los cinco minutos.

—Sí.

—¿Bien?

—Bien; pero continúo sufriendo.

—¿Qué hay que hacer para que cese el dolor?

—Ponga usted la mano en mi con la intención de sacármelo.

—¿En qué sitio?

—En el estómago.

—Coloque usted misma mi mano donde siente el dolor.

Entonces, y sin vacilación alguna, Lili levantó la manta, me tomó la mano y la colocó sobre su camión, tan castamente como lo hubiera hecho una hermana.

Para estar más cómodamente me arrodillé y apoyé la cabeza en la cama.

Media hora después mi compañera de viaje respiró y me soltó la mano.

—¿Cómo se encuentra — le pregunté.

—Ya no sufro.

—¿Quiere que continúe a su lado?

—Algunos instantes más; y luego, transcurridos pocos minutos, añado:

—Gracias; si no fuera por usted, hubiese padecido atrocemente durante dos o tres días. Ahora...

—Mi compañera vaciló.

—¿Qué?

—Sea tan bondadoso conmigo como yo he sido confiada con usted.

—Está bien; comprendo lo que quiere decir — le contesté sonriendo y retirando la mano, en tanto que ella con la suya me la oprimía suavemente. Luego añadió: — ¿Quiere usted que apague la luz?

—Como guste.

—¿Y si vuelven los dolores?

—No volverán. Por otra parte, en el caso de su mesa de noche hallará usted fósforos. Soplé la bujía, busqué la frente de Lili y apoyé en ella los labios.

—Buenas noches — me dijo ésta con la tranquilidad de una virgen.

Cerré de nuevo la puerta y me acosté por segunda vez.

Al siguiente día, no bien me desperté, hallé a Lili cantando alegremente.

—¿Qué tal, amable vecina — le pregunté — está ya resablada del todo?

—Completamente.

—¿De veras?

—Se lo aseguro.

En efecto, mi compañera se encontraba bien, que no tuvimos inconveniente en tomar una espléndida comida con que nos agasajó el inspector general de montes; y, a la vez, salimos para Aquisgrán.

Entre ambos convivimos en que yo llegase hasta Mannheim.

IV

Para ir de Spa a Colonia, hace veinte años que realizar el viaje de la siguiente manera: hasta Lieja en tren, y el resto del camino en diligencia. En la actualidad, el ferrocarril se efectúa completo en ferrocarril.

Es motivo de satisfacción para mí el haber suprimido la parada de Lieja, pues voy bastantes años que estoy en pugna con buena ciudad valona, la cual no me ha dado todavía a que en mis *Impresiones de viaje* haya dicho que en ella era peor hambre. Además, me han asegurado que el dueño de la fonda de Albión, donde estubo de que me sucediera esta desgracia, había buscado por toda Europa para su satisfacción de semejantes palabras. Por eso, me encontraba yo en aquel entonces en África, donde, justo es confesarlo, contaba una vez por que en su fonda.

Respecto a la suerte que el fondista servaba, me hubiera sido más difícil decirle, puesto que durante el curso de su carrera había recalcado a otros *Impresiones de viaje* maestro de postas de Martigny, el mismo en 1832 me sirviera aquel famoso bifido, oso que ha dado la vuelta al mundo, a la igual que la serpiente marina, nos ha por conducto de los periódicos americanos.

Por lo que concierne a dichos establecimientos industriales, aquí me confieso el dueño de la fonda de Albión estaba en derecho de tenerme enojado, al maestro de las no le asistía motivo alguno de molestia desgraciado.

Un hosteler de mi patria habría pasado el peso de un reclamo de tan mala suerte, éxito, y hubiera labrado una fortuna al do el siguiente letrero encima de la puerta de su casa: *Al bifteck de oro.*

Por lo demás, tal vez se haya hecho haber apelado a este recurso.

Después de 1832 he pasado en Martigny, y el mencionado maestro de postas, que, dicho sea de paso, no me creyó apresuré a cambiar el tiro de mi coche de sanote y gordo como hombre exento de v y remordimientos.

—Válgame Dios!, ¿qué hubiera llegado a conocerme?

Prosiguiendo, diré que llegamos a Colonia las seis de la mañana de un esplendoroso y nos fuimos en seguida a la agencia de viajes para tomar pasaje. El buque no estaba a las ocho; en consecuencia, podíamos permanecer de dos horas.

—¿Quiere usted descansar un rato en un baño? — pregunté a mi compañera.

—Tomaré un baño.

—Bueno, pues la acompañaré.

¿Sabe dónde están?

Desde luego. Siempre sé dónde se encuentran los baños de las ciudades que he visitado. ¿vez en el establecimiento al que nos vamos, y al hacer el dueño a Lili esta pregunta: "¿Toma usted un cuarto o dos?" ¿o algo su pudor; pero yo me apresuré a responder: "Dos".

¡Fuéronnos a dos cuartos de baño tan baratos como lo estaban nuestras habitaciones de Spa.

Los mandado llevar nuestros equipajes reducidos, por lo que se refiere a Lili, a valija, y por lo que a mí toca a un maletín, al vapor de Maguncia, por lo que, al del baño, seguimos el camino de aquellos de nuestra entrada en Prusia, mi compañero de viaje, que sintiera crecer su importancia había convertido en mi intérprete y en su cargo las discusiones monetarias.

Me tiene decir que el viaje por el Rhin es de los menos costosos del mundo; por causa de cinco tales, es una verdadera ventaja. Se puede remontarse el río, ilustrado por un pintado y cantado por Körner, desde Colonia hasta Maguncia, y, por idéntica cantidad, volverlo desde Maguncia hasta Colonia. En lo que respecta a la comida, los platos están baratos, pero son execrables; caros, caros... y malos.

En mi juicio, la reputación de que gozan los vinos de los Rhin, sazonados a la sombra de los guirrieros, es infundada. El *liebfraumilch* de Bismarck, el *leche de la Virgen* y el *leche de la montaña negra* — no son sino resaca de la montaña negra, voy a decir en cuanto al *johannisberg*, voy a decir una paradoja para referirme a él, y es para mí no existe vino bueno cuando cuestiono vinos franceses la botella.

Al partir de Colonia, aunque la lista sea francesa, la cocina es completamente prusiana. No cree comer un plato agrio, y se lo dan a se pide algo que está azucarado, y le dan una manjar azucarado con pimienta; se el pan en una salsa que se cree de esto y resulta que se come mermelada.

La primera vez que en Alemania pedí comida, la devolví al camarero, diciéndole que estaba llena de agua que estaba se conocía que estaba olvidado de sacudirla. El camarero tomó la fuente, la ladeó y me con extrañeza.

¿Qué mira? — repuse.

¿Es lo que usted ha tomado por agua no sino vinagre — respondí.

¿Que la dichosa ensalada iba a relajarme el estómago? — no sabía a nada.

En todos los pueblos del mundo el vino vinagre es la ensalada; en Alemania ocurre a la izquierda ésta en el vinagre.

En Alemania, la cocina tiene gran participación en las costumbres de sus habitantes, los que se han azucarado en el vinagre y melifican el

vinagre en el café si que no sé qué es lo que se toma. Por eso aconsejo a los franceses que cuando van en un vapor del Rhin que jamás tomen con leche.

Quiero decir con esto que en Francia se beben café con leche; sólo quiero establecer en Alemania, se toma un café detestable. Comienza en Quivrain, y va en aumento progresivo hasta Viena.

¿Que me lea no creerá que el problema, resolver tan sencillo, de por qué generalmente en Francia se toma café malo tiene una solución política.

Como he dicho, sí, señor, y no me rectifico. En Francia se ha tomado buen café desde que lo inventaron hasta el sistema continental, decir, desde 1600 hasta 1800.

En esta última época, el azúcar costaba ocho veces la libra, y el café diez; lo que nos traía al azúcar de remolachas y la achicoria.

El adulador del imperio ha dicho: La achicoria es refrigerante.

Parece increíble lo que puede obligarse a hacer al pueblo francés con la palabra *refrigerante*.

No falta quien haya expresado que Francia era el pueblo más vivo de la tierra, cuando debiera haber dicho el más calentado.

Las cocineras se han valido de la palabra *refrigerante*, y, abroqueladas con ella, cada mañana envenenan a sus amos mezclando con el café una tercera parte de achicoria.

Todo, absolutamente todo, lo conseguirán ustedes de su cocinera; que no prodigue la sal, que agregue pimienta a los manjares, que se contenten con el sueldo por franco que le proporcionan el camarero, el especiero, el frutero, etc.; pero no lograrán jamás que no eche achicoria en el café.

La cocinera más mentirosa es desvergonzada cuando se trata de la achicoria; confiesa que la usa, hace alarde de ello.

— Esto le hará entrar a usted en calor — dice a su amo, y por su bien la mezcla con el café. Si llegan a despedirla, sale de la casa con la cabeza erguida e insultando a la mirada.

¿Es una mártir de la achicoria?

Estoy completamente convencido de que existe una sociedad secreta entre las cocineras; una caja de socorros para las achicoriadoras.

Así, pues, los especieros, cuando han visto semejante admiración, se han aplicado la máxima: *Audite et intelligite*.

Y ellos han comprendido, a pesar de que no gozan fama de ser muy inteligentes.

En otros tiempos, dichos especieros, llevados por un resto de vergüenza, vendían la achicoria separada; pero actualmente venden café con achicoria, como se expende chocolate con vainilla.

¿Y cómo se han aferrado al vicio de la mala digestión los especieros?

Eso es lo que dije a mi compañera de viaje cuando le oí pedir, en alemán, café con leche; pero, ¿sabe usted qué le respondí a mi observación? Pues lo siguiente: que como la achicoria era buena para la sangre, no la aborrecía.

Con lo cual se puede afirmar que la teoría de "la achicoria es refrigerante" ha penetrado en Alemania, hasta en Hungría.

Como sentía cierto desagrado al ver los labios de mi compañera de viaje, frescos como pétalos de rosa, y sus dientes, blancos como perlas, en contacto con el inmundado brevaie, me separé de ella y fui a pasarme por la proa.

A lo lejos empezaba a dibujarse el azul más subido de las grandes colinas que bordean el Rhin, las cuales, estrechándose, forman el pintoresco paso del Loreley.

Cuando juzgué que la señora Bulyowski había bebido su taza de café con leche, volví a su lado, y la hallé conversando muy animadamente con una hermosa mujer de veintitrés a veinticinco años, rubia, gruesa, de apacible semblante y de talle flexible.

Al acercarme a las dos interlocutoras, me pareció notar que no sólo se ocupaban de mí, sino que creí adivinar el tema de su conversación. Al vernos llegar juntos a Lili y a mí, a bordo, la hermosa vienesa — que de Viena era la dama rubia — preguntó a mi compañera qué parentesco nos unía. Lili respondió la verdad, o sea, que éramos amigos; a lo que su interlocutora, como era natural, no quiso dar crédito alguno.

Por la forma respetuosa con que le habló a la señora Bulyowski, su compatriota pudo notar que ésta le había dicho la verdad.

La conversación se generalizó. Lili me presentó a la hermosa viajera, diciéndome que ésta era apasionada admiradora de la literatura francesa, lo cual me permitía tomar mi parte de la admiración repartida entre mis compañeros de letras.

Desconozco el nombre de la hermosa vienesa — que dicho sea de paso hablaba el francés como una parisense —, y por consiguiente el retrato que de ella he trazado no puede comprometerla; pero puedo asegurar que, de haber



Dolores en las Coyunturas

Punzadas como puñaladas.

Rigidez de las articulaciones.

Es sabido que el exceso de ácido úrico es la causa más frecuente de los dolores e inflamaciones que atacan las coyunturas. Los microscópicos cristales de ácido úrico presentan el aspecto de trozos de vidrio. Es fácil comprender cómo irritan y laceran los tejidos de las articulaciones.

Las Píldoras De Witt para los Riñones y la Vejiga se elaboran especialmente para combatir estos dolores.

Por su acción directa sobre los riñones — importantes órganos de eliminación — facilitan la expulsión del exceso de impurezas, tales como los cristales de ácido úrico.

Las Píldoras De Witt son un medicamento fácil de tomar. Cincuenta años de éxito son su mejor recomendación.

En frascos de dos tamaños, conteniendo 40 y 100 píldoras.

PILDORAS DE WITT

PARA LOS RIÑONES Y LA VEJIGA

Inusitado



—¿Qué le pasa, Peebles; sufre usted del estómago, que no sale a tomar el té?

hecho los dos el viaje que con Lili estaba efectuando, después de cuatro días y otras tantas noches hubiera mentido al presentarme como amigo.

Entretanto, el sol iba subiendo sobre el horizonte.

—¿Dónde ha puesto usted mi sombrilla? — me preguntó mi compañera de viaje.

—Está abajo, en la cámara, con mi malerín. Al incorporarme, Lili me tendió la mano con la proverbial gracia que constituía el mérito principal de la señorita Mars, y me dijo: —Dispénsame usted la molestia que le causo. Yo hice un movimiento como para besarle la mano.

—Espere usted — añadió la señora Bulyowsky, quitándose el guante.

Besé la mano que mi compañera de viaje me tendía y fui a buscar la sombrilla, aunque no sin volver el rostro al poner el pie en el primer peldaño de la escalera que conducía a la cámara, con lo que pude notar que la joven vienesa asía rápidamente la mano a Lili y dirigía a ésta, al parecer, un ruego.

—Siga, siga — me dijo la señora Bulyowsky. Bajé a la cámara, y cinco minutos más tarde subía de nuevo sobre cubiertra trayendo conmigo la sombrilla.

Lili estaba sola.

—¿Puede saber lo que le decía la hermosa dama que momentos antes se encontraba aquí? — pregunté a mi compañera.

—¿Cuándo?

—En el preciso instante en que yo he vuelto la cabeza.

—¡Ah, curioso!

—Dígamelo, se lo suplico.

—No se lo diré. Ya es usted bastante vanidoso para que se lo diga.

—Pues me ire a preguntárselo a ella misma.

—No haga, semejante cosa.

—Pues dígamelo usted.

—¿Quiere saber lo que me pedía la vienesa?

—Ya lo creo que quiero.

—Pues me pedía que le dejase besar mi mano en el lugar mismo en que usted lo había hecho.

—Y, naturalmente, usted ha consentido.

—Ya lo creo... Es común entre las alemanas este capricho.

—Sí, pues yo daría mucha para que fuese también entre las francesas.

—¿Por ventura no fue una de las reinas que se han sentado en el trono de Francia la que

besó la boca misma de un poeta mientras éste estaba durmiendo?

—Efectivamente, aquella reina era escocesa y esposa de Luis XI, y murió envenenada por su marido, diciendo estas palabras: "¡Mal haya la vida, no siento perderla!..."

V

Las alemanas tienen una cosa de admirable, y es que no esconden su entusiasmo, que su boca no está en contradicción con su corazón ni con sus ojos: dicen natural, neto y francamente lo que piensan; por eso no puede extrañar que, tan pronto me acerqué a la señora Bulyowsky, la hermosa vienesa acudiera presurosa a sentarse al lado de ésta.

A mi modo de ver no existe impresión a la vez más suave y halagadora que la de oírse ensalzar ingenuamente por la boca de una mujer hermosa, nacida lejos de nosotros, que habla un idioma distinto al nuestro, ante quien nos coloca el azar, que no debía concernernos nunca y que se felicita con alegría de haberlo logrado.

Cuando se comparan los acariciadores effluvis del corazón y de los ojos que encontramos tan pronto hemos traspuesto la frontera, con la fría disección del talento, con la eterna negación del numen, a las cuales nos acostumbramos nuestras publicaciones diarias, semanales o mensuales, se nos ocurre preguntar por qué en nuestra patria y entre nuestros compatriotas se halla siempre ese desencanto, que conduciría directamente al abatimiento si de vez en cuando no fuéramos a darnos el corazón en tierra extraña. Se dijo que Anteo hallaba nuevas fuerzas al tocar el suelo africano. Yo no soy Anteo, pero sé que pierdo las más cada vez que pongo los pies en Francia.

Asimismo, me aguardaba otra sorpresa de igual índole que la primera: cuando nosotros, se había embarcado un grupo compuesto de dos hombres de unos treinta años de edad, dos mujeres de veinticinco a treinta, y un niño de siete a ocho, todos ellos, al parecer, hijos de un país tropical; el niño, sobre todo, con sus largos y negros cabellos, su cutis mate y sus encantados ojos, era prototipo de la joven América meridional.

Una de las dos mujeres había dicho, no bien se puso en movimiento el vapor, algunas palabras en voz baja al oído del niño, y desde entonces éste no cesó de mirarme con infantil curiosidad.

Como el grupo mencionado estaba frente al que componíamos nosotros, ya que sólo nos separaba la distancia que existe entre el banco apoyado en el tragaluz de la cámara al banco arimado al filarete, reuní todos mis conocimientos sobre el idioma español, y le dije:

—Hijo mío, ¿quiere preguntar en mi nombre a su señora madre si me permite abrazarle?

Con gran admiración de mi parte, una de las dos mujeres expresó entonces en francés correcto:

—Alejandro, vaya a dar un abrazo a su padrino.

El niño, animado con esta autorización, se abalanzó en mis brazos.

—¡Demonio!, esto sí que es gracioso — dije —. Cuando Juan, que de una a otra orilla del Manzanares pedía fuego a Satanás, éste le hubiese respondido estrujando el brazo por encima del río y en el fuego del cigarro que iba unido al brazo aquel hubiese encendido el suyo, está bien; pero que yo, sin sospecharlo ni por asomo siquiera, haya alargado las manos para sacar de pila a un niño en Río Janeiro o Buenos Aires, nunca hubiera podido imaginarlo.

—En realidad, el caso no ocurrió así como ha dicho — respondió la extranjera.

—¿Cómo tomará por indiscreto si insisto en saber cómo fue? — inquirí.

—De ningún modo — me respondió la americana —. Nosotras no somos de Buenos Aires,

ni de Río Janeiro, sino de Montevideo. Cuando derrotado B. Rosas y establecida la paz, dimos respirar, nuestro anhelo, para colarse a la altura de la civilización, fué tomar, norma las principales ciudades de Europa la creación de sus establecimientos más o menos filantrópicos. El primero, o al menos uno de los primeros que allá se erigieron, fué un pabellón de expositos. Pues bien, el niño que usted viendo es quien estrenó el mencionado instituto; y como su nombre es tan popular en Montevideo, se lo impusieron al muchacho que atrajese al hospicio toda suerte de riquezas. Nosotros no teníamos hijos y nos dimos adoptar un exposito, recayendo la elección en éste en razón del nombre que le pusieron.

Yo, que tenía abrazado al hermoso muchacho estreché efusivamente contra el pecho, y luego de haber ejercido, de un extremo del do al otro, tan venturoso influjo sobre

De mis brazos pasó el pequeño amorcillo de mis dos compañeras de viaje; luego sé cómo explicarlo, las manos del niño, de la danza vienesa y las de las niñas, se traron enlazadas, y permanecieron así en un espacio de media hora, hablándose por encima de esos estremecimientos simpáticos que en el éxtasis.

Aquellos treinta minutos no fueron para los más dichosos de mi vida, pero sí los más gratos.

De súbito el niño se sonrió, me dió la mano y echó a correr hacia su familia adoptiva, buscando en el regazo de aquellos seres que creía sus padres, la aprobación a su obra de afecto hacia mí.

Entonces aparté la mano tan suavemente, seguí al niño y me fui a pedir a las americanas referencias sobre dos conocidos que residían en Montevideo.

El primero de quien me informé fué un francés, joven armero de Senlis, a quien en ocasión de prestar ayuda cuando yo me instalaba en París. Su negocio iba en declive cuando estalló la revolución de 1848, no sólo derribó el trono sino que turbó a sinfín de familias.

Yo había recomendado al mencionado armero al general Pacheco y Obés, cuando estuvo en París en misión diplomática, y general le había enviado a Montevideo para guido nombrarlo armero del gobierno, desempeñando de cuyo cargo estaba en la logar una sólida fortuna.

Con el correr del tiempo, y en un viaje que ha hecho a Francia, vino a verme para devolverme algunos miles de francos que yo había facturado, y regañarme, me pensaba una magnífica idea de oro.

Esto me llevó a hablar de otro muchacho mío a quien yo también recomendara cuando general: me refiero al conde de Nijmegen, hijo de un ayudante de campo de Napoleón.

En cierta oportunidad, mientras me encontraba con éste por el delta del Niágara de Horbourg, padre del que me acompañaba en un pitón. La serpiente se paró para clavar sus mortíferos ojos en mi padre, más ligero que el reptil, me escapaba a la cabeza de éste y lo me quedé un solo perdigón liriéndose a su ayudante, que me había facturado, me regañarme, me pensaba una magnífica idea de oro.

Si se necesitaba de él físicamente, era devorador, si intelectualmente, estaba en su punto.

A éste no lo había yo recomendado, sino que, por el contrario, fue él quien me lo solicitó, para convertirme en su oficial instructor.

Horbourg había muerto ejerciendo y por cierto que accidentalmente.

sucedió así: estaba un día haciendo a un regimiento en medio de las masas, cuando se le escapó de la mano para recogerlo, y con la agitación febril no le dejaba nunca, echó pie a tierra. Había quedado derecho, con la punta del puño contra el suelo, de modo que el movimiento que hizo aquél al apearse, la hoja le atravesó el cuerpo de lado resultando de lo cual pereció dos horas

que se refiere a Pacheco y Obés, el más notable de todas las revoluciones armadas, también había desaparecido, como Escipión. Pobre como Cincinamán, millones al igual que Lamarque como era uno de esos poetas malditos cuyos dedos se escapaban los miró en la miseria.

A París en misión de confianza, había ido de burla por parte de la prensa, burla que llegó hasta la ofensa. Pateado, exigió y no obtuvo satisfacción lo que acudió al jurgado, ante el cual hizo su propia defensa. En presencia de los jueces, el general tuvo uno de esos ataques de elocuencia propios de los elevados, como los tenían los generales Lamarque y los tuvo Fitz-James.

Las cosas sobre las que se habían enredado los detractores era la pequeñez de su estatura y la infinidad de su causa.

La grandeza de la devoción — respondió Lamarque — se mide por la magnitud de aquellos que se defienden. Si me cabe la ventura de defender a mi sangre por la libertad de la patria, habré hecho tanto como Héctor en la suya por Troya.

El corazón se había extinguido, aquel defensor de una causa infima había caído tan pobremente que el joven armero no pudo sino hablar, y al cual recomendara yo en tiempos de su poder, fué quien pagó todos los gastos de éste durante los últimos días de su existencia y sufragó los que le costó su entierro y funerales.

La vida que eran tristes estas nuevas. Pero, finalmente, llega una edad de la vida en la que pasear la mirada en torno nuestro por los puntos negros en todas partes, puntos que son sino manchas de duelo. Dice la gente que este fenómeno lo genera la fatiga, los ojos, que es la retina que se invierte, pero yo creo que eso lo denomina *las morcas voladoras* cuando cesamos de ver porque a nuestra vez nos hemos

de haber buscado en vano a mis compañeros en el sitio donde las dejara, las vi sentadas sobre una mesa sobre la cual había todo lo necesario para escribir.

Al momento comprendí de qué se trataba: un condenado al tormento del autógrafo ordinario que, como era natural, era extraordinario.

Al subir a bordo del buque supieron que yo, no había tomé la pluma, los pasaportes formaron cola.

Finalmente, a bordo había algunos ingleses, sobre todo inglesas, y ya se sabe que los primeros son indiscretos en tratándose de fotografías, las segundas son, en realidad,

curiosas que hice en medio de una docena de mujeres de todas edades, desde doce hasta sesenta años, me llevó a un gran descubrimiento sobre la fisiología. Noté que la deformación de la boca, tan común en las inglesas viejas, se operaba hasta cierta edad, y que en los ingleses de uno y otro sexo, cuando son jóvenes, por regla general, la boca real-mente es hermosa.

Puede ser, pues, lo que contraiga este fenómeno en los viejos y viejas inglesas, hasta el punto de convertirlo en hocico en los unos y en hocico en las otras?

Pues, simplemente la *tb*.

— ¡Cómo! — exclamarán ustedes —: ¿la *tb*?

La *tb*, sí, señores.

Pregunté a su profesor de inglés de qué modo se llega a producir el silbido necesario para que la *tb* suene *tb*, y les responderá:

— Aprieten con fuerza la lengua contra las mandíbulas superior e inferior a la vez, y a la vez pronuncien la *tb*.

Pues bien, de tanto pronunciar la *tb*, que se halla a cada segundo en el vocabulario inglés, de tanto empujar las mandíbulas para pronunciar la maldita letra, el cuerpo blando — la lengua — acaba por vencer al cuerpo duro — los dientes —, de modo que mientras no llega el día en que éstos sean vencidos por completo, se inclinan a impulsos de la no interrumpida presión.

Esto — repito — es la conclusión a que yo llegué. Si por ventura alguno de mis lectores halla otra solución a este problema, por el cual los ingleses, de jóvenes, tienen la boca bien for-

mada, y de viejos, feísima, le agradeceré me lo haga saber, y yo, a mi vez, le regalaré un autógrafo.

VI

A las nueve de la noche el tren llegó a Colonia.

De inmediato nos dirigimos en busca de hospedaje.

Mi compañera de viaje se había acostumbrado de tal forma a nuestra fraternidad, que ya no se preocupaba lo más mínimo de la disposición de nuestro aposento y hubiera aceptado sin inconveniente un dormitorio para los dos, con tal de que en él hubiese dos camas.

En la habitación que le destinaron a Lila había dos camas, y resultó contigua a la mía.

Como nuestra amiga la dama vienesa había aceptado formar un triunvirato, los tres cenamos juntos, luego de pasar una tarde maravillosa.

Es bien cierto que si los hombres supiesen



PIORRI BRISOL

Está indicado en la PIORREA ALVEOLAR, gingivitis, reblandecimiento y retroceso de las encías.

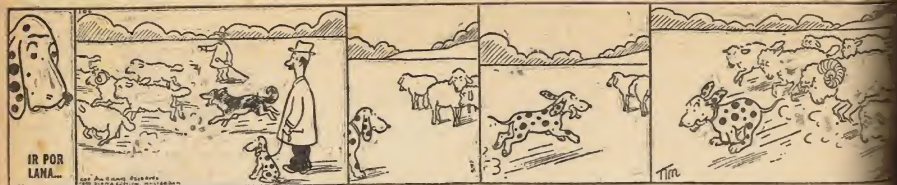
PIORRI BRISOL

En frascos de \$ 3.90 y \$ 5.50

Autorizado por el H. Depto. Nacional de Higiene N.º 2956

En venta en todas las buenas farmacias del país.

EL PERRO ASDRUBAL



cuanto atractivo encierra la amistad de una mujer, y aun de dos, tal vez se hubiesen arrepentido el día que franquearan los lindes de la amistad para pisar los dominios del amor.

Pasamos una velada llena de encantos. Tomamos el té en el aposento de Lili, y al pie de la ancha ventana desde la cual se descubría el Rhin, un poco más arriba del puente que conducía a la fortaleza de Ehrenbreitstein, y las colinas que gradualmente van transformándose en montañas.

La luna emergió en el horizonte e iluminó primero con su tenue luz las altas cimas para luego transformarse en plateado espejo las aguas del Rhin.

¿Qué dijimos ante el maravilloso espectáculo que a nuestros ojos ofrecía la naturaleza? No lo recuerdo; probablemente hablamos de Shakespeare y de Victor Hugo, de Goethe y de Lamartine. Los poetas exultaban los grandes espectáculos de la naturaleza, y quizá agradecidos los mágicos espectáculos de la naturaleza inspiran a los grandes artistas.

Indudablemente como al fin de continuar disfrutando, cuanto fuese posible, de la buena amistad que nos unía, nuestra amiga la vienesa solicitó de Lili que compartiese con ella su aposento. Mi compañera de viaje me miró como para preguntarme si ello me contrariaría, y por toda respuesta me eché a reír y me retiré al mío para dejar a las dos en libertad completa.

Para poder seguir extasiándose en la contemplación de aquella esplendorosa luna, dejó abiertas las persianas y descorridas las cortinas; de modo que, desde la cama, y al través de los cristales, veía el azulado firmamento cortado por la ancha y blanquecina faja que proyecta la vía láctea, mientras en los más remotos confines del firmamento veía fulgar una estrella, la Aldebarán, unas veces roja, otras blanca, y las demás azules.

No sé cuánto tiempo estuve contemplando aquel suave y melancólico espectáculo. Lo que sí recuerdo es que cuando después de profundo sueño abrí de nuevo los ojos, impregnados todavía de aquel azul nocturno y de aquellos inflamados acinos, creí estar en presencia de un pavoroso incendio.

Todo cuanto la víspera era azul se presentaba ahora púrpura. Aquel cielo, tan tranquilo y límpido apenas hacía algunas horas, parecía invadido por tumultuoso mar de fuego. La aurora se levantaba anunciando el nuevo sol.

Estaba yo maravillado ante semejante espectáculo, cuando me pareció oír que me llamaban desde la habitación contigua.

Presté atención, y, en efecto, llegó hasta mí mi nombre.

—¿Es usted, Lili? — pregunté a media voz. — ¿Sí, está despierto? Mejor — prosiguió mi compañera de viaje, siempre en voz baja —. ¿No le parece maravilloso la decoración que Dios nos está mostrando en este instante?

—¡Espléndida! ¡Lástima que nos veamos obligados a contemplar, cada uno desde su habitación, ese hermoso cielo!

—¿Qué le impide el venir a contemplarlo desde la mía?

—¿Insinúa usted que la vienesa consiente?

—¡Bah!, está durmiendo.

—Entonces abra la puerta.

—Hágalo usted mismo; no está cerrada.

Salte de la cama, me envolví en la robe de chambre, me calé mis zapatillas, y entré, haciendo el menor ruido posible, en el aposento de mis vecinas.

Lili, para servirme del tecnicismo teatral, estaba acostada al lado del patio, y su compañera al del jardín. La alta ventana daba paso a un rayo de sol naciente que tenía de púrpura la cama y el rostro de mi amiga, la cual parecía bañarse en un lago de rosada luz. Entonces descolgué un espejo, y sin interponerme entre la luz y ella, se lo llevé para que pudiese contemplarse ante él.

Por su modo de sonreír pude conocer que me estaba agradecida de haberse hallado tan hermosa.

—Vale la pena que se dé un beso — le dije, acercando el espejo a sus labios.

—No, es preferible que me bese usted a mí — respondió Lili.

Así lo hice, deseando a mi amiga una dilatada sucesión de auroras tan hermosas como la que estábamos presenciando, y luego volví a colgar el espejo.

—Traiga una silla y siéntese cerca de mí; tengo un deseo.

—¿Cuál?

—Que me refiera una historia que quede eternamente grabada en mi recuerdo unida al de esta magnífica salida del sol.

—¿Qué historia quiere que le cuente en presencia de semejante solemnidad? A usted le son familiares *Werther*, *Pablo y Virginia*...

—¿No me dijo — interrumpió Lili — que usted debía uno de los más gratos recuerdos de su vida a una compatriota mía?

—Es cierto — le respondí.

—Y no me dijo, asimismo, que semejante recuerdo no estaba empañado por nube alguna, y que las únicas lágrimas que les costaron a ustedes tres meses de ventura fueron las que derramaron en el momento de la separación?

—También es cierto.

—Sería, entonces, una indiscreción el referirme esa historia.

—No, por desgracia, pues hace dos años que murió la heroína.

—Usted me dijo que ésta era no solamente compatriota mía, sino que, al igual que yo, era artista dramática.

—Con la única diferencia de que aquella cultivaba el género lírico.

—Cuénteme esa historia, se lo suplico; pero hable en voz baja, para que no se despierte nuestra vecina.

—Corría el año de 1839; entonces ya iba yo poniéndome viejo; tenía treinta y siete años. —Acaso lo será usted algún día?

—Dios la escuche! Por tercera vez me encontré en Nápoles, y, como siempre, de in-

cógnito. Ahora llevaba el poco poético de Mi. Durand.

“Yo quería visitar de nuevo las ciudades Sorrento, Amalfi y Pompeya, que no me había sido posible recorrer detenidamente desde mi primer viaje, y a las cuales, por otra parte, he estudiado bastante. En consecuencia, me decidí a visitarlas, me encaminé al puerto de una de las grandes barcas sicilianas, y una de las cuales hice ya mi viaje de regreso.”

“La vez a que me estoy refiriendo no me llevaba ya conmigo los dos compañeros llamados Jardín y Milord.”

“Ni Duprez, ni la Malibran, ni los otros que me acompañaban en Nápoles; así es que me pareció sumamente triste.”

“A pesar de todo, la víspera del día en que alquile la barca, había asistido a una lección musical. Su compatriota, D... a, a quien designaré con su nombre, había dado su última representación capital de las Dos Sicilias, para ir a teatro de Palermo.”

“La señora D... era alta y hermosa de treinta años; hablaba, como usted me ha dicho, con una voz magnífica, todo admirablemente dramática, y era la ópera que le deparaba triunfos morosos.”

“Yo la había conocido en París, cuando hicieran representar papeles cómicos. Por ejemplo, el de Zerlina, en el cual ella me la aplaudían mucho.”

“En aquella época le había sido ya de mucho después de una representación de la que me instante que nos vimos, que al día siguiente la hallaba encantadora y que una gran dicha que no pudiese haberla conocido, me contestó con toda la fuerza de su alma: —Al contrario, es una desdicha.”

“Pero — me apresuré a replicar — son una eternidad si se sabe sacar provecho de ellos.”

“No — repuso la artista, moviendo la cabeza —, en esos dos días no tendré más que hacer para demostrarle que me ha sido de mucho el de probarle que le amo.”

“Como la contestación me pareció, no, insistí, y al despedirme de ella me la mano.”

“María partió para Alemania y yo me quedé en la ciudad desde la víspera.”

“El azar volvió a reunirme en la ciudad, y me encontraba en la misma, me encontraba en los aplausos y los triunfos que me merecía. El nombre de María no sólo brillaba en los carteles, sino que también estaba en los labios.”

“Averigüé el domicilio de mi amiga, y me enteré que ésta vivía en una casa de la calle de Toledo, a ella me disponía a ir, cuando me detuvieron con estas palabras: —Sabe que va a casarse?”

Prueba evidente



—Si, mi esposo ya está mucho mejor, gracias. Hoy comenzó a protestar y a maldecir como de costumbre.

en los medios — replicó el barón —, y yo quiero llegar al fin.

— ¡Cállese — repuso la señora D... —

—No quiero; antes al contrario, insisto en ello.

—Vamos, señora — dijo a María —, déjese usted convencer.

— ¿Cómo? ¿También usted?

— También yo, y el primero.

—Perdone usted, en tal caso el segundo.

—Tiene razón. ¿Y cuándo partimos?

—Mañana al salir el alba, si el viento sopla favorable.

—Enhorabuena.

—Pero si no pensábamos salir hasta pasado mañana — repuso María.

—Si, mas como con el *speronare* tardaremos un día más que con el vapor, resultará lo mismo.

—¿Y mi ajuar?

—No hemos resuelto ya que se casará de sombrero y ataviada sencillamente con un vestido gris?

—¿Y nuestros pasaportes?

—Mi querido señor Dumas — me dijo entonces el barón —, hágame el obsequio de dar el brazo a la señora y pasearse un instante con ella por Chiaja, mientras voy a la embajada francesa y luego al ministerio de Estado y traigo nuestros pasaportes.

—¿Fernando! ¿Fernando! — dijo María.

—Pero Fernando ya estaba lejos.

—Tomé el brazo de la señora D... que se estremeció al contacto del mío, y me dirigí con ella al través de Chiaja hasta llegar a la escollera donde se estrellan las olas, sin haber pronunciado una palabra durante todo el camino. Luego nos detuvimos silenciosos y con la mirada perdida en la inmensidad.

—Al cabo de un instante di un suspiro al que María respondió con otro.

—Creo, mi querida María — le dije —, que están cometiéndome ustedes una gran locura.

—Usted lo cree así — me respondió —, pero yo estoy segura de ello...

Al llegar aquí en mi relato, nuestra amiga la vienesa se movió en su cama, y yo traté de retirarme.

—No se preocupe — me dijo Lili —, se acostada para respirar mejor.

—¿Quiere usted decir que no es para oír más claramente?

—¿Qué tontería!; está durmiendo como una santa. O, si lo prefiere, como Eva antes de pecar.

—(Como Eva antes de pecar! Pues yo, no sólo veo una manzana, sino dos.)

Y aunque esto sólo fuese una broma, la vienesa dió un chillido y se subió con viveza la manta hasta los ojos.

—¡Ah! — le dije —, la sorprendí en fraganti.

—Perdóname — respondió la viajera, sacando las manos de debajo del cobertor y juntándolas en ademán de ruego.

—Lo está — dije —, pero como a la vez no puedo hablar para dos personas, dirigir la voz a la derecha y la izquierda hacia la izquierda, voy a quedarme con el cuello dolido.

—¿Qué desea entonces? — me preguntó la hermosa vienesa.

—No deseo: exijo.

—¡Oh! ¡oh! ¿Usted exige? — dijo Lili.

—O me callo.

—No, no... ¿Qué exige? — preguntó la vienesa.

—Voy a cerrar los ojos mientras usted se levanta de su cama, y se mete en la su almohada. Tal vez enloquezca al ver dos cabezas tan divinas en una almohada; pero al menos me libraré de quedarme con el cuello duro.

—¿Qué le parece a usted, Lili? — preguntó la vienesa a mi amiga —, ¿hay que obedecer?

—No hay otro remedio, desde el momento que usted se ha puesto a su discreción.

—Pero cerrará los ojos, ¿no es así? — preguntó la vienesa, dirigiéndose a mí.

—Palabra de caballero.

—Puedo fiar en él, Lili?

—Respondiendo de él.

—Entonces cierre usted los ojos, señor Dumas.

A la vez que sentí un andar sigiloso y un aroma sutil, llegó a mis oídos una voz temblorosa que decía:

—Ya puede abrir los ojos.

Al ver aquellas dos deliciosas criaturas, una al lado de la otra, con los brazos entrelazados, y descansando la vienesa la mejilla en la cabeza de Lili, se me ocurrió decir con el Corregio: *Anchor'io son pittori!*

VII

Y bien, prosiguiendo con mi historia, diré lo siguiente:

—Fernando, media hora después de dejarnos, estaba de regreso con los pasaportes, según prometiera.

—Ya he dicho que aquél nos había dejado a María y a mí a orillas del mar.

—Durante nuestro coloquio, María me contó, con la complacencia que pone la mujer menos inquieta en todo relato de su vida, cómo se enamorara perdidamente de ella;

cómo no amándole ella a él lo bastante para corresponder a tal pasión, se había mostrado rigurosa; cómo semejante rigor, no esperado por él, acabó de trastornar el juicio a Fernando, y cómo, desesperando éste de conseguirlo por amante, le había ofrecido su nombre.

—Preciso es que para la desdichada criatura que se halla fuera de las condiciones generales de la sociedad haya algo muy seductivo en estas tres palabras: *Señal mi esposa*, pues casi indefectiblemente se rinde a ellas. María era hermosa; su talento le valía brillantísimos triunfos que la llenaban de orgullosa satisfacción y, además, le producía cincuenta mil francos al año, de los cuales, a pesar de vivir espléndidamente, apenas gastaba la tercera parte; no tenía padre ni madre que pudiesen exigirle cuenta de su conducta; podía abandonar a su voluntad que nadie le hiciera reproche, a los impulsos de su corazón o de sus sentidos; en una palabra, era dueña de gozar de su belleza, de su fortuna y de su inteligencia

en toda la plenitud de una libertad absoluta.

—Fernando, por el contrario, no sólo seía bienes de fortuna, sino que no por su talento, y por más que sus fuesen refinados, su físico, como sus virtudes, no reunía suficientes atractivos para batir chispa repulsión que María sentía él. Pues bien, tan pronto aquí hubo

ciado estas tres mágicas palabras: *Señal mi esposa*, se obró el milagro; y el hombre para amante, no era lo bastante agradado lo suficiente para esposo.

—Verdad es que, cual el caballero me bastó sacudir mi varilla para que todos los maleficios de la selva envenenada para que en respuesta a lo que yo le decía, me fui juicio cometa una locura de los labios de María este involuntario

mento:

—Y yo estoy bien segura de ello.

—No es menos verdad también que de ello, María estaba resuelta a decir: María D... es decir, una artista lista para convertirse en la señora baronesa lo que podían llegar a ser todas las

Y esto que digo me lo demostró de minante el hecho de haber accedido al lo siguiente:

—Me quedé reflexionando en el momento que el azar, que me conducía a me hacía desempeñar en la vida de dos enamorados; y digo nuestros porque Fernando me parecía, por sí

tir amor bastante para él y para su fama a mí y no a otro? Declaro que se me la idea de que el dios a quien reverencié los ojos vendados se había levantado la venda en el instante en que yo pasé no sin intención oculta me designara

—No obstante, confieso que tal vez taba de tal manera oculta, que me era ble descubrir el más insignificante de ella.

—Por un momento mi posición me tan extremadamente ridícula, que me tado de abandonar el *speronare*, los emprender el viaje en corricolo.

Analizando bien el sentimiento que me tuvo, creo que fué idéntico al que bueno de Mercier a la vida; la pero sea lo que fuere, curiosidad de miento, dormí muy mal.

—Cuando una mujer está de viaje coqueta que sea, nunca sale a la hora cida; así es que en vez de darnos al alba, eran las ocho cuando nos

nos hacia Santa Lucia, donde debíamos carnos, acompañados del capitán de embarcación.

—Apenas habíamos caminado cuando nos encontramos con un el cual pasó por delante de nosotros reción a la izquierda, lo que era un

gio doble.

—¿Qué tiene usted? — preguntó a ver que éste movía la cabeza.

—¿Qué? — me respondió éste. — buen siciliano era supersticioso — si eran ustedes creemse...

—¿Qué haríamos si le creyese como gunté al ver que se detenia como zado de lo que iba a decir.

—Apárrale la salida para otra vez.

—¿Y por qué apárrale?

—No ha visto usted!...

—Si he visto un sacerdote.

—¿Y entonces!

—¿Y entonces, qué! — repetí el rostro hacia Fernando.

—¡Bah! — dijo riendo el barón tengo miedo a los curas. Preocúpame en busca de ellos.

—No me da miedo ninguno en las curas que vamos a buscar — nos están —; pero con aquellos a quienes mos, ya cambia el asunto.

...cree que el encuentro de ese
...a traernos una desgracia?
...redes, o a sus proyectos.
...que a mí se refiere — dije —, no
...no, y prueba de ello es que creía
...alfi o a Sorrento y me encamino
...Así que — añadiendo y dirigién-
...a María y a Fernando — abran
...vellos que los forjan.
...se puso a cantar:

está espléndido, hermosa la mar.

...respuesta como cualquiera otra, o
...Así que proseguimos la marcha
...del puerto.

...pequeño *speronare* se mecia pláci-
...las azuladas aguas; la tripulación,
...de diez marineros y de un gru-
...del capitán, nos aguardaba en uni-
...gía. Cuatro marineros, colocados
...aban de plantón en ambas extremi-
...una plancha que unía la orilla al
...mandóns baranda con dos remos.
...era que pasó fué María, la cual
...estaba sumamente pálida y que la
...cambaba mucho al apoyarla en la
...barandilla.

...siguió a su prometida, ligero y
...un colegial.

...detrás, pensando en el augurio del
...preguntándose cuál podría ser el
...que el malhadado encuentro con el
...hechar por tierra; mas como no
...que se aviniese a ello, empecé a
...el presagio no rezaba en absoluto

...aron la plancha y levaron anclas.
...marineros empezaron a remar al com-
...canción muy dulce, y nosotros a
...entre un cielo y un mar de azul

...ligera y favorable brisa, la neces-
...ver cómo se iba perdiendo lenta y
...mente la ciudad de Nápoles. Capri,
...en los rayos del sol matutino, apa-
...luminosa nube, en tanto que la costa
...mar, en toda su extensión, descri-
...za izquierda su gracioso y azulado

...aproximadamente las once de la ma-

...! — exclamé, de pronto, Fernan-
...el almuerzo?

...! — repuso María —. ¿No ha trai-
...vucallas?

...ni la más mínima; ¿se habrá olvi-
...sén de traer el capitán?

...sí que es estar loco! — exclamó

...amorado, señora — le dije —. Afortu-
...yo soy más precavido que Fer-

...que prueba — dijo María, riéndose —
...no está ni loco ni enamorado.

...suerte, no sólo para mí, sino para
...entero — dije, inclinandome —; por-
...haberme atacado una u otra de dich-

...des con la intensidad que a nuestro
...amando, correríamos el riesgo de pere-

...ambr.

...— dijo Fernando —, el ser humano

...— repuse —; pero aquellos que contem-
...enamorados comer ambrosia y beber

...¡Ah!, por otra parte, querido ami-
...proseguí, haciendo seña a uno de los

...que ofrecía de cocinero, y el cual,

...entación, trajo una cesta descomunal —;

...parte, está usted en libertad de ali-
...de amor y de desamparar el papel de

...por lo que respecta a la señora,
...confesado que todavía estaba pegada

...era por un poquito de estómago, voy
...de un trozo de este pastel, o el alón de

o un pastel: es vino de Burdeos; así que yo,
en su caso, no lo probaría.

"— ¡Bah! — dijo Fernando —, si ustedes comen
yo haré lo mismo.

"—Para no desairarnos, ¿no es cierto? Hom-
bre, declare, por lo menos, que el apetito se
hace sentir.

"—Le digo que no; usted es quien me hizo
pensar en ello.

"María mordió suavemente una capa de pas-
tel y una ala de pavo, y humedeció los labios
en un vaso de vino de Burdeos; es decir, que
tuvo la afortunada habilidad de todas las mu-
jeres, habilidad que consiste en comer quizá
tanto como un hombre sin que al parecer to-
quen los manjares.

"En cuanto a Fernando, no comió, devoró.

"Por todo ello se infiere que el viaje no co-
menzaba bajo tan malos auspicios como nos lo
había hecho vislumbrar el capitán. Soplabra brisa
s favorable, navegábamos a razón de dos le-
guas por hora, y era probable que, cuanto
más nos adentrásemos en el agua, más refres-
caría el viento, y por lo tanto más adelanta-
ríamos.

"Pero contra esta previsión — en la que con-
venía el capitán mismo —, hacia la tarde calmó
el viento y con él disminuyó la marcha de la
pequeña embarcación.

"Entonces nos ocupamos en los preparati-
vos para pasar la noche.

"El *speronare* tenía en la popa una especie
de tienda labrada de grandes arcos que iban
de una a otra borda, los cuales estaban cu-
biertos con un encerado; a dicha tienda, des-
tinada primeramente a servir de dormitorio,
había yo hecho llevar, cuando creía viajar solo,
una colchoneta.

"Pero luego de reflexionar que, según to-
das las probabilidades, el viaje iba a durar cua-
tro o cinco días con sus noches, hice traer dos
colchones más.

"Después de una conversación en la cual, y
con toda la discreción posible, me hube infor-
mado por boca de Fernando del grado de inti-
midad en que éste se encontraba con María
— conversación cuyo resultado había sido muy
favorable a la célebre artista —, habíamos con-
venido que todas las noches sacaríamos dos o
tres colchones de la tienda, y que Fernando y
yo dormiríamos sobre cubierta, con objeto de
dejar aquella l exclusiva uso de María.

TOPSI

PASTILLAS Dr. ANDREU

TUM

Una pocion pectoral de bolsillo

"Dos cortinas sostenidas por una varilla
constitúan la única salvaguardia de aquel san-
tuario, al que nuestro común respeto guarda-
ba con más celo que hubieran podido hacerlo
las enrejadas puertas del Derbend.

"Continuamos, pues, el programa, y al lle-
gar la noche sacamos nuestras camas a cu-
bierta; pero la noche era tan esplendorosa,
estaba tan salpicado de estrellas el firmamen-
to y de tan suaves reflejos el mar, que hubiera
sido un verdadero pecado cerrar los ojos.

"Nos sentamos, pues, sobre cubierta y con-
templamos tan hermosos cuadros.

"Uno de los marineros poseía una mandolina.
María la tomó y se puso a cantar.

"Después de cinco minutos, capitán y mari-
neros formaban rueda a nuestro alrededor, y
pasados diez se había formado un coro que re-
petía con la admirable facilidad musical de
los pueblos del Mediodía los estruendos de las
canciones o de las arias que entonaba María.

"De súbito, ésta empezó a tocar y a cantar
a un mismo tiempo, sin advertir nada, sin tran-
sición, una de sus más animadas *saltarelles*.

"Los marineros dieron un grito de asombro,
y durante algunos minutos, contenidos por el
respeto, se contentaron con mirarse; pero poco
a poco comenzaron a danzar.

"Un cuarto de hora después a bordo había
baile general.

"Entretanto, el buque, aprovechándose de
una suave brisa, avanzaba por sí solo, a su
capricho.

"Aproximadamente a la una de la madrugada
cesaron el canto y el baile; María se retiró
a su cámara, mientras Fernando y yo nos acos-
tábamos en cubierta; los marineros desapare-
cieron y el timonel quedó solo al pie de la
caña, envuelto en el silencio.

"Era tal la calma que reinaba, que el mar
semejaba un espejo, y el *speronare* no se ba-
lanceaba ni lo más mínimo.

"Dijérase que flotábamos por el espacio.

VIII

"Las primeras luces del alba nos despierta-
ron.

"De inmediato pudimos advertir que apenas
sí salieramos del sitio durante toda la noche.
Continuábamos a la vista de Capri. Hacia un
día magnífico; el cielo estaba despejado, sólo

LOS DOS HERMANITOS

DESQUITE

Por TIM



los enamorados, si el tiempo los apremiaba, podían quejarse de semejante placidez.

"María, asomando su rubia cabeza por entre las dos cortinas, preguntó:

"¿Qué tal?

"—Tenemos para ocho días, mi querida amiga— respondí.

"—Condomos con provisiones suficientes? —Si apelamos a la pesca, podemos hacer frente a una semana de calma.

"—Entonces, que se prolongue por una semana —repuso la artista, escondiéndose de nuevo en el gabinete y cerrando las cortinas.

"—¡Y yo! —dijo Fernando—. ¿Para mí no hay ni un saludo, ni una palabra?

"—Si hay —respondió María, desde el interior de su cámara—, mil cariños.

"—Hum! —murmuró Fernando—. Mil cariños, no es mucho.

"En esto me aproximé al capitán y lo interrogué:

"—Y usted, ¿cuántos días cree que vamos a emplear con este tiempo?

"—Nada sé; hay que preguntárselo al profeta. Pero se olvidó ya de que encontramos un cura al irnos a embarcar? Milagro será si llegamos sin contratiempo al fin del viaje.

"El profeta era el piloto Nunzio, marino veterano, que hacía cuarenta años navegaba, desde la edad de diez.

"—Buen tiempo, profeta? —le pregunté, aproximándome a él.

"—Veremos —respondió, mirando hacia Poniente.

"—¿Qué se entiende por veremos?

"—Lo que usted oye.

"—Pero qué?... —

"—Que esto va a prolongarse.

"—Bien, ¿pero si se levanta un poco de viento no corremos peligro?

"—Desde luego, si sopla demasiado recio... —

"—¿Qué es eso de demasiado recio?

"—Pues con mucha violencia.

"—¡Ah! ¡ah! ¿Teme una tempestad?

"—No, sino una borrasca; pero no diga nada a la señora.

"—¿Por qué?

"—Porque sino dejaría de cantar.

"—¡Ah!, viejo profeta. ¿Cómo se conoce que usted ama a las sirenas!

"—No es eso. Es que ayer ha cantado toda clase de aires de nuestra tierra, y no se puede usted imaginar el gozo que produce, cuando uno se encuentra entre el cielo y el mar, oír un canto de la patria natal.

"—Nada tema: cantará.

"—Procure usted que cante lo más cerca posible del timón.

"—Le transmitiré su deseo, y puedo asegurarle que accederá a ello.

"Así estaba mi conversación con el piloto, cuando sentí una ligera sacudida, que me dio a entender que el viento iba a soplar nuevamente.

"Conviene advertir que la embarcación sólo llevaba desplegados el foque y un trinquete.

"—No —me dijo Nunzio, que advertí mi error—; son los compañeros que se preparan a remar.

"Así era, en efecto: seis de nuestros marineros habían sacado de la bodega sendos y largos remos, con los que empezaron a batir las aguas.

"Los remos, como en los botes corrientes, se sujetaban a los toletes, con la única diferencia de que los marineros bogaban de pie, a fin de que la pala penetrase en el agua.

"El trabajo era duro; pero ellos lo hacían más llevadero entonando una canción de melancolía arrobadora, cuyas primeras palabras decían así:

"*Sparano la vela.*

"Al terminar la estrofa inicial, María, que había ya salido de la cámara, permanecía en pie y muy atenta, mientras Fernando escribía en su álbum aquella melodía, c: sencillez extremada.

"A la estrofa siguiente, María se acercó y me dijo:

"—Compóngame usted unos versos sobre la tonada.

"—¿Cómo! —le dije—. Supongo que no tenderá cantar la música ésa en un momento.

"—No, pero me la cantará a mí misma, un gratisimo recuerdo.

"—¿Y usted cree que yo puedo acordarme de conservar un recuerdo de sus peregrinaciones yugal a Santa Rosalía?

"—Se niega, entonces?

"—Dios me libre.

"—Mejor así, pues le digo que habría mal, porque mi intento es aislar el recuerdo de todo lo presente, para unirlo al recuerdo de lo pasado.

"—¿Señora baronesa! ¿Señora baronesa! —Aun no merezco ese tratamiento.

"—Lo más mínimo.

"—Tendrá los versos dentro de un momento —le dije, inclinándome.

"Fui a sentarme al lado opuesto en el que hallaba Fernando, y mientras él estaba biendo su música a babor, yo componía a estribor.

"Quince minutos después, María me entregó los versos.

"—¿Acuche usted —le dije—, puede usted decir algo mejor que esto.

"—¿Qué?

"—Copiar la canción original.

"—¿Y después?

"—Yo haré un estribillo para que sea el coro.

"—¿Y qué más?

"—Fernando le pondrá música.

"—¿Y luego?

"—Nada más; usted cantará los solos, y los marineros responderán corando el estribillo.

"—¿Magnífica idea!

"—Suelo tenerlas de cuando en cuando, para probar de ello es la que le comunique a usted.

"—¿Dónde?

"—A orillas del mar.

"—¿Qué idea me comunicó usted? —le dije.

"—La de que cometía una torpeza, cuando me acordaba de usted.

"—Mejor que no hablémos más de esto, pues cometeríamos otra.

"—Pero ésta no sería irreparable.

"—¿Por qué?

"—Porque no seríamos lo bastante para casarnos.

"—¿Cuidado que es usted inmoral! —le dije.

"—Vaya usted a copiar los versos que le he dado.

"—La música. La sé ya —contesté, poniéndome a cantar.

"—Efectivamente —le dije—, y lo he bien.

"—No se ocupe de mí y componga el estribillo.

"Compuse uno de dos versos italianos, todos al sentido de la canción, y se los di al capitán para que los hiciera traducir.

"Luego llevé la versión de los versos a Fernando, el cual les puso con toda presteza.

"—Ahora, atención —dije a los marineros.

"Fernando se levantó y les hizo cantar el estribillo.

"María se acercó entonces a aquél, y me cubrió, de pie y con los ojos cerrados, el cielo, comenzó la melodiosa canción.

"Terminada la primera estrofa, los marineros cantaron el estribillo con admiración y luego María continuó.

"Me sería imposible describirle la semejanza de la escena; el piloto estaba sobre la cubierta de la casilla que el camarote del capitán, y había dejado var la caña del timón, y los marineros de boga y colocaron los remos.

APRENDA A BAILAR POR CORREO

TANGO
MILONGA
FOX-TROT
VALS
PASO DOBLE
RANCHERA
RUMBA Y
ZAPATEO
AMERICANO
Es sólo 8 días, por el
método del prestigioso
Profesor diplomado



GRETA

SEÑORITA O CABALLERO: Desde los 12 a los 65 años, con sólo remitir UN PESO en estampillas o efectivo, recibirá a vuelta de correo, en su misma casa, en sobre cerrado y sin membrete, prospectos completos con lección de estos bailes, bien ilustrados con dibujos y fotografías.

Más de CIENTO VEINTE MIL alumnos han aprendido ya por correo o personalmente en este estudio, que es el más grande y famoso de Sud América y donde también se enseñan bailes Españoles, Clásicos, etc.

Solicite hoy mismo este método escribiendo al:

DR. DOMINGO MARTÍN CANGALLO 1610 BUENOS AIRES

AL HACER SU PEDIDO, MENCIONE ESTA REVISTA

sosteniéndolos con los jarretes, salvar los brazos las manos para aplaudirlos a nosotros, teníamos la mirada hacia María. Fernando, con amor indecible, fervorosa admiración.

Después, al aparecer por una escotilla en la que cada mano y un trozo de poder bastante para abstraernos de la contemplación.

Los remos se apresuraron a tender una sombra de la cual nos sentamos para descansar. Después de dejar a Fernando y a María para que pudieran comunicarse sus pensamientos, y acercándose al piloto, le dijo: — ¿El viento éste de que hablábamos, apura mucho.

— ¿almorzado usted bien? — me preguntó.

— Naturalmente.

— ¿Si quiere que le dé un buen consejo, usted mejor todavía.

— ¿Y se puede saber por qué? — ¿mañana no se hallará con amigos?

— ¡No, señor! — bromeó!

— Los compañeros deben de haberle dicho a usted que yo nunca hago bromas.

— ¿Dice usted, señor profeta?

— Por muy afortunados podemos darnos mucho no tenemos novedades.

— ¿Por qué no nos guarecemos, como de los remos, en algún refugio de Calabaria?

— Me dirigí la mirada hacia la costa de la que parecía a nuestra izquierda, y me quedé con la cabeza, diciendo:

— ¡Mucho que se esforzaran los remeros para dar tanta fuerza para ello; de diez a doce horas.

— ¿Entonces le parece a usted que demostraré a usted?

— ¡Ocho.

— ¿Dice usted, sacando mi reloj — a las diez de la noche estaremos en danza.

— ¡Ocho o menos — repuso Nuncio! — hora media después del Ave-Maria.

— ¿A nadie; sería contraproducente ante la señora.

— ¡Viejo profeta — le dije, riendo —; ¡la debilidad.

— ¡Comprendo — me contestó el marino. Estas ciegamente enamorado de nuestra pasajera.

— ¡Pero, pero del mismo modo que lo hizo la Madona — repuso, describiéndose.

— ¡Y me dió de nuevo con mis compañeros, como el día tocando la mandolina y cantando.

— ¡Yo recité versos de Hugo, Lamartine, Víctor Barbier, durante lo cual oí llamar al capitán por los marineros, que creían en la voz de recitar, estaba componiendo.

— ¡Y toda la tarde, el azul del cielo, me hacía tan intenso y transparente, fué como un poco a poco; el firmamento azul se tornó lechoso y el sol se rodeó de nubes de colores parecidas a los vapores que desprenden de las lagunas Pontinas.

— ¡Y cuando llegó la hora solemne del Ave-Maria, el piloto tomó en sus brazos al hijo de la vela, lo arrodilló sobre la casilla del capitán, y el niño rezó la oración de la noche, en medio de la inmensidad del mar.

— ¡Y cuando el niño rezaba su oración, una sombra negra iba invadiendo el espacio, como por el viento sureste.

— ¡Y las novedades profetizadas por Nuncio, una vez terminada la oración, me las, en tanto se llevaba un dedo a los ojos.

— ¡Y la veo, ¡caramba! — le respondí.

— ¡Y cuando los marineros, y aun el capitán, volvían los ojos del lado de la vela, avanzaba repentinamente, extendiendo sus gigantescas águila, una de sus alas hacia el norte y la otra hacia el sur.

— ¡Y una apareció, o más bien se transparentó a través de un vapor incoloro, que

pronto iba a desaparecer debajo de la veloz nube, la que al rayo, cual monstruosa serpiente de fuego, rasgaba sin interrupción.

— ¡No había llenado aún el espacio el ronco fragor de trueno alguno, pero lo presentábamos.

— ¡El mar, sin ser azotado por ninguna ráfaga, iba encrespándose como si algún fuego subterráneo que se cruzase entre el Vesubio y el Etna le hiciese estremecer.

— ¡De pronto, en el horizonte de donde procedía la nube, y al parecer avanzando con la misma rapidez que ella, vimos venir una faja de espuma, en tanto que de trecho en trecho y en la superficie de las olas se dibujaban esos estremecimientos a que los marinos denominan "pies de gato".

— ¡Por último, un soplo ardiente movió las jarcias de nuestra embarcación e hizo zanzar la única vela que, con el foque, quedó desplegada.

— ¡¡Tomar dos rizos! — gritó el piloto a la tripulación.

— ¡A la vez, el capitán vino a nuestro encuentro, y dirigiéndose particularmente a María, nos dijo:

— ¡"A usted, señora, y a ustedes, caballeros, nada tengo que aconsejarles; pero me parece que sería mejor que se metiesen en la cámara.

— ¿Nos amenaza algún peligro? — preguntó María, con acento tranquilo.

— ¡No; pero vamos a tener borrasca: esto es, lluvia y viento; y ustedes no podían permanecer en cubierta, sin quedar, a los pocos instantes, empapados hasta los huesos, y, además, estorbarían la maniobra.

— ¡Yo, que conocía esta especie de recomendaciones, me volví hacia María y le pregunté:

— ¿"Ove usted, señora? ¿Quiere concedernos hospitalidad para esta noche?

— ¡Con sumo gusto — respondió la artista.

— ¡En aquel instante llegó en alas del viento una ráfaga tan violenta, que el *speronare* se inclinó sobre una banda y tocó con el pico de su berge en el agua, al mismo tiempo que hendía el espacio un rayo intensísimo que nos permitió ver con la claridad del día los objetos que nos circundaban.

— ¡Pasemos a la cámara — dijo María —; el capitán tiene razón, molestáramos para hacer la maniobra.

— ¡"Todo el mundo abajo! — gritó Nuncio.

— ¡Los marineros arriaron con toda premura la vela, que hacía doblegar la verga cual débil junco.

— ¡Entré a María en la cámara, luego a Fernando, y yo seguí tras ellos.

— ¡Termináramos de penetrar cuando el retumbo de un horriblo trueno sacudió violentamente al buque, y María se desplomaba sobre el colchón en medio de un mar de lágrimas, entretanto que Fernando y yo nos afirmábamos el uno en el otro, para no rodar por el suelo.

IX

"Parecía que el poderoso trueno fuere un aviso que la tempestad nos enviaba. Y por unos instantes más la furia del tiempo se aplacó.

"Todo había quedado nuevamente envuelto

to en tinieblas, en el silencio, casi podría decirse que en la inmovilidad.

— ¡Fernando y yo nos aprovechamos de este respiro para sentarnos en el colchón tendido frente al en que María estaba acostada.

— ¡Una lámpara, suspendida del techo, proyectaba una luz tenue y vacilante.

— ¡María posaba su mirada alternativamente en el uno y en el otro, y parecía como si se preguntase a cuál de los dos acudiría en el momento del peligro.

— ¡Fernando era de baja estatura, y estaba delgado y pálido; su constitución endeble y nerviosa ofrecía pocas seguridades en caso de peligro; yo, por el contrario, robusto, musculoso y libre de todo malestar, aun en medio del desencadenado temporal, ofrecía el aspecto de tranquilidad y poderío que inspira confianza y seguridad.

— ¡La mirada de María terminó por detenerse en mí, diciéndome, aun sin palabras: "Cuentos, con usted".

— ¡Confieso que me enorgullecí semejante preferencia, que por lo demás parecía no inspirar a Fernando la más leve sombra de celos; y es que éste tenía que pensar en algo más que en mostrarse celoso, mareado como estaba.

— ¡Al ver inmóvil al barón, comprendí que así su quietismo como su pálido no reconocían por causa del miedo, sino el marco, que poco a poco iba apoderándose de él, y cuyos síntomas he visto desarrollarse tantas veces a mí alrededor.

— ¡"Se encuentra usted mal? — le pregunté.

— ¡Fernando me respondió afirmativamente con la cabeza.

— ¡Por mal que se presente el tiempo — le dije —, estará mejor en cubierta que aquí.

— ¡Efectivamente, el tufo de esta lámpara me da náuseas — contestó.

— ¡Resulta increíble lo que, en semejantes circunstancias, se acentúa el sentido del olfato; pareciera que cuanto más los otros se debilitan, el cobra mayor fuerza. El tufo de la lámpara, insoportable para el barón, yo ni siquiera lo sentía.

— ¡Fernando había reunido todas sus fuerzas para pronunciar las palabras que acababa de proferir. Luego me asió del brazo, y yo me incorporé y le levanté conmigo, no sin que dos o tres veces, a impulsos del fuerte balanceo de la barca, estuvieramos a punto de caer los dos antes de llegar a la puerta. Por fin me asió de la cortina, que solté para agarrarme a una jarcia, mediante la cual llegamos a fuerza de trompicones.

— ¡El capitán, al vernos salir con tanta inseguridad, comprendió que ocurría algo extraordinario, y vino a nuestro encuentro; mas apenas se nos hubo acercado, Fernando le asió con fuerza del cuello.

— ¡"Eso sabido que aquel que se ahoga se agarra de un hierro candente, pero el que se ahoga no sé de qué se agarra.

— ¡"¡Ah!, capitán — dijo Fernando, soltándose para aferrarse al patrón del *speronare* —; por favor, lléveme al extremo opuesto del buque.

— ¡Era evidente que en la situación en que se encontraba, si no también en la más grave que

En el frente



—No es que él sea más miedo-
so que los otros, mi capitán; lo
que pasa es que le llenaron el
casco con pega-pega.

preveía, iba a no creerse nunca bastante al-
dego de su prometedora.

—Sus deseos se vieron satisfechos. Con pie
tan firme como era posible en medio de aque-
lla tormenta, el capitán condujo a Fernando,
a quien vi desaparecer entre las tinieblas.

—Por lo que pude juzgar, según mi larga ex-
periencia, el barón necesitaría al menos estar
en la proa dos a tres horas para reponerse.

—Como la tormenta arreciaba por momentos
y María podía tener necesidad de mis auxi-
lios, no era humano dejarla sola.

—Al penetrar yo en la cámara, si bien María
no estaba del todo tranquilizada, no experi-
mentaba síntomas alguno de indisposición,
debido quizá a que aquel era el quinto o sexto
viaje que hacía por mar, y se hallaba, basta
cierto punto, acostumbrada al balanceo de la
nave.

—¡Ah! — me dije al verme, y con alegría
que no intenté disimular —, temía que no vol-
viese usted.

—¿Ha oído usted el grito de: "hombre al
agua?"

—No, y eso que he estado escuchando con
toda atención.

—Pues entonces podía estar segura de verme
otra vez.

—¿Acaso no podría haberse sentido indis-
puesto como Fernando?

—Y entonces usted se dispondría a reirse
de los dos, ¿no es eso?

—No, ¿sabe usted lo que me decía a mí
mismo al mirarle hace poco uno al lado del
otro?

—No.

—Pues me decía que si corriésemos peli-
gro, tendría más confianza en usted que en él.

—Al oír tales palabras le tendí la mano, que
ella oprimió entre las suyas.

—Aquel contacto de manos coincidió exac-
tamente con el estallido de un formidable tru-
eno; y, sin duda, mi amiga consideró que era
yo demasiado buen conductor, pues me apartó
suavemente de sí, diciéndome:

—¡Tiéndase allí, en aquel colchón frente a
mí; con semejante balanceo no puede usted
mantenerse en pie.

—En efecto, las olas, que castigaban de tra-
vés al *speronare*, imprimían a éste un vaivén

tan violento, que dos o tres veces estuve a
punto de caer.

—Como el consejo de María era, en realidad,
prudente, pues cuanto más apartado me en-
contrase de ella menos riesgo corría de faltar
a las santas leyes de la amistad, logré, aunque
no muy fácilmente, arrojarle sobre mi colchón.

—Y así nos encontramos el uno frente al
otro, separados tan sólo por el espacio de un
metro.

—María, incorporada sobre su codo derecho,
y yo sobre mi codo izquierdo, nos mirábamos
sonrientes.

—La lámpara, carente ya de aceite, comen-
zaba a apagarse por momentos, y la tempe-
stade apretaba de un modo asombroso.

—Sentíamos el andar apresurado de los ma-
rineros, el crujir del palo y del aparejo y las
órdenes secas y enérgicas del Nunzio.

—De tanto en tanto, María preguntaba con
su voz argentina y sonora:

—¿No puedo salir, capitán?

—No, no; quédese quieta, señora — respon-
día aquel mientras se dirigía de un lado a
otro, y una ráfaga más violenta y un golpe de
mar más poderoso arrancaban un grito de pa-
vor a la amedrentada María.

—¡Ay, Dios mío!, vamos a quedarnos a os-
curas — dijo la artista al ver que la lámpara
empezaba a chipirrotar.

—Descorremos las cortinas — le dije — y
la luz de los rayos suplirá la del farol.

—No — repuso María —, prefiero mil veces
la oscuridad a semejante luz.

—El vaivén del buque, el incesante rugir
del trueno, los gritos de: *Burrasca! jirocco!*
¡mistrale! que resonaban, encadenados los unos
a los otros como pregón del peligro que se
cernía sobre nosotros, iban creciendo, y eran
más inquietantes por momentos.

—¿No hay peligro, capitán? — repetía casi
maquinalmente María.

—De súbito redoblaron los gritos de: *Bur-
rasca! ¡burrasca!* Fulguró un rayo, que no pareció
sino que se había caído en el *speronare*, y una
ola monstruosa levantó la embarcación por
uno de sus costados.

—María perdió el poco equilibrio que con
gran fatiga conservaba tendida en su colchón,
y rodando por la pendiente del piso, inclinado
como un tejado, se halló en mis brazos.

—La lámpara se apagó.

—Me parece que ahora hay peligro — le dije
riendo.

—En realidad el peligro era inminente, sólo
que había cambiado de naturaleza.

—¡Ah! — me dijo María dando un suspiro,
luego que el riesgo hubo pasado —, ¿quién
podrá dudar que en un momento como éste no
ha experimentado usted emoción alguna?

—La borrasca se hizo presente durante toda
la noche. ¡Oh venturosos borrascas! ¿Quién le
dijese que entre aquellos a quienes amenazara
de muerte había un hombre que conservaría de
ella recuerdo imborrable!

—A la mañana empezó a calmarse el mar.
Yo ocupaba ahora, en la proa del buque, el lu-
gar de Fernando, y contemplaba sonriendo y
respirando con la fuerza del hombre joven,
robusto y dichoso las montañas y los valles
que formaban las olas y parecían querer tra-
garnos.

—De pronto sentí que un brazo se desliza-
ba por debajo del mío y se apoyaba en él, a
cuyo contacto volví la cabeza y vi el apacible
rostro de María, impregnado de languidez.

—El peligro ha pasado — le dije sonriendo.

—¡Silencio! — me respondió —; hablemos
formalmente.

—¿Qué se entiende por formalmente!

—¿Usted lo sabe.

—¿Y Fernando?

—La noche que ha pasado lo dejó sin fuer-
zas y está durmiendo hecho una sopa.

—Ventajas que proporciona el marearse.

—No se burle usted; me apesadumbró.

—De veras?

—De veras; ¡pobre Fernando!

—Realmente es digno de lástima.

—No sabe usted cuánto me ama.

—¿Y quién le dirá nunca lo que ha
tecido?

—Yo.

—¡Usted!

—Yo, sí; ¡usted se imagina que voy
sarme con él después de lo ocurrido
usted y yo?

—¡Díablos! ¿Tan grave es?

—Tan grave.

—No pasa de ser un caso fortuito.

—¡Ahí está precisamente el mal.

—Si no se explica mejor...

—Es que no es en realidad un caso...

—¡Vamos!

—Mire; en el instante en que le he
usted de nuevo...

—¿Qué?

—He sentido en mi corazón que
temprano le pertenecería.

—Dice en verdad lo que siente?

—Lo juro. Desde entonces no era
to de tiempo y de circunstancias.

—De modo que esta noche...

—Cuando usted me ha tendido la

—Ha adivinado que había llegado

po y que las circunstancias eran un
—Si continúa usted burlándose, no
le digo lo demás, sino que no vuelva
blade en mi vida.

—Libreme Dios de exponerme a
castigo. Ya he dejado de reirme, y
usted.

—No sé qué expresión debieron tra-
ojos, pero ella era trasunto fiel de
miento, ya que María me preguntó:
—¿Conque me ama un poco?

—La adoro.

—Repítamelo para consolarme.

—Y usted concluya lo que me había
a decirme. Ya ve que he dejado las
un lado.

—Pues bien, lo que tenía que
que esta noche no me he asido de
con la fuerza que debía, y que lo
occurrido no ha sido tan sólo a causa
del buque, como usted pudiera supon-
er.

—¡Ah! — le dije —, en verdad que
la adorable criatura que yo había
desde que la vi en París.

—Si — repuso María con gravedad
admirable o no, esta criatura es una
dada. Fernando y yo convivimos en
vivo sobre lo pasado; mas la borrasca
noche pertenece a lo presente; he fa-
a mi palabra, y por lo tanto el
ése no puede ya efectuarse.

—Confíese usted que no lamenta
llado un pretexto.

—Lamentaría usted, por ventura,
més conmigo en la tierra más
mundo?

—No, porque ese mes sería que
dichoso de mi existencia.

—Pues eso es lo que va a hacer
Palermo.

—Entienda que no vamos a Pa-
a Mesina.

—Y eso, ¿a qué se debe?

—A que el viento nos empuja
y no hacia Palermo, y el capitán
cierre que si tomáramos el rumbo
cerme llegaríamos a ella mañana por
mientras que si nos obstinamos en
a Palermo lo conseguiríamos para
das gringas.

—Adelante, pues; vayamos a Me-
me importa; haré por tierra el res-
Escuche lo que va a hacer al de-
—Diga; la obedeceré en todo.

—Se separará de nosotros para
su viaje, y una vez que haya par-
todo a Fernando.

—Yo hice un movimiento involun-

tema — me dijo María —, será tan el como lo he sido con usted. En vapor regresará a Nápoles. ¿Puede usted convencer...? Yo me siento culpada soy inflexible. ¿Va a ser de mí? ¿Siente ansias de verme, dada la vuelta? Si, por el contrario, anhela en mi lado, alquilaré caballos o mulas en Scimitone, y, atravesando la mar, me reuniré conmigo en Palermo, donde caballos o mulas y volaré a su lado, como usted.

— ¿Va darlo por hecho. — me contestó María tendiéndome hasta entonces, ni una palabra, con una palabra que pueda levantar la sospecha de lo que sucedió. Es necesario que Fernando no adviniera, sino que yo

era de María era tan persuasiva, que me conseguía lo que objetar.

Pues, atenerme estrictamente a las palabras de mi amiga, con quien di el pacto, cuando vimos acercarse que parecía un alma en pena. María nunca había estado espontánea, no hubo para qué cambiar de mo-

do solos, pues ya me hallaba muy distante de mi pobre amigo, aunque la noche la tuviese, no yo, sino la borrasca, como si no hubiese salido de Eolo con otra finalidad que la de provocar el incidente que acabó con ustedes, se amainó como por enfurecimiento de los vientos que soplaban en puntos cardinales había sucedido la brisa del noroeste que calmaba el mar y cubría el cielo. Las costas de Calabria de nuevo como una faja azul, y en el cuarto de la tarde costeábamos lo que era de tierra para que el capitán citando los nombres de los grupos blancos que empezaban a disminuir en la margen.

— ¿Noche, cuando el hijo del capitán me dijo, que mi firma estaba como una escrita, y en el firmamento no se veía la noche.

— ¿Decir que aquella noche Fernando me había alejado de la cámara y que me había cubierto.

— ¿Costas habrá tan poéticas como las de verano en las costas de Nápoles. No parecen sino contiendas amantes; la naturaleza grita, la tempestad; luego hacen las paces, renace la azulada cielo reaparece la sonrisa enjugan las lágrimas y vuelven los vientos.

— ¿Durante todo el día, siguiendo el rumbo por hora; de modo que al amanecer de la tarde, aproximadamente, me deslumbrar el cabo Palmieri, el cual, a la altura en que nos encontrábamos y por la dirección que seguíamos, parecía un por completo el paso; no dijéramos el estrecho de Mesina y podría que navegáramos en línea recta sobre

la derecha ponía una nota blanca de Scila, semejante a una cascada que desde la cumbre de la colina se abalanzaba al mar.

— ¿Más nos íbamos acercando, mejor el mar hundirse como la punta de una lanza en las costas de Sicilia y las de Calabria que por fin apareció a nuestros ojos

por Caribidis, y fuimos a fondear en el puerto de Zancle, que debía su configuración, que es muy semejante a una hoz.

— ¿Desembarcar era demasiado tarde. — ¿Marineros, admitidos de haber llegado

a puerto y capeado la tempestad, pasaron toda la velada cantando y bailando, durante cuyos cantos y danzas María halló ocasión de estrecharme la mano y decirme en voz baja:

— ¿Quedamos de acuerdo; mañana póngase usted en camino. Fernando parte en el primer vapor; nos veremos nuevamente en Palermo.

— ¿Convenido — contesté estrechando a mi vez la mano de María.

— La noche fué deslizando maravillosa, estrellada, transparente. La brisa, suave como mano de niño, estaba saturada de aromas y parecía querer llenar de besos toda la tierra.

— ¿Dormí poco; pero lo que hacía más agradable mi insomnio era que, si bien alejado de ella, conocía que mi amiga estaba también desvelada.

— Una vez que ésta salió de la cámara, avanzó como una sombra, y pasó lo bastante cerca de mi colchón para que pudiese asir el orillo de su peñador y besarlo.

— ¿Fernando dormía a pleno pulmón y se desquitaba de las fatigas que le ocasionara la borrasca.

— Durante dos o tres veces en el día y aludiendo al cura que habíamos encontrado en el instante de embarcarnos, había dicho:

— ¡El endiabrado cura! No soy supersticioso, pero hay que confesar que el capitán estaba en lo cierto.

— ¿Qué diría cuando supiera que había hecho un viaje inútil?

— Llegó el día; comenzaron primero los preparativos en el puerto, luego en la ciudad; los botes destracaron de la orilla y vinieron a visitar los buques llegados durante la noche. El capitán hizo una señal, nos visitó la Sanidad, se hicieron las verificaciones acostumbradas, y nos autorizaron a entrar.

— ¿Había llegado el momento de la despedida. Estreché con cierto sentimiento no exento de vergüenza la mano de Fernando, y besé la de María, la cual me dijo con voz apenas perceptible:

— En Palermo.

— Esta bija primera al bote, y tras ella lo efectuó Fernando. El bote destracó del costado del *aperone* y enfiló la proa hacia Mesina.

— ¿María se había sentado de modo de no perderme de vista ni por un instante, y me miraba y sonreía como diciéndome: "Estoy tranquila, soy dichosa, cuento contigo".

— La mujer más apacible, la más bondadosa, es cruel cuando no ama. María se decía en su corazón que estaba obrando correctamente y conforme a su conciencia al revelárselo todo a Fernando; pero no la inquietaba lo más mínimo el efecto que semejante revelación iba a producir en el hombre que la amaba y al cual ella no correspondía; había cumplido lo que ella consideraba un deber, y se daba por satisfecha.

— Cuando llegamos al muelle, mi amiga me dirigió una potente señal de despedida con su pañuelo, a lo que correspondí agitando mi sombrero; luego saltó a tierra, rechazó el brazo que le ofrecía Fernando, no sé con qué pretexto, siguió al lado de éste unos pasos más, volvió el rostro por última vez, y desapareció al dar vuelta en una esquina.

— El capitán, que había acompañado a mi amiga y a Fernando, regresó a bordo con los papeles listos.

— Nada me retendía en Mesina, una de las ciudades más molestas del mundo, y a la cual, por otra parte, conocía.

— ¿Hicimos, pues, provisión de carne, pescado y legumbres frescas, y aprovechándonos del viento favorable nos dimos de nuevo a la vela.

— ¿Ocho días después me encontraba en Girgenti, la antigua Agrigento, donde abandoné mi buque después de ordenar al capitán que diese la vuelta por Marsala y fuera a reunirme en Palermo. Allí, alquilé caballos, entré en negociaciones con un jefe de bandoleros para que me devolviesen en mi camino, y después

CALIDAD SUPERIOR
COLORES FIRMES

**HILOS
PARA LABORES
DE SEÑORAS**

D.M.C.

MADE IN THE FACTORY VERGATOIA

de tres días de viaje a través de la isla, llegué a Palermo y pregunté por el hotel de las Cuatro Naciones, en el que debía hospedarse María.

— Según me indicaron, ésta había llegado sola; su aparición en la escena le valía una serie ininterrompida de triunfos, y, en efecto, se hospedaba en el hotel de las Cuatro Naciones, donde, a mi llegada a él, acababa de salir para el ensayo.

— ¿Tomé una habitación del mismo piso que María, no lejos ni cerca de la de ésta, y luego me fui presuroso a tomar un baño para encontrarme en el hotel cuando ella llegase.

— En efecto, me hallaba ya en las Cuatro Naciones, apoyado en la baranda de la escalera, cuando al pie de ésta le dije que un caballero había llegado por ella y la estaba aguardando.

— ¡Es él! — exclamó María, subiendo precipitadamente la escalera; y no preocupándose de si los criados la seguían, o los demás huéspedes la veían u oían, entró en mi cuarto, diciendo en alta voz:

— ¡Soy libre!, ¡soy libre! ¿Comprendes cuánto ventura encierra esta palabra: ¡libre, libre, libre!

— Efectivamente, jamás me había dado idea semejante de la grandeza, casi diré de la majestad de la palabra ¡libre!

— María, que me prometiera un mes de felicidad en la tierra más hermosa del mundo, me concedió eso y quince días más. Desde entonces y después de veinte años, digo: "Gracias, María!", nunca nadie ha pagado como tú una deuda.

— ¿Con respecto a Palermo, qué decir sino que es el paraíso de la tierra y que merece que la canten todos los poetas?

— Después de seis semanas fué preciso que nos separásemos, tras quince días de lucha desesperada, durante cada uno de los cuales debíamos haber partido y en cada uno de ellos mi propósito se desvanecía en medio de las lágrimas, aplazando para el siguiente la partida.

— Por fin llegó el instante tantas veces diferido. María me acompañó a bordo y no se separó de mí hasta el momento de levar anclas.

— Me imaginó que en la época que había de cantar aquella noche debió de estar sublime.

— El viento soplabá de modo favorable, y como no me faltaba sino visitar las islas del archipiélago, que no había recorrido durante mi último viaje, pusimos rumbo a Alicuri.

— Por espacio de quince o veinte millas el viento continuó soplando con bastante intensidad, lo que nos hizo andar a cinco o seis leguas por hora; luego amainó un poco, y por último entró la calma.

— Entonces sentí no haber aplazado un día



más mi viaje, toda vez que de poco me valía el haberme puesto en marcha.

"Pasé a bordo una de esas noches maravillosas en que una disfruta plenamente de todos los encantos de la naturaleza: cielo azul oscuro sembrado de miríadas de rutilantes estrellas, mar transparente, aromas de la playa, efusivos de las olas rodeo parecía haberse aúñado para borrar de mi mente lo que acababa de perder, o para hacerme comprender que lo que acababa de perder era lo único que me hacía falta para trocarme en uno de los privilegiados de este mundo.

"Pensando en María, no dormí hasta el alba, mientras mis labios murmuraban:

"Piensa en mí!
"A las siete de la mañana el capitán me despertó, diciéndome que acababa de salir del puerto una barca que se dirigía hacia la nuestra haciendo señales.

"Al oír esto me precipité fuera de la cámara con la esperanza de que aquella barca me trajera noticias de la mujer amada.

"Pero no; de mucho mejor que eso era portadora: a su bordo estaba la propia María.

"Al salir el alba, la cantante se había informado de que reinaba la más completa calma y que el *spermarie* se encontraba todavía a la vista; entonces se encaminó apresuradamente al puerto, alquiló un bote y salió en busca de mi embarcación para decirme nuevamente adios.

"Estoy por afirmar que durante el curso de mi vida no he experimentado una alegría tan intensa como la que sentí cuando tuve a María palpitante sobre mi corazón. La pobre reía, lloraba, daba gritos de dicha. ¡Oh, naturaleza! ¡Qué hermosa eres en todas tus manifestaciones!

"Los marineros, que no habían olvidado el día de canto y baile que María les diera, batían palmas.

"—Sí —les dijo ésta agradecida—, nada temáis; voy a cantar y vosotros bailaréis.

"Luego, volviéndose hacia mí con la pasión tierna y rugeante a la vez de la gacela y de la leona, añadió:

"—Y nosotros vamos a amarnos, ¿no es cierto?

"Para que la fiesta fuese completa, María había traído en su barca hambres y vino, todo lo cual fué repartido entre las tripulaciones de aquella y la del *spermarie*, que empezaron un verdadero jolgorio.

"El nuestro consistía en miradas impregnadas de amor y lágrimas, palabras entrecortadas por besos, suspiros alegres y sonrisas tristonas.

"El día transcurrió entre cantos y bailes, y cuando llegó la noche los dos marineros que tripulaban el bote amarraron éste a remolque del *spermarie* y subieron a reunirse con los nuestros.

"La calma seguía reinando.

"Hermosa, suave, veloz noche aquella, cuya fecha ha quedado indeleblemente grabada en lo más íntimo de mi corazón!

"Amancié, y con el día, ¡ay!, se levantó la brisa.

"Forzoso nos fué despedirnos; María, que debía trabajar aquella noche, quiso arrosarlo todo para permanecer una hora más a mi lado; pero yo me opeuse a ese propósito.

"Lo mismo que el condenado a muerte, solicitó media hora más, quince minutos...

"Tuve que tomarla en brazos y llevarla a su bote.

"Ah! ¡Cuán distante de la realidad está la belleza dramática y teatral!

"Yo había visto y aplaudido a María en la *Norma*, en *Otelo*, en *Don Juan*; pero ¡cuánto más hermosa estaba ahora en su verdadera y real desesperación! En mí, la admiración la disputaba al amor, y a medida que se iba alejando con los brazos tendidos hacia mí, y yo de ella con los brazos tendidos en su dirección, le decía en voz que pudiese llegar a sus oídos:

"—Te amo, María mía, eres hermosa! ¡Eres hermosa, te amo, María mía!

"Se reavivó la brisa, y a impulsos de ella nos alejamos con toda rapidez.

"Por su parte, los marineros del bote remaban con fuerza, temerosos de que una ráfaga demasiado violenta les impidiese ganar el puerto.

"María, sin preocuparse por el peligro, estaba de pie en la popa, agitando su pañuelo, y cada movimiento de aquella blanca nubecilla, que iba desvaneciéndose poco a poco, parecía venir a decirme: ¡Te amo!

"Por fin la distancia lo borró todo; el bote desapareció por completo.

"Yo permanecí con los ojos fijos en el puerto, con seguridad hasta mucho tiempo después de que el bote entrado María, a quien desde entonces no he vuelto a ver más.

"De esto que les estoy relatando ya se han cumplido veinte años, y ni la más leve nube empaña el brillo de aquel mes y medio pasado en Palermo; mes y medio durante el cual dos seres estuvieron completamente identificados en su existencia.

"¡Ay!, estoy seguro de que Dios, durante aquellos días, posó su beatífica mirada más de una vez sobre la capital siciliana."

Después de estas últimas palabras, dirigí la mirada a mis dos interlocutores, los que, apenas respirando, me miraban con admiración.

"Esta es la historia prometida; les ruego que no me exijan nunca más un esfuerzo tan intenso y emotivo.

X

Terminé el relato de mi historia a te, y a las diez salía el buque; así que, a mis hermosas compañeras para que a sus preparativos, me retiré a mi habitación.

Nunca me imaginara los encantos desconocidos que experimenté en aquella Era la primera vez que se me ofrecía una situación de la intimidad sin la familiaridad exenta de amor.

El afecto casi fraternal no puede la más remota idea de semejanza con la que no llega a la confianza con las hermosas mujeres alemanas me fascinó.

Debo agregar, además, que las alemanas todas las que conocí, llevan una ventaja sobre las francesas, y es que están preparadas a la hora de la pasión que su arreglo se resienta por semejante generancia.

Quince minutos después de haberme dado de ellas, mis compañeras de viaje maron, y, cosa curiosa, el que no estaba preparado era yo; tengo en mi mente el tiempo que estuve vagando por la fantasía.

Lilá y su amiga habían dado ordenes para traer el primer almuerzo. El bote debía ser a bordo.

No recuerdo que en parte alguna de comer me haya extrañado tanto. Alemania; no me refiero a la cantidad, y esto hasta el extremo de gustarme a mí mismo, en ocasiones, la tación que de soñadores gozan los sería falsa; si, cuando nos creemos divagar por los campos de la fantasía ocupados en la prosaica tarea de comer.

Concretemos. Por la mañana, a las diez, abrí los ojos, hacen un "pequeño" un par de huevos, una taza de café, dazo de torta, como si dijéramos, un sable para decir que no se que el estómago vacío al levantarse. A las diez, un almuerzo, que se compone patatas u otras legumbres; diferencia del otro en que lo acompañan con tras que, por lo general, el primer mojan con agua. A la una efectúan comida, que se compone de jamón, algunos aperitivos; medio ingeniosos rar el estómago para la gran cena realizan a las tres, y en la que figuran con albóndigas, buey con rábanos, di:ce, jabalí con cerezas, bifés adobados, azafrán y vainilla, y cerezas clases. Al llegar la cena, para no perder la tradición, vuelven a un bocadito; y por último, al salir cenaban de modo succulento, para

me comido a las cinco, y se acusaban frescos.

que en las diversas comidas de hacer relación no entran el té, y las salchichas que toman de una a aquellas.

de mis últimos viajes a Alemania, que en los hoteles del Rhin las había cambiado de aspecto, cambio que, naturalmente, atribuí a mis reclamaciones.

El pan había mejorado, y la traza de arroz y el *pumpernickel* habían sido por otra especie de torta brillanteada con clara de huevo, a la manera del *pan de Viena*, lo que indistintamente constituía un progreso.

El aperitivo, sobre mantel y servilletas imaculadas, nos sirvieron huevos, que me entendí echicoria con idem—exquisita.

En el hotel donde nos alojábamos llegamos al vapor—anclado a quinientos metros de nosotros, en la margen izquierda—para darnos la primera señal de que terminábamos de almorzar.

Después de disponer de media hora; pero después de viaje quisieron partir para el sitio.

Se explica que las alemanas, que están estar sentadas cómodamente, se acostaban a dormir tan mal por espacio de siglos?

nos dirigíamos a bordo, presenciábamos un ejemplo viviente de la multiplicación de la especie: seguíamos a una mujer de la borda del Rhin, y en ella nos encontramos una mujer de veinticuatro años, la mano a una alta niña de siete;

de cinco, de mejillas redondas como jugaba detrás de ella con un globo, lo seguían dos hermanitas de cuatro, tomadas de la mano y precedían a su nodriza, campesina de la Selva.

Yo llevaba en brazos a un niño de un año y tiraba de un cochecito en el cual acompañando un dedo un bebé de ocho meses, al lado del cual se veía tendida una que parecía pertenecer en comunidad a la familia; la cual, en conjunto y a estar compuesta de ocho individuos, presentaban un total de cuarenta y seis personas y ocho años.

Después a bordo, mis amigas escogieron sus lugares, y que les fué fácil, y media hora más tarde me quedé solo.

Después de salir, presencié al rey de Prusia, que me hizo evocar un singular recuerdo. En el año 1898, y yo hacía mi primer viaje al Rhin.

Después de advertir que el mencionado príncipe era propiedad del príncipe real del Reino de Prusia—el actual rey de Prusia—y que estaba dedicado a museo de pinturas, armas y objetos del siglo XVI, me detuve delante de él, para verle. La respuesta que se me dio fue que hacía tres días había llegado al castillo del príncipe real con orden de cercar el castillo, y la puerta a los curiosos.

Después de rogar a éstos que inscribieran sus nombres en un registro colocado en la casa, para elegir entre los solicitantes las personas que, por su calidad, merecieran ser exceptuados. Aunque mi condición me daba demasiado modesta respecto de la persona del príncipe real, como debía de ser hasta el día siguiente en una pequeña y aislada hostería, inscribí mi nombre en el registro de la posada en que debía de estar por espacio de veinticuatro horas. Luego de veinte pasos del castillo, a arrojarlos al Rhin para trazar círculos en él, a la vez de lo que hacía Sciopón en el desfiladero que éste no se dedicaba a tales parajes, sino que lo aludido, sino que lo hacía en Tirol.

Había ya arrojado quince o veinte guirrujos, cuando vi llegar jadeante, a mi encuentro, al conserje, el cual, tomándose por algún príncipe que viajaba de incógnito, me dijo, mientras me hacía una profunda reverencia, que me estaba permitida la entrada, que podía recorrer el castillo con entera libertad, y que el intendente me esperaba para rendirme los honores de la casa.

Yo, que no me sentía imperiosamente retenido por el pasatiempo al cual me entregaba, y sobre todo no quería hacer esperar al intendente de su alteza real, me dirigí hacia el castillo, donde hallé a aquél a la puerta de la sala de armas.

El referido intendente, de rostro colorado, cabello rubio, ojos azules, aspecto simpático y porte distinguido, contaba treinta y ocho años, era hombre de vasta instrucción y hablaba correctamente el francés. Al verme me recibió con grandes agasios, excusándose de que el conserje, obediente a la consigna e ilustrado como verdadero suizo, no hubiese comprendido que en semejante orden no estaba comprendido. Yo, por mi parte, agradecí esa deferencia que se me hacía, y nos estrechamos las manos como dos antiguos amigos; y es que los alemanes me habían acostumbrado a estos modales cordiales y francos en el tiempo que llevaba viajando por Alemania.

Por otra parte, estaba convencido de que mi franqueza había agradado al intendente, el cual me dijo que iba a convertirse en cicero me y a tributarle mis honores del castillo.

Los modelos de mi acompañante no podían halagarme más, si bien me parecían demasiado distinguidos para un intendente.

Recorrimos el castillo aposento por aposento, lo examinamos detenidamente, pasamos de una a otra torre por el puente colgante que se dirigía desde el castillo, y por una hermosa tarascilla y luego nos detuvimos en la biblioteca, que encierra las más preciosas ediciones de Goethe, Schiller y Shakespeare son conocidas.

De esta manera había llegado la hora de la pequeña comida, y vinieron a anunciar al intendente que ésta estaba servida.

—No sé — me dijo éste — si usted está ya acostumbrado a nuestras horas de comer; pero he pensado que sería gran honor para mí que almorzará conmigo y he ordenado colocar un cubierto para usted.

Como sería grosería rechazar un ofrecimiento hecho con tanta galantería, acepté.

—¿Sabe usted lo que he resuelto? — me dijo mi anfitrión mientras bajábamos al comedor—. Pues que, habiendo ya sufrido usted bastante viéndose obligado a soportar nuestra cocina, desde que viaja por Alemania, lo mejor, y para que no considere el recuerdo demasiado triste de una pobre castillo, era encargar un almuerzo a la francesa, y como ya le he dicho, así lo hice.

Declaro que esta delicada atención no fué la que agradecí menos. La idea de que iba a comer pan verdadero, en lugar de torta o *pumpernickel*, me regocijaba el alma. Así es que sentí una gran alegría cuando vi sobre la mesa un pan de esos que los tahoneros llaman corona; no por la forma, que eso lo saben muy bien, sino porque me comen, sino por su substancia.

El almuerzo fué exquisito y con toda seguridad preparado por un camarero mío, como de ello pude convencerme después de preguntarlo al intendente.

—La cocina francesa — me dijo éste — es la que prefiere su alteza, quien, aunque no ocupa el castillo sino durante algunas temporadas estivales, conserva en él a su cocinero todo el año.

Terminado el almuerzo, el intendente me declaró que ya que había yo entrado en la *ratonera*, no me cabía el derecho de salir de ella sin su permiso, y que, en consecuencia, me daba a elegir entre hacer una partida de chaguette, jugar al billar, o dar un paseo a caballo. Me resolví por el paseo a caballo.

APRENDA BELLEZA

Enseñanza con diploma desde \$ 30
TAMBIÉN POR CORRESPONDENCIA
Pida indicaciones y programas GRATIS a
Institutos Prof. MAGDA KLEIN
Cabello 1954 - Santa Fe 1391

A una señal del intendente, condujeron al pie de la escalinata del castillo dos caballos en silla, y una vez que hubimos montado, nos encaminamos a través de un valle pintoresco, hacia las ruinas del castillo viejo; entretanto llegábamos a ellas aquél me contó la historia del que acabábamos de abandonar.

El mencionado castillo era propiedad de la ciudad de Coblenza, la cual lo puso a la venta, durante muchos años, por trescientos francos, si no recuerdo mal, sin que hallase comprador; en vista de lo cual, la ciudad lo regaló al príncipe real de Prusia, que agradeció el presente, y gastó en su mobiliario un millón de francos.

Después de tres horas de paseo por la montaña, regresamos al castillo, donde nos estaba aguardando la gran comida, que acepté, ya que no existía razón alguna para rechusarla, desde el momento que había aceptado la pequeña; lo único que hice, al notar la magnificencia con que estaba servida, fué reprochar al intendente por los gastos que imponía al príncipe real.

—Su alteza no ignoraba a lo que se exponía cuando me eligió para el cargo — me objetó el intendente.

A medida que iba avanzando la comida, mis recuerdos se hacían más y más fundados. Luego de los vinos de Burdeos, nos sirvieron vinos del Rhin, tras éstos el Champaña, y después del Champaña los vinos de Hungría. Realmente era pecado que tanta magnificencia se derrochase con un bebedor tan sobrio como yo.

Al terminar de comer nos encaminamos a la azotea, donde tomamos el café.

Nada tan maravilloso como el panorama que desde dicha azotea se descubre: montañas, valles, ríos, ruinas, aldeas, todo se aglutina para formar un espectáculo único. En parte alguna, quizá, el Rhin está más animado que en aquel lugar; río y grandes carreteras están cubiertos: aquí de barcas de pesca, buques de vapor y grandes balsas labradas de troncos en las cuales navegan poblaciones enteras; las carreteras, de jinetes, esminantes, cocheros, carretas, cupés y calemas; y es que Coblenza, una de las ciudades más ruidosas y animadas de las márgenes del Rhin, se halla a menos de cinco kilómetros del castillo.

Los dos o tres horas que pasé en la azotea aquella las recuerdo como algo inolvidable en mi vida.

Con mi anfitrión, que conocía al dedillo todas las leyendas del Rhin, desde la de Lorelei hasta la del autógrafo de Janin a Metternich, y se sabía de corrido todas las baladas de Uhlan, desde la *Hija de la posadera* hasta el *Troador*, sostuvo una animada discusión sobre Goethe y Schiller; como todos los alemanes,

Dr. ROMEO J. MESSUTI
Médico cirujano del Hospital Zubizarrieta - Cont. de 15 a 17 VALLEJO 465 U. T. 34-0224
Dr. ANIBAL O. DE ROA (h.)
Enfermedades de la Piel, Várices, Alérgicas (electrocoagulación)
De 17 a 20 U. T. 35-6493
VIAMONTE 830 Pedir hora U. T. 35-6493
Dr. ALFREDO S. RUGIERO
Méd. Cirujano - Clínica Méd. - Vías respir. - Rayos X
CORDOBA 1365 Luna, Wilde y Martín U. T. 34-0780
Dr. ANGEL E. DI TULLIO
MÉDICO CIRUJANO
Especialista Oídos, Nariz y Garganta
Neem Yuro 4020 U. T. 35-4278

Intenciones



—El doctor dice que quiere sacarme el apéndice, pero me parece que lo que realmente quiere sacarme, es un auto nuevo.

poco dramáticos y muy soñadores, mi adversario daba la preferencia a Goethe; yo, por el contrario, poco soñador y dramático hasta la médula, mostraba preferencia por el autor del *Conde de Egmont*; mas, y esto le parecía vituperable a mi anfitrión: *Faust*, encarnación del nimen alemán, era para mí inferior a *Götz de Berlichingen*, y aun tuve la valentía de reformar de punta a cabo el *Faust*, tal cual yo lo comprendía. Mi anfitrión, al oírme, no sabía si taparse el rostro, cual el rey de reyes en la magnífica escena de Eurípides entre Menelao y Agamenón, escena que Racine se cuidó mucho de imitar, temeroso de que en Menelao se le hubiese anojado al público ver a Montecarlo.

En resumen, a pesar de mis contradicciones, mi anfitrión, que, como he dicho, poseía no sólo vastísima instrucción, sino que en su controversia empleaba toda la galanura de la lengua francesa, pareció complacerse grandemente en la conversación, que a mí me interesaba en grado sumo. Por último, cuando la noche y habiéndome levantado para despedirme de él, me dijo el intendente que no queriendo exponerme a dormir en una de las camas que yo le describiera, había mandado por mi valija al hotel, advirtiéndome de paso que yo no dormiría en él, sino que, por el contrario, me había preparado un aposento en el castillo.

Para no pecar de indiscreto, lo mejor era no oponerse a nada. Acepté, pues, el aposento, como había aceptado las comidas grande y pequeña; pero si impuse, por mi parte, por condición, que bajo ningún pretexto el vapor se fiera sin mi al siguiente día, a lo que mi anfitrión se comprometió formalmente.

A todo esto, había llegado la hora de la cena, que es igual que decir que el té, las tartas de todas clases, las salchichas y los mazapanes nos esperaban, y que no me quedó otro remedio que apégueme con los mazapanes, las salchichas, los tartas y el té.

Debo expresar que desde que me hallaba en Alemania me había acostumbrado a serenajes violencias, y que no desempeñaba mal mi papel si se considera que en París no como más que dos veces al día, y a veces una solamente. Claro que mi anfitrión me alentaba con su ejemplo.

Por fin el reloj señaló la media noche, y en

consecuencia era hora de recogernos. Me levanté, pues, el intendente took un timbre, y apareció un camarero que me acompañó a mi habitación, que no era otra que la de honor, o sea la de los retratos de familia. Por lo tanto, me encontré custodiado por un regimiento de margraves, duques y reyes, desde la fundación de la orden Teutónica hasta Federico Guillermo, y acostado en una cama de madera esculpida, en la que hubieran podido dormir, con toda comodidad seis viajeros de mi tamaño, y cuyas cortinas de brocado estaban sostenidas por las garras de un águila de roble.

Una vez en medio de mi aposento me quedé pensando en mi estimado amigo Víctor Hugo, por asociación de ideas con los retratos de Hernani; y recité la magistral escena a todos aquellos caballeros, duques, margraves y reyes que me rodeaban, hasta que por último me cubrí las tres gradas del estrado sobre el cual descansaba mi cama, y me arrojé en ella.

La cama debió de haber pertenecido a Federico Barroja o al emperador Enrique IV; pero sea lo que fuere, dormí en ella lo mismo que si hubiese sido la mía propia; si bien yo no estaba excomulgado como mis dos antecesores, y, sobre todo, no había sido emperador, posición social que, máxime cuando se ha perdido, no deja de perturbar al sueño.

A las ocho de la mañana, cuando abrió los ojos, estuve diez minutos para orientarme y recordar dónde me encontraba, hasta que por fin se refrescó la memoria.

De pronto, oí sonar un reloj del siglo XVI, y como imaginé que un reloj que marchaba desde fecha tan remota debía forzosamente ir atrasado, salté con toda premura de la cama. Al primer ruido que oí en mi aposento, el ayuda de cámara destinado a mi servicio entró para ponerse a mis órdenes.

El pequeño almuerzo me estaba ya esperando, y como mi anfitrión hacía ya dos horas que se había levantado, pasó, casi sin transición, de la cama a la mesa.

A las nueve y media me dispuse a partir, por lo que me levanté, así las manos del intendente y se las estreché con verdadera efusión, siendo correspondido por éste en igual forma. Luego le pedí permiso para subir a la azotea a fin de contemplar por última vez el paisaje y ver llegar el vapor, que estuvo tan oportuno, que a la hora exacta apareció en aguas del castillo, y a las diez y cuarto se detuvo al pie de éste, obedeciendo a una señal que desde la azotea le dirigieron.

El intendente me acompañó hasta el embarcadero, y una vez allí me volví y le dije, tendiéndole ambas manos:

—Mi querido anfitrión, en pago de los agasajos de que me ha colmado, sólo puedo ofrecerle una cosa: corresponder a la hospitalidad que me ha reservado a orillas del Rhin, si alguna vez va usted a París.

—Igualmente le digo — me contestó el intendente, eludiendo la respuesta — si alguna vez visita a Berlín, reclamo la satisfacción de hacerle los honores de ella.

—Le prometo complacerle; pero ¿dónde le hallaré?

—Pues en el palacio real.

—Por qué debo preguntar?

—Pues... pregunte por el príncipe real.

XI

El vapor pronto alejó de mi vista el castillo de Holzenfels — que ahora recuerdo que así se llama — y siguiendo su rauda marcha fui dejando atrás Oberlahnstein, la ciudad erizada de torres, la ciudad de Rheimscheid, en otros tiempos estaba el famoso *Königsstuhl*.

Antigo lector, si no estás familiarizado con la lengua alemana, me preguntará qué es ese famoso *Königsstuhl*, y yo te responderé descomponiendo de la siguiente forma dicha palabra: *könig* significa el rey, y *stuhl*, sitio, o en otros términos: sitio del rey.

Casi estoy por afirmar que, a pesar de la plicación, no quedarás muy satisfecho.

Escucha, pues, algo de historia, e instruye. En el sitio mismo donde hoy se ven tres pedras de medianas dimensiones, al medio del río, era donde se reunían los señores del Rhin para deliberar sobre los sucesos de Alemania; y se reunían allí, por el convergían como los radios de una rueda los cuatro territorios de los cuatro reinos: de lo alto de los sitios descubríamos vez cuatro pequeñas ciudades: Lahnestadt, territorio de Maguncia; Cöppelen, en el verid; Rheimsel, en el de Colonia, y Bruchfeld palatino.

En la pequeña ermita limitrofe es en 1400, los electores, después de haber minado su deliberación en el *Königsstuhl*, clararon destronado al emperador Venceslao. El *Königsstuhl* subsistió hasta 1801, año en el cual los franceses lo demolieron.

La nota más triste de las conquistas las revoluciones no es la suerte de la a quienes derriban, ya que más tarde temprano éstos deben morir, sino la monumentos que destruyen, pues, en la acción devastadora, pueblo y soldadesco arrasan.

Pero sigamos con nuestro relato. Después de la toma del *Königsstuhl*, siguió San Goar, encandorado por el ruido por las ruinas de un castillo del franceses hicieron volar un lienzo de en 1794. Esta vez, y contra lo que prever los ingenieros, la conquista se provecho de un posadero, el cual por la brecha y estableció en el castillo, y se hizo célebre.

Mi compañera de viaje aseguraba que era el mismo sitio donde el irlandés esa balada de la *Hija de la posadera*.

Por otra parte, habíamos llegado al dero reino de la balada: después de la de la posadera venía el hada Lore, la siren de la Edad Media había el sitio más pintoresco del Rhin para tirlo en morada suya. La cúspide de la roca, a la que bordan ambas habías, dando el arpa y atrayendo a los pescadores la seductiva dulzura de su voz, está a cuatrocientos pies de altura sobre el abismo por el cual desaparecían los ríos rugen aún como Scila al pie de ella y gira como Caribdis. El Rhin, en un espacio de doscientos pasos, se eleva retumbos furiosos sobre un plano de cinco pies en cuatrocientos metros, repite a su interior el ruido del agua, y ya sea el son del cuerno o el batir del cañón; así es que al pescadores acostumbraban a descargar una pieza de artillería para dar a los pescadores más raro de todos los gustos, el más raro.

Era la tercera o cuarta vez que me viajé por el Rhin, y la primera vez que me hallaba en compañía de una mujer tan hermosa compañera; me había escrito un libro en tomo de la historia de los bordan ambas habías, y me había convertido en cerone.

Después de gustar el placer de la localidad pintoresca por primera vez, el placer, más intenso todavía, por segunda vez en compañía de un amigo, a quienes mostramos, tal como nos visto, lo que nuevamente me impresionó.

Apoyada en cada brazo llevaba una mano en la cintura, y la otra en la mirada risueña y el oído atento a que yo pronunciaba; el día estaba el cielo, aspeado de algunas nubes sobre aquella gigantesca naturaleza efectos de luz y sombra. Ante el torno y en mí estaba la poesía; de los sentidos, contemplaba a

XII

Nuevamente nos hallábamos Lili y yo a solas; pero es menester decir que desde el punto de partida hasta el momento actual ambos habíamos dado un paso inmenso. En lo que a mí respecta, el deseo amoroso se había trocado en la amistad más tierna y devota, y por lo que toca a mi compañera, del temor pudoroso había saltado a la confianza más absoluta. Entre ella y yo se creó algo que se situó entre el amor de dos amantes y el amor de hermanos; sentimiento impregnado de encanto y no clasificado aún en la gama del cariño humano, y que, nuevo para mí, me llenaba de satisfacción, sentimiento apacible, suave cual esos céspedes de los paisajistas célebres, cubiertos de tapices y de almohadones de seda, e iluminados por un cielo azul intenso, cuya pureza nada puede empañar. Como no había pasión, era imposible toda borrascas; el espíritu estaba completamente libre y los sentidos en la plenitud del ejercicio: en una palabra, sentía el mayor sosiego, me hallaba en completo goce de la vida, e intuitivamente sentía la felicidad de un mundo nuevo y superior.



Lili, que, como todas sus compatriotas distinguidas, era de gran rectitud de espíritu, había recibido una educación esmeradísima; con ella se podía hablar de todo, y aun aquello sobre lo cual no podía discutir no le era desconocido.

"SE COMPRA UN MARIDO"

titúlase la hermosa novela moderna de **F. V. W. MASON**,
que se publicará en las páginas de

CHABELA,

CORRESPONDIENTE AL MES DE JUNIO

Con pluma ágil y elegante, su autor narra la extraña historia de la mujer que quiso, en cierto momento grave de su existencia, comprar el amor de un hombre.



Entre otras cosas, CHABELA brinda a sus lectoras: SOBRE LA GUERRA, cuento de Marta Ruiz; COMO SE FABRICAN LAS DOBLES DE LAS ESTRELLAS, amplia nota gráfica; ¡SE CASA YOSHIO OMINATO!, nota exótica de Héctor N. Indart; MISTERIOS DEL NARCISO, artículo de Manuel J. Cremieux, y además una hermosa selección de figurines de la estación, y labores modernas, minuciosamente explicadas.

CHABELA

Apareció ayer.

NO LO OLVIDE, SIEMPRE SE AGOTA.

algunos antiguos castillos; a cada una mujer joven y bella; el ambiente y yo, impregnado de benevolencia lo aspiraba a pleno pulmón. Si al fuese dado decir: "Soy dichoso", aquí que yo lo era en aquel entonces con suma rapidez; luego llegó el con todos sus encantos, con esos en-reflejos en las aguas del Rhin, esos celestes, esos verdes amarillentos, esa languidez que nos produce el pen-a separación, quizá eterna, de n-uestras, por fuerte que sea el lazo de que nos una; todos los sentimientos, que hace brotar esa hora del Ángel-se estremecía en lo más recóndito corazón al ver subir sobre el horiflor de fuego que por la tarde se delvespero, y Lucifer antes del naci-sol. Emergió en lontananza una inmensa salpicada de puntos luminosos; era donde se disolvería nuestra trinidad, mente, en ella la hermosa vienesa, que separado ya de su camino, atraída y por mí, debía despedirse de nos-no no sería posible continuar hasta meta de nuestro viaje, y en cuyo compañera húngara y yo debíamos nos. Nos a Maguncia a las diez de la no-diez minutos después estábamos sen-ando una mesa, tomando té. La vienesa Bulwowski habían pedido, como en una habitación con dos camas, y yo agido un cuarto contiguo al de mis noche estuvimos conversando hasta las en que los dos monocorcos sones campana nos arrancaron de esa larga sostenida en la habitación de mis com-recio separarse. Era la primera vez que nos parecía una ausencia; y es que, al siguiente día debíamos experi-la primera separación que no era más preludio de la segunda. Lili no podía despertarme para pre-puntual la salida del sol, pues la aurora ya próxima cuando nos acostamos. Al fin de pasar reunidos algunos ratos vivíamos en que nos pondríamos en en el tren de las once. Ocho ya estábamos en pie los tres, más iba acercándose la hora de la más iba desanimándose la plática menudeaban las sonrisas suaves y las languidas. ¿Ignoraban, acaso, los anti-que es la ausencia, desconociendo, co-ociencia, la melancolía? El amigo nos acompañó hasta la esta-ción de los que la vieron imaginarios que de un padre y de una hermana, modo corrían las lágrimas por sus me- modernos ruiviesen que representar en lugar de situarla, como los anti-el ángulo de una plaza y ostentando el hierro en las manos, la ubicarían en estación de ferrocarril con un reloj al ermoso otro remedio que subir al va-el que también entró nuestra amig-a provechase del último plazo concedido veros; pero al sonar la campana de-ñó, aunque ya cuando el tren se había en movimiento. En mi compañera de viaje y yo, nos subrepticamente alguna lágrima in-que se deslizaba por la mejilla, y nos mi mujer más admirable! — dije a Lili —. se llama? puedo decirselo, porque no lo sé. había tomado por íntima amiga de-ñera, y ésta apenas si la conocía. era, pues? Una simpática.

¿Qué le contestamos

En esta sección contestaremos todas las preguntas de carácter general que nos formulen nuestros lectores. No se desvelan los orígenes de calderones, espárragos ni se manifiesta correspondencia sobre ellos. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires.

C. C. MORANT, *Capital*.—Hemos tomado nota de su propuesta, que consideraremos tan pronto como las circunstancias lo permitan.

"PANCHITO", *Coronda*.—No tenemos noticias del error de alusión cometido en las monedas acuñadas en el año 1917, de que usted nos informa. De todos modos, aun cuando tal error existiera, el valor en exceso de dichas monedas no sería comercializable, pues necesariamente tendría que tratarse de un paquete de níquel apenas superior al normal. Además, hay que tener en cuenta que ese metal no es de los más valiosos.

UN VIEJO LECTOR, *Santa Fe*.—1º Las voces llanas que terminan en dos vocales que no forman diptongo, siendo la penúltima e o i acentuada, hacen el diminutivo en *ito*, tomando este sufijo una *h*; que el vulgo y algunos escritores han solido convertir en *g*. Por lo tanto, el diminutivo de *Lucía* es *Luciucha*. 2º Tomamos nota de sus acertadas observaciones, que serán tenidas en cuenta para el momento oportuno.

TULIO ROBERTI, *Cuzco, Perú*.—Nos es grato acusar recibo de su atenta carta, y expresarle que hemos tomado nota de las sugestivas observaciones que en ella nos ha sido de agradecer, y valoramos debidamente sus elogiosos conceptos.

ARGENTINO MONTAÑERO, *Capital*.—1º y 4º: Siendo las de ingeniero civil, ingeniero naval, cartógrafo, etc., profesiones liberales, comprenderá usted que no nos es posible aceptar el alquiler aproximadamente, los ingresos mensuales que ellas puedan producir. 2º y 5º: Lamentamos no poder satisfacer sus preguntas, pero es norma invariable de esta sección no dar direcciones comerciales. 3º Las fundaciones Rockefeller son numerosas y se hallan en distintos países. Vuelva a escribirnos, especificando a cuál de ellas se refiere usted.

CUATRO AMIGOS "FILATÉLICOS".—Hemos tomado nota de sus sugerencias, que serán sometidas a estudio tan pronto como las circunstancias lo permitan.

G. BENTANCOURT, *Chincha Alta, Perú*.—Los trabajos que usted nos ha enviado no son de utilidad para nuestra revista. Por otra parte, y según le hemos repetido en diversas ocasiones, los originales recibidos no se devuelven. Esperamos que no brinde otra oportunidad para poder complacerlo.

ROWLAND HILL, *Capital*.—Hemos recibido su carta y tomado nota de las interesantes sugerencias que en ella nos formula.

MARA BIAN, *México*.—México.—La correspondencia a Libertad Lamarca puede dirigirla a Radio Belgrano, calle Belgrano 1841, Buenos Aires, Argentina.

"LIDIANEAS", *Curuzú Cuatiá*.—El largo del cable de la antena de un aparato de radio está en relación directa con su bobinado, en una proporción determinada para cada tipo de aparato, y que los fabricantes mantienen en secreto, ya sea para onda media o completa. Le aconsejamos, pues, que consulte el caso con la casa constructora del modelo que usted posee.

ENRIQUE SERVÁZIO, *Jocite*.—Para limpiar un cuero que ha servido de alfombra, da muy buenos resultados rociarlo con sal antes de pasarlo a la escoba con firmeza y procediendo por partes. También se usa para tales fines la siguiente fórmula: Se calienta a baño de María un vino casi hasta la ebullición, en baño de arena, con 120 gramos de agallas, 30 gramos de palo de campeche y 30 gramos de hojas de zumaque. Se agregan después 30 gramos de inunduras de hierro e igual cantidad de ácido sulfúrico débil. A las veinticuatro horas se filtra y se aplica con una esponja.

Al verla apoyada en mi hombro, contemplando con su suave sonrisa las maravillas de algún paisaje, se nos iba haciendo como si fueran dos amantes, aunque mi edad doblaba la suya; éramos más que eso, éramos dos verdaderos amigos, próximos a separarnos, pero seguros de que conservaríamos perennemente nuestro mutuo recuerdo.

Al declinar la tarde llegamos a Mannheim. Era la tercera vez que yo visitaba esta pequeña y melancólica ciudad de Alemania, que Goethe escogió para el teatro de los amores de Carlota y de Werther. La escena, forzoso es declarar que se presta admirablemente para el drama: castillo señorial, parque solitario, árboles añosos, calles trazadas a cordel, fuentes mitológicas, todo está en consonancia con la terrible elegía del célebre poeta alemán.

La última vez que yo visitara Mannheim, había sido preocupado con una investigación: la de los documentos relativos al asesinato de Kotzebue por Sand: a mi silencioso mostráronme la casa del autor de *Misraipol* y *Arrepentimiento*, y luego logré que también me mostraran el calabozo de Sand. En el mismo lugar donde éste fue ejecutado, que desde entonces se llama la pradera de la Ascensión de Sand al cielo (*Sand's Himmelfahrtswiese*), hallé al director de la cárcel en que aquel estuvo encerrado, y por último efectué una visita al doctor Wideman, que era el hijo del verdugo de Mannheim, y a su vez verdugo en la actualidad, en virtud de la ley de sucesión todavía vigente en Alemania.

Conviene aclarar que en esta nación a los verdugos no se les trata como parias ni la sociedad los rechaza; y esto obedece indudablemente a que la ejecución conserva algo de guerrero, haciéndose, como todavía se hace, por medio de la cuchilla. Asimismo, el verdugo alemán está clasificado: es el último de los nobles y el primero de los burgueses. En las fiestas públicas marcha entre la nobleza y la burguesía.

En uno de mis libros, no recuerdo cuál, he descrito el origen de semejante merced. Una noche de baile de máscaras, el verdugo, disfrazado con magnífico traje, entró en el palacio imperial, y al bailar unos rigodones, tocó la mano de la emperatriz. Alguien lo reconoció, y el emperador, advertido, quiso que, para expiar el crimen de lesa majestad, al cortacabezas le cortaran también la cabeza.

—Sera majestad —dijo entonces el verdugo, que había conservado toda su presencia de ánimo—, por más que me haga cortar la cabeza, no impedirás que la mano de la emperatriz haya tocado la mía, la del ser a quien el desprecio público coloca en la última grada de la escala social. Ennoblécese, y la mancha quedará borrada.

—Está bien —contestó el emperador, después de unos instantes de meditación—, desde este momento será el último de los nobles y el primero de los burgueses.

Desde aquella época el verdugo de Alemania está clasificado en la esfera indicada personalmente por el emperador.

Todavía me ligaba a Mannheim otro recuerdo, y es que aquel viaje y aquellas investigaciones los hice acompañado del pobre Gerardo de Nerval.

En el año 1838. En aquella época éste no había dado aún señal alguna de trastorno mental; sin embargo, para sus amigos, era evidente que el tabique cerebral que separaba en él la imaginación de la locura era tan sumamente tenue, que a veces la imaginación hacían, sin que lo advirtiese el desventurado Nerval, excursiones al campo de sus vecinos.

Yo, que no sospechaba tal tendencia, y, por otra parte, soy partidario de los hechos bien fundados, me soslayaba con Gerardo interminables discusiones, las cuales terminaban invariablemente con esta frase, que más que una predicción era una realidad: "Mi querido Gerardo, usted está loco".

"Lo que pasa es que usted no ve lo que yo",

me replicaba mi amigo, riendo con su característica dulzura.

Años después, una respuesta me me obrébo acordarle para que me hiciese ver lo que veía.

Entonces Nerval se sumía en un mar de deducciones tan sutiles y aéreas, que sus argumentos me causaban el efecto de los vapores que el viento dispersa en todas direcciones, y que luego de haber tomado apariencias de una montaña, de una plaza, de un lago, concluyen por desvanecerse como funan cual leve humareda.

Dos años después el pobre estaba tristemente loco; pero su locura era trágica, poética, soñadora, poco más que en su vida; la única diferencia que existía entre el tabique de que he hablado se había roto.

Cierto día entró en mi casa un amigo a los bos, y al verlo, le pregunté:

—¿Qué ocurre?

—Esta mañana ha sucedido una gran cosa.

—¿Cuál?

—Han hallado ahorcado a nuestro querido Gerardo.

—¿Dónde?

—En la calle de la Linterna vieja.

—¿Suicidio o asesinato?

—No lo sé; había pasado la noche en la lóbrega casa de esa calle maldita, y mañana le hallaron ahorcado en los brazos de una ventana con el cordón de un vestido.

—¿Vayamos?

—Vayamos a la puerta nos espera.

Si mal no recuerdo, entre la plaza del Ayuntamiento, se extendía un río miserable, infecta, inmundada, que servía a una cloaca enrejada, por la cual, de lluvia, se precipitaba el agua, saliendo una cascada por los peldaños de una viscosa. Dicha cascada estaba coronada por una barandilla de hierro, sobre la cual se encontraba un cerrajero por la puerta de la tienda para de continuo un martillo, y salían haces de chipas rojizas.

Encima de los tres últimos peldaños mencionada escalera había una ventana, cimbrada, provista de una reja, y por el transverso de ésta fue donde se halló ahorcado al infeliz Gerardo.

El extremo opuesto de la calle se molindolo.

En el centro se erguía la casa de Nerval había pasado la noche.

Se hallaba cerrada; pero a través de las puertas de ella aflujó la luz del día; y al mirar desde la ventana, se veían a los alrededores aguardando una visita. La visita no llegó a efectuarse, no pues muchos son los amigos de Gerardo que la muerte del desventurado Nerval les causó el efecto del suicidio.

En concreto: suicidio o asesinato? Nerval se había ido a la patria de las ideas; lo que no impidió que yo visitara a Mannheim, tres o cuatro años después de su muerte, apoyado en su brazo como hubiese vivido.

¿Qué maravilloso es el recuerdo?

Admitida la mutación de las cosas, que Dios permita que el recuerdo no sea el cadáver en los abismos, me, habrá concedido la inmortalidad.

Fue necesaria la suave melodía de mi compañera de viaje para que me acordara de la realidad.

Como no olvidará el lector, la meta de nuestra ruta. En ella debía hallar a la magnífica artista de la danza.

Mi amiga tenía tantos deseos de atenerse respecto de su carrera, que ocupó de que fuesen las ocho de la noche que resolví hacer la visita de despedida.

Como en Mannheim no hay

mi amiga, y nos encaminamos a la de la señora Schröder, que en el extremo opuesto de la

camino hallamos varios grupos que se reunían en la terraza, la cual, al estar en Mannheim, termina a que se dirigían a sus casas. Fue que me dió la clave de la *Petite* y, más aun, de la de Rotzebue, inspirará el primero.

honestas, pacíficas y tranquilas, de la terraza a las nueve de la noche todo el mundo está acostado a la que las mujeres, buenas manojas de no desaprovechar, hacen calca en el teatro! Nos quedamos delante de una castita asomada al mar, llamamos en el preciso instante a la nueva en el campamento de guerra de los jesuitas, hora por hora. Sólo una esperanza era que la antigua trágica con sus cambios de escena y no se acordara.

nuestra previsión: la señora Schröder no se había acostado todavía, como le era, conocido mi amiga, nos recibió sin de-

ber en un saloncito donde la señora Schröder, la mujer que por todas las manos duales, de los príncipes y soberanos, sentada junto al fuego delentado, una lámpara, leía que acariciaba un corpulento sobre sus rodillas. Y, preciso de buena señora, pese a sus setenta años, de anteojo.

que pasásemos al salón, la señora Schröder y salió a nuestro encuentro con la pléyde y suavidad de su destino.

demás comorrida, la abrazó; la señora Schröder sintió tan complacida como si le hiciesen la más respetuosa de la cortesía alemana, la más de cuantas se conocen.

Mi compañera pronunció mi nombre! expresivo se escapó de labios de la señora Schröder.

stante que le conozco a usted, mi amiga! Dumas! — me dijo en francés la eminente trágica — Primeramente de mis hijos, el párroco, que le he metido en el alma; luego por el artista, que le traduce y le representa; último por mi hija la cantante, que he visto y conocido en París, y no es

señora — le respondí —, y la esperanza se le uste completamente extraviada a presentarse, con la señora Schröder.

interpetual! — repitió la señora Schröder — Me está usted tratando como si fuese una vecina de Mannheim, olvide soy ciudadana de las capitales, y ya años que cuento pasé cincuenta años en Berlín, Munich y Dresde. De ninguna es interpetual la hora; ya lo ve, cuando — añadió, mostrándome el libro que me dio —, me mostré a la mesa.

me uste mi curiosidad, señora — le dije — ¿qué libro es éste?

una tragedia en la que me hubiera brillante papel si todavía representara *Conde de Essex*.

va lo creo, es de Laube — repuse. ¿Usted la conoce? — me preguntó la señora Schröder, admirada.

conozco — respondí, riendo —, como

conozco cuanto se escribe en Rusia y en Inglaterra.

—Entonces usted sabe alemán?

—No, señora, pero tengo un traductor.

—¡Ah! — dijo la anciana trágica, moviendo la cabeza —, nuestro pobre teatro está muy decaído. Autores y actores corren barranca abajo; todos nos viene de Francia en la actualidad. Nuestras grandes lumbres están apagadas. Conoci a Iffland, a Schiller y a Goethe, y tiempo es ya de que me reúna con ellos; hallaré mejor compañía allá arriba que acá abajo; mas, perdóneme que diera a mis desahogos de vieja. Han llegado ustedes a verme; bien venidos sean, hijos míos.

Y al pronunciar estas palabras, la anciana nos envolvió a Lili y a mí en una fraternal mirada.

En esto tendí la mano a mi compañera de viaje, que me la oprimió sonriendo, y le dije:

—A usted corresponde hablar: pero hágalo usted en alemán y no se preocupe por mí; yo, entretanto, me ocuparé de grabar en mi memoria este apuesto.

Lili se sentó al lado de la señora Schröder, y asintiendo una mano, que retuvo entre las suyas, le explicó el objeto de su visita.

La anciana artista escuchó a la señora Bulowsky con la más benévola atención, y cuando hubo terminado, replicó:

—Vamos a ver, recíteme algo en alemán. ¿Qué conoce usted de los grandes maestros?

—Todo.

—Empecemos por *Intriga y Amor*.

Lili se llevó la mano al corazón — que le latía como jamás le latiera en presencia de los más exigentes públicos — y comenzó a declamar.

Yo me sabía de memoria *Kabale und Liebe*, de modo que escuchaba con atención a la artista, y como sus ligeros defectos de pronunciación pasaban inadvertidos para mí, estaba maravillado de su dicción lírica y patética.

La señora Schröder mostraba gran recogimiento al oír, y daba frecuentes señales de aliento.

—Veamos ahora algo en verso — dijo ésta, cuando Lili terminó.

Mi compañera de viaje recitó un trozo de *La Novia de Meina*.

—¡Bien! ¡Bien! — decía la señora Schröder, sin desviar un punto la atención —. Ahora *La Margarita en el torno*, y habrá suficiente.

Lili se sentó, echó atrás la cabeza, apoyándose en la pared, y recitó por completo la canción que empieza así: *Meine Ruben ist hin* (Lejos está mi tranquilidad), pero con tal acento de tristeza, con tan honda melancolía, que las lágrimas acudieron a mis ojos y fui yo quien dió la señal de aplaudir.

La señora Schröder, que presentaba el efecto que sus palabras iban a tener, había concentrado toda la atención en los oídos.

—Si hubiese usted venido a mi casa — dijo la anciana a Lili — únicamente para escuchar frases halagüeñas, le diría que lo hace usted muy bien; pero ha venido para pedirme consejo, y es mi deber decirle que necesita usted dedicarse por espacio de seis meses a un estudio asiduo y concienzudo de la lengua alemana; entonces la hablará usted como una señora. ¿Le parece que podrá consagrar seis meses a este trabajo?

—Yo había pensado emplear un año en él — respondió Lili.

—Entonces el triunfo es cosa hecha; pero bajo la dirección de quién se propone usted seguir esos estudios?

—Me anima una esperanza — respondió mi amiga, posándose con encantadora gracia ante los pies de la anciana, con las manos en

Trabaje con provecho en su propia casa



Adquiera, sin pérdida de tiempo, la máquina de tejer medias "La Moderna", que la vendemos por sólo pesos 250.— y con la que usted podrá obtener fácilmente hasta \$ 300.— mensuales. Le compramos las medias bajo contrato y le entregamos gratis su manejo. AMPLIAS FACILIDADES DE PAGO. Vítelas a solicitud folios ilustrados.

THE KNITTING MACHINE CO
SALTA Nº 482 Buenos Aires

cruz y mirando a ésta con expresión de súplica.

—Comprendo — dijo entonces la señora Schröder —; usted desea que yo sea su maestra.

Lili hizo una señal afirmativa con la cabeza.

Resultaría imposible estar más seductora que en aquel instante lo estaba mi compañera de viaje, con sus grandes y dulces ojos fijos en los de la anciana artista.

La señora Schröder tomó en sus manos la encantadora cabeza de Lili, y besándola en la frente, dijo:

—Está bien; será usted mi última discípula. — ¡Oh! ¡Cuán agradecida le estoy, señora! Se lo juro a usted — exclamó Lili, cubriendo de besos el rostro de la inolvidable artista.

Era medianoche cuando salimos de la habitación de la señora Schröder.

Al penetrar en el hotel, mi amiga estaba radiante de dicha.

Por la mañana del siguiente día, Lili y yo nos separamos, y desde entonces no he vuelto a verla. No obstante, un día del mes de julio último recibí la siguiente misiva:

"Mi querido y bondadoso amigo: Permítame usted que le comunique toda la dicha que me embarga: acabo de representar, en alemán, en los principales teatros de Alemania, lo más granado de las obras maestras de nuestros más célebres escritores.

"Gracias a las lecciones de la señora Schröder, he logrado un gran triunfo. Así que veo colmados todos mis sueños artísticos.

"Le escribo desde Ostende, donde estoy tomando baños de mar. Si tuviese la seguridad de que aun se acuerda de su compañera de viaje, le diría: Venga usted a verme.

"A pesar de esta incertidumbre, y ante la posibilidad de que no lo vea más, esté seguro de que conservo invariable mi fraternal afecto por usted.

"Mi hijo disfruta de buena salud y está más hermoso que nunca. Hace dos años que conoce el nombre de usted; dentro de diez conocerá las obras a que usted ha dado inmortal vida.

"Sentiría un inmenso dolor si tuviese que decirle adiós. Así que me aventuro a despedirme con un hasta la vista.

L. B***"

Tuve que hacer un violento esfuerzo, contrariando mi carácter impulsivo, para contenerme y no lanzarme a la calle en busca de mi pasaporte; pero fui lo suficiente fuerte para resistir ese ímpetu.

Después de unos momentos de meditación, me decía a mí mismo:

"¿Para qué ir? Quizá no la querría como amiga más que la quiero ahora, y comprendo lo inútil que sería quererla de otro modo. Por eso prefiero que se conserve inalterable esta profunda amistad que nos une."

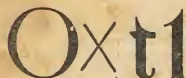
Para matar el tiempo

Problemas de ingenio, de lógica, chorados, comprimidos, retogramos, acertijos y todo cuanto puede proporcionar agradable distracción.

JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS







(Los soluciones en el próximo número)

LA CUESTION DE LAS BUJIAS

Estas bujías, cuyos candeleros están numerados del 1 al 10, ocupaban, cuando se encendieron, un orden muy distinto al que ahora ocupan.

Al encenderlas, se hizo esta operación con cinco minutos de intervalo entre bujía y bujía, y una vez que estuvo encendida la última, se las dejó arder durante cinco minutos. Después se apagaron las cinco que ocupaban un puesto impar, y al cabo de diez minutos más, apagándose las otras cinco. Por último, se alteró el orden de las bujías, colocándolas tal como aparecen ahora.

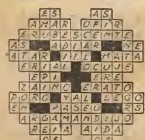
Teniendo en cuenta que, al encenderlas, todas las bujías tenían la misma altura, puede el lector deducir, por el que ahora tienen, el orden en que estaban primitivamente, e indicar dicho orden diciendo la cifra que correspondiera entonces a cada candelero, empezando por izquierda a derecha?

(La solución en el próximo número)



SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

DE LAS
"PALABRAS CRUZADAS"



DEL "JEROGLIFICO COMPRIMIDO"

PEZUÑA

DE LA "FRASE HECHA"

DOS DEDOS DE FRENTE

LOS CARRETES DE HILO

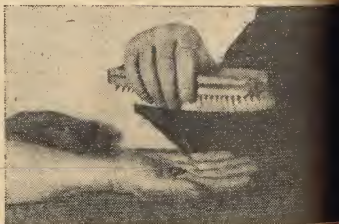
Un accidente sin importancia hizo volcar la cesta de costura; rodaron los carretes de hilo y se produjo el consiguiente enredo. ¿Sería alguno de los lectores tan complaciente que nos ayudase a deshacer la maraña formada por las cuatro hebras? Por si acaso hemos señalado con números los carretes y con letras los cabos, y así sólo hay que indicar qué letra corresponde a cada número, es decir, qué cabo ha salido de cada carrete.

(La solución en el próximo número)



LA MONEDA FIEL

Sobre la palma de la mano poné una moneda de veinte centavos. Decidle a un amigo que procure arrancarla de vuestra mano tratándola por medio de un cepillo, del modo que indica la fotografía, pero prohibiéndole golpear ni arañar con él; ha de ser el frote horizontal y de vaivén, como al cepillar ropa. La moneda permanece inmóvil como si estuviese pegada con cola.

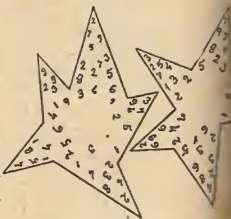


LAS ESTRELLAS MATEMATICAS

Las dos estrellas que aparecen en el grabado son un tanto irregulares, pero, en cambio, son perfectamente matemáticas. Sin embargo, no se asusten los legos en la ciencia de los números; con que sepan sumar y manejar unas tijeras, saben lo suficiente para resolver el problema.

No hay más que recortar las dos figuras y colocarlas una contra otra por la cara de los números, a fin de formar una sola estrella de diez puntas. Montadas así las estrellas, por cualquiera de sus lados que se miren, se verán cinco puntas en blanco y cinco con números. El quid está en montarlas de modo que los números que queden al descubierto sumen lo mismo en las diez puntas. Además, es necesario que, al sumar, las cifras que queden ocultas den un total de 80 en cada estrella.

(La solución en el próximo número)



EL CAÑONAZO

Se llena de agua la tercera parte de una botella y se disuelve en el líquido un poco de bicarbonato de soda, que puede adquirirse en cualquier farmacia.

Con un náipé se fabrica un cilindro, lo bastante estrecho para que pueda entrar por el cuello de la botella. Uno de los extremos de ese cilindro se cierra con un poco de papel secante.

Dentro de ese tubo se coloca ácido tartárico, en cantidad igual que el bicarbonato de soda.

Con un hilo se une el cilindro, hecho con el náipé, al orificio, que se habrá colocado en la parte in-

ferior del corcho de la botella, calculando la distancia a la que una vez puesta la botella en posición, llegue el cortucho a la boca.

Dos lápidas se colocan en la boca de la botella, rápidamente se oscurece y saldrá el cilindro, cuanto el agua que se ha puesto en la botella experimente el movimiento de retroceso, como si fuera un cañón.